
Cuatro estrategias
para derrotar a
Tobias Blunt
MAR
POLDARK
Selecta

Cuatro estrategias para derrotar a Tobias Blunt

Mar Poldark

Selecta

A Alba, por tener siempre un grito de emoción
para cada una de mis historias.

Prólogo

Olivia se había acostumbrado al ambiente festivo que siempre reverberaba en el *château*. Cada noche, el gran salón del castillo se iluminaba con el destello de los imponentes candelabros suspendidos en el techo. La música hacía eco sobre sus enormes paredes donde la baronesa que la instruía en su formación era tan respetada como temida. A la temprana edad de nueve años, por recomendación de su tío abuelo, había tenido que marcharse a Francia con el cometido de ser la perfecta duquesa que un día heredaría todo el legado de los Blunt.

Su familia, a pesar de estar esparcida por cada rincón del mundo, tenía la mala suerte de engendrar solo mujeres que, según las generaciones predecesoras, harían tambalear todo el legado que habían construido con el paso de los años. Sin embargo, esas palabras que quedaban encerradas dentro de las salas de hombres cuando Olivia no era consciente de lo que significaban la hacían creer que podría ser la figura que los demás respetarían.

Por ello no puso quejas cuando estuvo bajo la tutela de lady Elodie Devereaux durante la mayor parte de su vida. Después de todo su esposo y ella habían sido de lo más gentiles durante toda su

infancia. Fueron esos padres que ella perdió cuando ni siquiera podía comprender por qué un día se marcharon sin despedirse. Su tono británico se desdibujó con el paso de los años y, de sus labios, escapaban consonantes mal aspiradas, además de pronunciar la erre de forma gutural. Era divertido verla chapurrear en los dos idiomas tras tanto tiempo sin visitar su verdadero hogar.

El siseo del viento la despertó por completo de su ensoñación. En el corazón del bosque, donde se escondía el *château du cœur*, los setos se retorcían asustados debido al vendaval que golpeaba las ventanas y le provocaba algún que otro respingo. Olivia sabía que durante las madrugadas de ese tipo los invitados se hospedaban en el ala oeste del castillo y solía causarle demasiada incomodidad tener gente desconocida que se desvivía durante las fiestas y de la que no podía quejarse.

Derrotada, tomó ambas puntas de su vestido en tono azul cielo que había combinado a la perfección con la chaqueta corta que ocultaba la desnudez de sus hombros. El repiqueteo de sus manoletinas fue más estridente que las noches anteriores conforme descendía por la escalera en forma de caracol que la separaba de la primera planta.

La música no quedaba eclipsada tras las enormes paredes, como de costumbre. Tampoco las risas amortiguadas se dejaban oír al final del pasillo, ni siquiera los fugaces encuentros entre amantes que se dirigían al jardín para un breve revolcón.

El silencio era más una tortura que una bendición. Dudosa, apoyó las palmas de sus manos sobre las dobles puertas que la guiaban al salón. Allí, donde el mundo giraba de una forma diferente, tan solo se encontraban la baronesa junto a su marido y un hombre que desconocía por completo, sentado presidiendo la mesa principal.

—Querida, por fin estás aquí. —Elodie le dirigió una sonrisa que

no supo descifrar, su tono imponente había quedado en un segundo lugar, o quizá ni siquiera existía dentro de aquella situación—. Lamento no haberte dicho nada antes, pero esperaba la llegada del abogado de tu abuelo.

Olivia cada vez se sentía más perdida. La relación con su tío abuelo se había desdibujado con el paso de los años. A veces se mandaban correspondencia, regalos de navidad o la visitaba en su cumpleaños. Pero durante los últimos años no hubo nada de aquello por la extraña enfermedad que lo tenía cautivo en su lecho.

—¿Ha ocurrido algo? —preguntó ella, acomodándose a la izquierda de lord Devereaux. La figura del abogado se entremezclaba con los claroscuros de las llamas, dándole un aspecto más tenebroso que la hizo encogerse en su asiento—. ¿Vendrá a visitarnos pronto?

—Lamento comunicarle, lady Blunt, que el duque ha fallecido hace unos días. Por eso he venido a Francia para exponerle sus últimas voluntades.

Las palabras se atascaron en su garganta, intentaba por todos los medios mantenerse serena para afrontar la noticia. Era imposible que se hubiera marchado tan pronto. No era un hombre demasiado mayor. Solía ser comprometido con su familia, cariñoso y de gran corazón. Olivia tuvo que aferrar sus faldas bajo la mesa para contener las lágrimas; la mezcla de tristeza y nerviosismo se atoraba en su pecho por lo que estaba por venir.

—¿Eso significa que debo marcharme a Londres inmediatamente?

El abogado no dijo nada, tan solo puso sobre la mesa el testamento del difunto. A Olivia le extrañó que ni siquiera la mirara con respeto. Era como si su presencia fuera innecesaria cuando era la siguiente en heredar todo el patrimonio de su familia.

«Tengo un mal presentimiento», pensó ella notando como un

ligero escalofrío le erizaba la piel.

—He hecho este viaje porque el duque de Dorset, su difunto tío abuelo, no solo era mi cliente, sino también un buen amigo mío —comenzó a decir en un tono tan desganado que Olivia se sintió más pequeña en su silla—. Me comprometí a darle la noticia porque se lo debía, eso es todo. Pero lamento comunicarle que mantendrá su residencia permanente, si el barón lo ve conforme, aquí.

—Eso no es posible. —Se levantó de manera abrupta de su lugar mientras acomodaba las manos sobre la mesa—. Llevo años preparándome para mi papel como duquesa de Dorset.

—Lamentablemente el destino tiene otros planes para usted.

—¿Qué clase de planes?

—Olivia —la baronesa, que se encontraba enfrente de ella, captó su atención—, veamos qué dice el testamento.

Ella asintió con el ceño ligeramente fruncido. Si era cierto que su tío había cambiado por completo su destino, ¿para qué estuvo durante tantos años lejos de su familia? ¿Acaso las palabras repletas de afecto que le dedicaba en sus cartas no eran para nada ciertas?

—Proceda —ordenó el barón soltando un suspiro.

—«Si mi buen amigo Kevin está dando voz a este testamento, temo que me habré marchado de este mundo sin haberme despedido». —Comenzó a leer el abogado con cautela—. «La familia Blunt ha ido cayendo en un gran pozo durante el paso de los años. Quizá, nuestro nombre no destaca en la alta sociedad como con nuestros predecesores. Pero tenemos un patrimonio que debemos proteger para que siga creciendo durante muchos años. Por eso, lamento muchísimo, mi querida Olivia, no concederte el lugar que mereces. El tiempo te ha convertido en la flor más hermosa de Francia y soy consciente de que no necesitas un ducado para ser feliz. Pero dejo todas mis posesiones a Tobias Blunt: mi sobrino».

Olivia no daba crédito a lo que escuchaba. Toda su vida había danzado alrededor de los requisitos que le imponían los demás para ser la joven perfecta para desempeñar un papel. Había crecido en un *château* extravagante, alejado de sus costumbres solo con el deseo de poder volver a la casa donde creció durante sus primeros años como su propiedad. Y ahora, no tenía nada, tan solo vivía de la caridad de los Devereaux porque la habían educado no como a una dama de compañía, sino como a una hija más.

—Sabes que puedes quedarte con nosotros —advirtió el barón a su lado para infundirle cierto ánimo, pero no parecía nada sorprendido—. Tienes veintiún años, una gran formación como dama. Quizá podríamos buscarte un pretendiente para que puedas comenzar tu propia familia.

—No.

—¿Cómo?

—He dicho que no —expresó completamente frustrada delante de los presentes—, ni siquiera conozco a ese tal Tobias. No tiene ningún derecho a tener lo que es mío por nacimiento. Perdí todo cuando era niña, ¿también debo hacerlo siendo una mujer?

—Señorita Blunt. —El abogado guardó el testamento como si hubiera narrado un largo epitafio al que había dado fin—. Si existe un descendiente varón irá siempre por delante de usted, le guste o no.

—Me niego.

—No tiene elección —contraatacó con el ceño fruncido—. Este no ha sido mi deseo, sino el de su tío abuelo, y ya no se encuentra entre los vivos para poder reprocharle. Así que le recomiendo que siga con su vida cuanto antes.

La mirada de Olivia se deslizó hacia la azulada de la baronesa, que no dejaba de observarla con un gesto de resignación. Había criado a

la pequeña Liv desde que llegó como un cervatillo asustado con nueve años. Se encargó de que toda la impulsividad que existía en ella no saliera a la luz. Los hombres adoraban a las mujeres con intelecto, pero que no alzaran demasiado la voz. Por eso había esculpido poco a poco la personalidad de aquella niña para hacerla la más hermosa muñeca de porcelana. Pero la baronesa se confió demasiado pronto de que su trabajo había sido un auténtico éxito. Sin embargo, su pupila se convirtió en una mujer tan astuta como su mentora y sabía bien que no estaba dispuesta a esconderse en la parte más oscura del castillo si podía reivindicar lo que era suyo.

—Dejaré de tenerla cuando no tenga voz, milord. Por el momento puedo seguir luchando por ella. Si me disculpan, tengo que preparar mi equipaje, porque Tobias Blunt está en mi casa.

Capítulo 1

Era un secreto a voces que el Heartless, el nuevo club de caballeros de Mayfair, pertenecía a los Ward. No importaba si ninguno de los cinco hermanos confirmaba lo evidente. El prestigio que destilaba el establecimiento, con sus clases de esgrima, puros de alta calidad y eventos exclusivos para los hombres más honorables de la alta sociedad hablaba del gran capital invertido en cada una de las salas.

A Tobias le gustaba pasar tiempo allí. No solía relacionarse demasiado con los demás, a excepción de su estrecha amistad con el duque de Redfield. Cada hombre que danzaba a sus anchas como si tuviera una invisible corona sobre la cabeza le resultaba demasiado narcisista como para compartir una copa con él. Por eso prefería quedarse apartado en una de las mesas más alejadas de la puerta; acomodaba una de sus piernas sobre el muslo de la otra y se permitía disfrutar del tiempo que podía controlar y, en ese momento, le pertenecía.

Cada tanto, el dueño del club elegía una temática para disfrutar de la noche de una manera única y especial. La sala principal estaba infestada de caballeros codiciosos con demasiado dinero en los bolsillos y que anhelaban mucho más. Tobias deslizó su mirada

grisácea por cada parte de la estancia donde se concentraban; las apuestas eran tan jugosas sobre las mesas que los Ward consideraron alargar la noche con la compañía de muchachas que buscaban el favor de alguno de los lores que deseaban tener el lecho caliente y no con la compañía de sus esposas. Pero él prefería dejarse llevar por lo que necesitaba en el momento. No solía tener un patrón para actuar, lo hacía de manera impulsiva y, quizá, era uno de los motivos por los que no terminaba de adaptarse a su título. Después de todo, los caballeros no solían atacarse de manera directa, lo hacían por la espalda con puñales invisibles para no ser señalados. Y Tobias no tenía ningún reparo en demostrar molestia, desdén o enfado frente a los demás.

—Le veo muy solo esta noche, milord.

Tobias se alejó con lentitud de sus pensamientos, la copa que mecía entre sus dedos volvió a la mesa dando fin a aquellas lánguidas caricias que dejó en el cristal. Levantó con ligereza su mentón con un gesto aburrido, que desapareció al encontrarse con la mirada azulada de la muchacha que tenía delante. La había visto en alguna ocasión en el teatro. Era una de las sopranos más jóvenes de la ciudad. Estaba seguro de que no llegaba a los veintitrés años y era tan preciosa con sus bucles anaranjados como peligrosa. Tobias conocía bien qué significaba vivir en un continuo estado de alerta; la impotencia al sentirse cautivo y la maldita autoexigencia de no temblar ni siquiera cuando su corazón latía desbocado.

—La soledad puede ser una gran amiga cuando no deseas la atención de nadie —respondió con lentitud—, también una desesperante enemiga si no sabes lidiar con ella.

—Podría dejar a su vieja conocida para otra ocasión —sugirió la joven, acomodándose en su regazo, sus dedos jugueteaban con los mechones castaños del duque que resopló molesto por el contacto

—. Si desea que escuche sus inquietudes en un lugar más privado.

—Su nombre.

—¿Cómo dice, milord?

—Recuérdeme su nombre —ordenó con aquel tono lánguido con el que degustaba cada sílaba—, ni siquiera se ha presentado. Debe sentirse lo suficiente codiciada como para no tener la necesidad de hacerlo.

—Lily Rose —le recordó ella sin alejarse ni un milímetro de él—, creo que ha estado presente en alguna de mis actuaciones.

—Bien, Lily. —Tobias captó su atención, no solo con su nombre, sino sosteniendo su muñeca para que dejara de acariciarlo—. No sientes ningún interés en escuchar las preocupaciones de un duque, si quisiera un revolcón habría ido a buscarte desde que has salido de la biblioteca del club. Cuando deseo algo, lo obtengo por mi cuenta. Puedes tener una voz inédita tanto dentro como fuera de la alcoba, pero no me interesas en absoluto.

La muchacha ofendida se alejó de su regazo. Había recibido aquel golpe invisible con toda la clase que le permitía la situación. Se cruzó de brazos tan insultada como avergonzada y lo fulminó con la mirada.

—Es usted un maleducado.

—Me temo que solo soy realista. —El duque se levantó de su cómodo lugar y tiró de las solapas de su chaqueta; abrochó el botón y la observó con desdén—. Además, no soy de los hombres que les gusta tocar lo que no es suyo. Espero que tenga una buena noche, Lily Rose. Ya es hora de que este impresentable se vuelva a casa.

Tobias se colocó su sombrero de copa, deslizó los dedos por el ala y dirigió una mirada hacia Landon Ward, que lo observaba desde el otro extremo de la sala.

SilverWood, la residencia de la familia Blunt durante generaciones, lo observaba desde la colina con mirada juiciosa. Era consciente de que no se merecía su respeto, aunque tampoco lo buscaba. Su tío había tomado la extraña decisión de dejarle todo el patrimonio de algo que ni siquiera conocía del todo. Por eso sabía que no era bienvenido en su propia casa, que por más que el estrecho camino iluminado por lámparas de gas lo condujera a las escaleras de mármol que lo separaban del enorme jardín de flores blancas, jamás sería suyo del todo.

Tobias se apeó del carruaje soltando un sonoro suspiro. Era fácil fingir delante de su buen amigo Juls que todo iba como la seda. Más de una vez le había asegurado que su suerte crecía con el paso del tiempo: obtuvo una enorme mansión vacía, un patrimonio elevado y un título nobiliario no muy destacable pero suficiente para que nadie fuera capaz de decirle nada.

—Milord.

Julie, su ama de llaves, captó su atención de inmediato. Era más de medianoche y aún seguía deambulando de un lado a otro para comprobar que su señor llegaba a casa sano y salvo. Su melena grisácea estaba perfectamente recogida en un tirante moño. Estaba ataviada con un sencillo vestido marrón con un delantal donde sus llaves tintineaban asustadas. Y su semblante era tan cálido como el de una madre. Por eso agradecía que hubiera aceptado su propuesta de marcharse con él a aquella enorme casa.

—Deberías estar durmiendo —reprochó Tobias dejando su sombrero de copa en sus manos—, no soy un niño, sé bien lo que tengo que hacer.

—Soy consciente de que ha crecido —gruñó el ama de llaves mientras fruncía el ceño—, me llegaba por la cintura cuando tenía apenas ocho años y mire ahora.

El duque curvó sus labios en una sonrisa juguetona, se inclinó sobre Julie dando a entender que, si quería dirigirse a ella, tenía que reclinarse.

—Nada más y nada menos que dos cabezas.

—Al menos sé que hice bien mi trabajo —dijo con orgullo. Julie entrelazó las manos a su espalda quedando tan recta como un palo —, pero, aunque me gustaría reprocharle la hora a la que ha venido, solo quería avisarle de que tiene visita: lo lleva esperando desde bien entrada la tarde.

—¿El duque de Redfield viene a visitarme tan tarde?

—En realidad es una muchacha bastante joven —aclaró su ama de llaves caminando a su lado—. Dice que pertenece a la familia Blunt y debe hablar con usted de manera inmediata.

Tobias resopló molesto, sabía que todos los miembros de aquella condenada familia irían a visitarlo solo para desaprobarle su herencia. Frustrado, se deshizo de la chaqueta de su traje; desabrochó los primeros botones de su camisa y se encaminó hacia el salón.

—¿Preparo un poco de café?

—No, intentaré despacharla.

Cuando las dobles puertas lo recibieron, sintió un ligero olor dulzón que no reconoció como parte de la estancia. Era una nota tan adictiva que la fragancia se quedó pululando en el aire. Tobias parpadeó un poco confuso, no le agradaba que nada de su alrededor pudiera grabarse en su mente como un recuerdo. Odiaba quedarse con lo mejor y lo peor del mundo que lo rodeaba, porque sabía que tarde o temprano podía convertirse en una maldita debilidad. Su mirada se deslizó por los sofás en color caoba que estaban frente a la enorme chimenea tallada con la figura de la diosa Atenea junto a su padre Zeus.

No debía sorprenderle que la estancia estuviera caldeada, estaba seguro de que Julie se había encargado de ello por si no deseaba irse a dormir cuando llegara a casa. Tobias notó movimiento en el sofá; sentada en él se encontraba una menuda figura que dio un respingo ante su presencia. Era una joven de baja estatura, ataviada con un vestido tan pomposo que le recordó a los pasteles de merengue que Diane Redfield solía elegir para sus fiestas. Sus largos bucles dorados caían hasta su cintura. Pero lo que más le sorprendió en aquel aspecto tan etéreo fue la mirada verdosa que lo observaba nerviosa pero a la vez temeraria.

—Me han dicho que me esperaba —Tobias rompió el silencio con cierta desgana, se aproximó a la mesita auxiliar más cercana y vertió el líquido ambarino de la botella de cristal en uno de los vasos—, pero no entiendo muy bien para qué.

—Por supuesto que lo sabe.

Su tono le resultó similar a un rugido. Había un matiz tan enfadado en sus palabras que no pudo evitar sonreír con socarronería. El aspecto de la muchacha no tenía nada que ver con el carácter que le demostraba. Podía ser la más bella muñeca de porcelana, pero existía un ápice de soberbia en su tono que le intrigaba.

—Déjeme adivinar —se apoyó en la pared en un fingido gesto pensativo tan pobre que ella suspiró—: el legado de los Blunt.

—Todo lo que ha heredado me pertenece. —Tobias la observó largo y tendido, las manos de la joven apretaban las faldas de su vestido con tanta fuerza que notaba cómo sus nudillos tomaban un tono blanquecino—. Era la siguiente en heredar el título de duquesa de Dorset y me lo ha quitado.

—Yo no le puse una pistola en la cabeza a mi tío para tener todo esto —advirtió, inclinando ligeramente el vaso sobre sus labios; el

tono dulzón del licor se aferró a su garganta durante más tiempo del que le hubiera gustado—. Tampoco lo pedí. Y ahora que lo tengo no tenemos nada que hablar. Así que podría largarse de mi casa, no estoy de humor para aguantar su rabieta.

Olivia no le quitó los ojos de encima, quería ver a través de él un ápice de duda, pero solo encontró aburrimiento y el deseo de que se marchara. Había viajado desde Francia para enfrentarlo una vez que tuvo el permiso del barón Devereaux. Y, aunque habían pasado un par de meses de la muerte de su abuelo, no iba a irse con las manos vacías.

—No voy a retirarme —advirtió con cautela captando su atención —. Nací en esta casa y me formé durante años para ser la duquesa de Dorset. Me temo que no soy la que sobra en este lugar.

—Siento decirte que no existe nada aquí para ti. —Tobias terminó su copa de un trago y la abandonó sobre la mesita auxiliar, poco le importaban sus modales—. Vuelve al horno del que hayas salido, *Pastelito*.

Ella abrió la boca de lo más ofendida. Jamás ningún hombre la había tratado como si entablar una conversación fuera un auténtico sufrimiento. No dudó ni un instante en acortar la distancia con él, tiró de la camisa blanca de seda que llevaba, provocando que el duque se inclinara; la posición fue amenazante por parte de la joven, pero de lo más interesante desde el lugar de Tobias.

—¡Tendrá que echarme a patadas, maleducado!

—Soy un caballero con o sin título —advirtió él acortando la distancia de su rostro con el suyo—. Puedo invitarla a pasar la noche con todas las consecuencias que eso implica, pero me imagino que es algo demasiado atrevido para su inocente reputación.

Olivia ladeó la cabeza en un gesto tan cordial que Tobias creyó que había dado fin a la conversación. Aquel dulce olor que le había

hecho cosquillas en la nariz volvió nuevamente a sus fosas nasales; le advirtió que las notas dulzonas que reconoció al entrar al salón provenían de la piel de ella y retrocedió de manera inmediata, cauteloso. La presencia de esa mujer le sugería que estaba allí dispuesta a hacer unos cambios que él no pensaba tolerar.

—Lamento haber creído que estaba siendo descortés, milord —comenzó a decir ella arrastrando las consonantes de una forma gutural que sorprendió a Tobias; advirtió que ni siquiera vivía en Londres y que se había presentado allí solo para enfrentarlo—. Pero ha tenido una fantástica idea. Me quedaré aquí, en la casa que una vez fue de mis padres, hasta que ceda de una condenada vez.

Las estridentes carcajadas de Tobias hicieron eco en el enorme salón comedor donde ambos se encontraban. ¿De dónde demonios había salido aquella mujer tan temeraria? Le importaba bien poco si todo Londres se enteraba de que había dormido bajo el mismo techo que un hombre sin ser su marido.

—¿Y cómo piensas hacerlo? —dijo él sin importar que la tuteaba —. Porque te aseguro, Pastelito, que tu pequeño castillo de ensueño me pertenece, y no tengo intención de dárselo a nadie.

—Puedo ser muy persuasiva.

—Entonces estaré deseando ver de qué eres capaz, querida. —Tobias la observó durante unos segundos, extendió su diestra para alcanzar su mentón y tiró de él con exigencia—. Porque las princesas como tú no se manchan sus bonitas manos por un ducado que ni siquiera podrán regentar sin un hombre a su lado. Espero que sueñes con eso esta noche.

Capítulo 2

Si la baronesa la hubiera visto perder los estribos de aquella manera, la habría encerrado en una de las dos torres del *château* hasta que recordara que las damas actuaban en silencio y con astucia, no atacaban con uñas y dientes. Olivia suspiró derrotada mientras caminaba tras el ama de llaves con la vergüenza coloreando sus mejillas. Era incapaz de dejar de juguetear con sus dedos como una niña perdida, pero había aceptado su *no oferta* de quedarse en SilverWood.

—Debería dar gracias que su temeridad no ha provocado que el señor Blunt la eche de la mansión —la amonestó Julie, alzó con ligereza su vestido mientras subía la escalinata que daba a la parte este de la casa—. Es un buen hombre, pero no destaca por tener demasiada paciencia.

—He dedicado toda mi vida a formarme tanto en modales como en la administración de un ducado —dijo con pesar—. Es demasiado difícil digerir que lo único que tenías de tus raíces ni siquiera existe.

—Me temo que las palabras del anterior duque han sido de lo más solemnes. Si puedo darle un consejo, medite su conversación y márchese a casa.

Una amarga sonrisa tiró de los labios de Olivia. La palabra «hogar» no estaba dentro de su existencia, tan solo vivía de la caridad de unos amigos cercanos de su familia que la habían aceptado como una hija más. Pero no tenía nada por sí misma, solo era un peón que habían ido colocando lo más lejos del tablero para que su presencia no molestara demasiado.

—Qué agradable y amarga palabra —dijo con cierta impulsividad —. Mis padres murieron cuando era una niña y mi tío abuelo me envió a Francia para prepararme para mi futuro. No intento quitarle nada a nadie que no sea mío por nacimiento, solo necesito tener lo que se me prometió.

«O si no me volveré loca», pensó con angustia.

Mientras caminaba, reconoció a la perfección la estrecha alfombra azulada que conducía a las alcobas de los duques. Los muebles que dejaba atrás, de madera blanca y manillas en tono dorado, la arrastraron a los recuerdos de niña donde correteaba emocionada. Se vio a sí misma con la intención de subirse en uno de ellos para sostener entre sus pequeñas manos uno de los jarrones que su padre había traído de uno de sus viajes al extranjero. Su pobre nana, angustiada de las travesuras de la pequeña, solía cogerla en brazos mientras ella pataleaba caprichosa. Más de una vez, la habían reprendido por su actitud temeraria, pero tenía el gran privilegio de estar unida a sus progenitores. Solía pasear con ellos todas las mañanas y, tras sus lecciones, disfrutaba de su tarde en la biblioteca: su padre trabajaba y ella se emocionaba con la lectura.

—Esta será su alcoba durante su tiempo aquí —el tintineo de las llaves hizo que la piel de Olivia se erizara en consecuencia; había sido la habitación de su madre y también de su tía abuela—, si quiere que busque otra, puedo hacerlo.

—Esta es perfecta.

Cuando la puerta se abrió, Olivia reconoció el inconfundible olor de su madre. Era una mezcla a canela con un ligero tono a naranja que se había quedado impregnado en las paredes de aquella habitación. Contuvo un sollozo en su garganta al observar el bonito dosel en tono crema donde su madre solía descansar los días más calurosos de verano. Era como si aún estuviera allí. Como si sus vestidos aún se encontraran dentro del armario para ser elegidos para cualquier evento en el que tuviera que estar radiante.

La yema de sus dedos acarició el tocador de madera blanca en el que ella misma había pintado pequeñas ramas repletas de flores rosas durante las tardes donde la duquesa dormía. Había querido regalarle un jardín personal dentro de su alcoba, para esos días donde su madre se apagaba en el lecho tras la ausencia de su padre. Cuando el espejo le devolvió la mirada se dio cuenta de que cada una de sus memorias eran parte de la Olivia Blunt que no tenía ningún tipo de problema; la que le devolvía la mirada era una mujer dispuesta a recuperar un patrimonio del que siempre había estado orgullosa.

—Sé que no debo inmiscuirme en la situación, pero es una muchacha joven —comenzó a decir Julie con cautela, en sus ojos se vislumbraba la preocupación—. Por más que crea que la reputación puede recomponerse como un jarrón roto, no es tan fácil. No juegue con lo único con lo que una mujer puede defenderse en un mundo de hombres.

—Mi reputación solo asegura a un hombre que no ha habido otro antes que él como si me tratase de la mejor oveja del ganado. —Olivia torció los labios con molestia, se dejó caer sobre el mullido colchón, pensativa—. Lo único que me importa es que mi apellido prevalezca como tanto deseaba mi tío.

—¿Y qué piensa hacer? —susurró la mujer, que se encontraba de

pie delante de ella. De su tirante moño escapaba algún que otro rizo grisáceo que intentaba ocultar—. Tobias es la única voz en esta silenciosa mansión, sin él no existe legado.

Tenía razón.

Bennedict Blunt había escrito de su puño y letra que su sucesor sería su sobrino. No importaba ninguna de las promesas que le había hecho de niña. Si quería que el legado de su familia no desapareciera, Tobias Blunt debía casarse y engendrar a las futuras generaciones que mantendrían los cimientos de aquella enorme mansión.

«Y para ello necesita una esposa», pensó con cierto desdén, pero una vez que lo repasó con detenimiento no le resultó tan indiferente.

En la mirada verdosa de Olivia había un atisbo de travesura que hacía que sus ojos tuvieran un matiz ámbar propio de los Blunt. Era como si los engranajes abandonados sin sentido por su mente hubieran vuelto a funcionar en una única dirección; como las agujas de un reloj dando fin a una época de incertidumbre.

—La baronesa que me instruyó siempre decía que una mujer no podía tener adquisiciones por sí misma, pero sí tenía el derecho de apropiarse de los deseos y ambiciones de un hombre.

—Me temo que va a ser un gran dolor de cabeza para mi señor.

—¿Y piensa hacer algo al respecto?

—No. —Julie negó con la cabeza, se inclinó con ligereza para tomar una de sus manos para infundirle ánimos—. Usted es libre de aspirar a todo lo que desee, pero si me permite, Tobias es un hombre algo complicado.

—Yo lo calificaría como los demás: caprichoso y egoísta.

—Le dejaré averiguarlo por su cuenta. —Julie suspiró derrotada, se habría pellizcado el puente de la nariz, pero prefería mantener su postura educada y cercana—. Siento mis malos modales, pero no sé

su nombre.

—Olivia —respondió con un ápice de diversión—. Olivia Blunt.

—Es un placer, señorita Olivia. —Le dedicó un breve asentimiento en señal de respeto—. Yo soy Julie, el ama de llaves. Cuente conmigo si necesita ayuda, pero creo que ha venido acompañada.

—Jamás me marcharía de mi querida Francia sin mi ayudante de cámara. Nunca se sabe cuándo una dama necesitará a su mayor aliada para estar de lo más decente.

La presencia de Olivia dentro de la mansión no le resultaba cómoda. El duque estaba acostumbrado a lidiar con la soledad. Siempre había sido su mayor compañera en épocas difíciles, por lo que le costaba confiar en toda persona que se acercaba a él. Era cierto que no solía tener demasiados escrúpulos cuando había cortejado, de una forma un tanto atrevida, a la hermana de su mejor amigo. Pero era una decisión que nadie le había autoimpuesto, sino que fue por elección propia y sin intenciones ocultas.

Mientras masticaba con desgana los huevos escalfados que le había preparado Julie, se preguntaba cómo podría ahuyentar a una mujer que no deseaba. Aún tenía grabada en las retinas aquella mirada verdosa cargada de intenciones; la forma en la que apretaba los puños cuando la situación se le escapaba de las manos y aquel acento francés que provocaba que hablase torpe en inglés le resultaba tan divertido como interesante.

«Si le resto importancia se cansará, eso ocurre con la mayoría de las mujeres a las que niego mis atenciones», pensó dando con una solución que no le ayudaría demasiado.

El repiqueteo de sus pasos hizo que Tobias se pusiera tan tenso como una vela. No le gustaba lidiar con situaciones incómodas que no había pedido. Se apresuró en terminar su té antes de reunirse

con Julian; le notaba extraño desde que había tenido ese inusual encuentro con la muchacha de la que no conocía ni siquiera su nombre. Y él, como buen amigo, iba a molestarlo todo lo que pudiera.

—Buenos días.

La voz de Olivia lo hizo suspirar. Si hubiera podido, ni siquiera le habría devuelto el saludo. Levantó con ligereza su mentón, encontrándose con una muchacha ataviada con un sencillo vestido blanco de mangas amplias y con su largo cabello, que tanto le llamó la atención, recogido en una trenza. Su aspecto era tan inocente como el de un ángel antes de ser devorado por el infierno. Pero no debía dejarse llevar por la visión que le regalaba la muchacha, porque sus intenciones poco tenían de ingenuas.

—Tengo asuntos que atender —le advirtió omitiendo sus palabras —. Cuando vuelva no deseo que estés aquí. ¿Ha quedado claro?

—No.

Tobias frunció el ceño con un profundo desagrado. ¿Acababa de contrariarlo como si tuviera algún derecho? Abrió los labios preparado para replicarle que su voz no era importante en aquella conversación; le estaba dando una orden que no estaba dispuesto a modificar.

—Deja de provocarme, Pastelito.

—Olivia —respondió con simpleza—, ese es mi nombre.

—Me importa un cuerno tu nombre —dijo con gran molestia. Las facciones de su rostro estaban tensas por su maldito deseo de llevarle la contraria—, no voy a lidiar con ninguno de tus deseos. Si me haces enfadar, yo...

Como si sus advertencias fueran el simple gorjeo de los pájaros, Olivia se acomodó sobre su regazo sin ningún tipo de decoro. El duque no sabía cómo gestionar su cercanía, apretó los dientes

controlando sus ganas de mandarla por sí mismo a Francia, pero lo único que hizo fue apretar con su diestra uno de sus muslos, advirtiéndole que estaba jugando con fuego. Ella tan solo dio un respingo sin apartar ni un solo instante su mirada de la lobuna del duque. Era una especie de batalla cargada de intenciones que ni siquiera Tobias estaba dispuesto a perder.

—Deseas mi legado tanto como yo —comenzó a decir, ignorando por completo la forma en la que los dedos de él se hundían en su piel—. Y estoy segura de que eres consciente de que pienso hacerte la vida imposible si no me lo devuelves. Así que he llegado a una conclusión que nos beneficia a ambos.

—Sorpréndeme, querida —respondió él con una tensa sonrisa—. ¿Al final has tomado la decisión de degollarme mientras duermo?

—Casémonos.

—¿Cómo dices?

—Hazme tu esposa y ambos podremos tener el patrimonio de la familia Blunt.

Tobias esperaba que estallase en una estridente carcajada para burlarse de él. Habría preferido que hubiera intentado molestarlo a primera hora de la mañana antes de que sus intenciones fueran completamente sinceras. Pero mientras Olivia esperaba su respuesta con las cejas alzadas como si hubiese dado con la clave que ambos necesitaban, él más se frustraba. Los dedos del duque se alzaron hasta tocar la larga trenza que sostenía sus cabellos rubios, la anudó a su puño y tiró de ella, arrancándole un gemido que la hizo sonrojarse.

—Has perdido el juicio. —La voz de Tobias era tan gélida que parecía controlar el tono para no provocar un auténtico vendaval—. ¿Por qué piensas que voy a ceder ante tus condenados caprichos? Has intentado usurparme mi lugar como duque de Dorset solo por

una promesa que se le hace a un niño para que guarde silencio.

—Porque no podrás librarte de mí —contestó con tanta cautela que el humor del duque, por momentos, se crispaba más. Su agarre fue tan exigente que Olivia echó la cabeza hacia atrás de manera involuntaria—. Me mantendré tan cerca que terminarás por desearme.

—Me tendrás en tus sueños, Liv —advirtió con molestia. Si su mirada hubiera tenido el poder de reducirla a cenizas, habría disfrutado en demasía derrotando cada uno de los pilares de su condenado atrevimiento—. Cada vez que sientas calor en tu menudo cuerpo, recordarás que el duque de Dorset no es de nadie.

Y antes de que ella pudiera replicar, Tobias la soltó con rapidez para que el calor de su cuerpo no se adhiriera a su piel. Para que la condenada fragancia dulzona no se impregnara en la yema de sus dedos ni tampoco su prepotente tonto quedara grabado en su mente.

Olivia se quedó sola en un salón repleto de recuerdos mientras que Tobias huía de un futuro que ni siquiera había pedido.

Capítulo 3

El primer golpe que recibió Tobias en la mejilla izquierda lo dejó más desubicado que de costumbre. Retrocedió unos pasos hacia atrás, perdido dentro del *ring* mientras se acariciaba la parte dañada. Sus ojos grises amenazaban a su contrincante como si fuera un animal que barajaba la posibilidad de desgarrar a su víctima. Pero su imprudencia le estaba jugando tal mala pasada que, de su labio, escapaba un hilo de sangre. Su respiración se agitaba por momentos, molesto y frustrado a partes iguales. No importaba cuánto intentara tomar ventaja contra su adversario. Él alzaba sus puños para que los golpes ni siquiera lo tocaran. Retrocedía chasqueando la lengua, divertido; buscaba cualquier punto débil para volverle a propinar un nuevo puñetazo al duque. Tobias levantó los brazos dándose por derrotado. Comenzó a deambular alrededor del cuadrilátero tan perdido como al principio.

—Esto no es propio de ti, Blunt. —Rio victorioso el caballero que le había ganado, acomodándose en las cuerdas del *ring*—. Siempre eres impenetrable y hoy estás de un humor insoportable.

Tobias chasqueó la lengua. No iba a darle la razón, y más aún cuando sabía que era cierto. Se secó con una toalla el sudor que

perlaba su frente mientras lo observaba con desdén. No era la primera vez que iba a boxear con otro caballero para apaciguar sus emociones, pero ese día no había sido para nada productivo.

—Cállate, Ward —gruñó el duque desviando la mirada—. Estás disfrutando de lo lindo con todo esto.

La familia Ward era una de las más emblemáticas de la alta sociedad. Su deseo de demostrar que eran intocables se vislumbraba en la majestuosidad de sus posesiones, en la fluidez con la que hablaban varios idiomas y en su frenético deseo de sentirse a la par de toda deidad intocable que pudiera existir. Asher era el tercero de cinco hermanos. Vivía sin preocupaciones al ser consciente de que jamás heredaría el extenso patrimonio que descansaba en los hombros de Dominic, su hermano mayor. Así que solía disfrutar de toda actividad placentera y problemática sin que nadie pudiera llevarle la contraria.

—En absoluto. —Asher Ward mostró su fingida sorpresa, si no lo conociera habría creído que era real, pero no tardó en dibujar en sus labios una media sonrisa—. Esto es más entretenido que corromper a una dama en un aburrido baile de debutantes.

—Si tu hermano te escuchara, te habría desheredado.

—Una pena que no esté aquí para amonestarme como de costumbre. —Rio nuevamente, elevó una de las cuerdas del cuadrilátero y salió con una elegancia que provocó cierta molestia a Tobias—. ¿La felicidad de Diane Redfield te tiene así?

Tobias elevó una de sus finas cejas. Su atracción por la hermana de su mejor amigo era notable para todo el que lo conociera. Por más que había intentado un acercamiento con la menor de los Redfield, ella se negaba en rotundo. Además, después de haberse visto envuelta en un asesinato y casarse con Wyatt Mitchell, el detective más prestigioso de la ciudad, sabía que no tenía ningún

tipo de posibilidad. Le agradaban demasiado su temperamento, su enorme espíritu de lucha y, especialmente, su gran deseo de encarar a todo el mundo, pero no iba a tomar nada de ella por la fuerza. Prefería aceptar la situación con diversión y galantería como hacía siempre.

—Tener a una mujer por capricho sin que sea feliz me resulta repulsivo —respondió con desdén. Los mechoncillos castaños que se adherían a su frente le molestaban tanto que se revolvió el pelo—. Además, no tiene nada que ver con mi mal humor.

—Entonces ¿de qué se trata?

—Al parecer mi tío tenía una sobrina o nieta lejana a la que prometió su patrimonio —comenzó a decir con molestia, el matiz ámbar que se vislumbraba en los ojos de Olivia volvió a su mente, de tal forma que negó con la cabeza—. La muy descarada se ha presentado en SilverWood para reclamarme su lugar como duquesa.

Asher contuvo una estridente carcajada en la garganta, hacía todo lo posible para contenerse, pero fue imposible cuando Tobias suspiró enfadado. Cada vez que le dedicaba una fugaz mirada podía verlo pellizcándose el puente de la nariz para controlar sus emociones.

—¿Y qué problema hay? —preguntó con inocencia—. Hay un testamento donde dice claramente que te pertenece todo el legado de los Blunt. Solo dile que se marche a casa.

—Sería sencillo si no considerara que la única forma de solucionar este tinglado es casándose conmigo. —Tobias bajó del *ring* maldiciéndose entre dientes por contarle la situación a su amigo. Era cierto que compartían asuntos de faldas; se ayudaban y solían reunirse en el Heartless, pero sentía que se estaba exponiendo demasiado—. ¡Maldita sea! ¿Quieres dejar de mofarte de mí?

—Perdóname, amigo mío, por reírme de una situación que me parece de lo más divertida. —Asher se deslizó bajo las cuerdas, no

se acercó a su amigo, sino que preparó dos vasos de licor de la mesita auxiliar que tenían para saciar la sed; le extendió uno en son de paz—. Pero nunca te comprometes en exceso. Eres demasiado pasional. Cuando ves algo que llama tu atención, lo coges sin medir las consecuencias. Podrías aprovechar la situación para disfrutar de un lecho caliente. Dime al menos que es hermosa.

El humor de Tobias se agrió de manera consecutiva, ni siquiera se había fijado si Olivia Blunt contaba con una belleza que encandilaba cada uno de sus sentidos. Lo único que sabía a ciencia cierta era que su largo cabello rubio era suave y sedoso; que tirar de él con exigencia le había provocado un sentimiento en el fondo de su vientre que le agradó demasiado. Pero no iba a ceder ante una mirada verdosa que estaba decidida a reclamarle. Tampoco por aquel halo ámbar que se vislumbraba en su iris cada vez que era perspicaz: nadie entraría a su vida para arrebatarle nada.

—Una mujer que enfrenta a un hombre no se define por su belleza física, sino por su temperamento. Y Olivia es tan peligrosa como interesante. —Hizo una breve pausa para advertirle con la mirada—. Eso no quiere decir que tenga interés alguno en terminar en su cama: ella desea que ceda ante un juego que no puede ganar. Porque yo soy un gran apostador.

Asher no se asustó con su amenaza, tampoco desapareció la ligera curva de sus labios. Con elegancia inclinó la copa que sostenía en su diestra; el líquido ambarino que bailaba en su interior se deslizó por su garganta hasta dejar un leve resquemor en ella.

—Me temo que no eres el único estratega en esta batalla —respondió él jugueteando con la mano libre con el reloj de bolsillo que llevaba en la chaqueta de su traje—. Si es tan atrevida para decir abiertamente lo que desea deberías alejarte de ella de inmediato. Porque toda mujer tiene las armas necesarias para dejar

sin aliento a un hombre. Y estoy completamente seguro de que incluso un estrenado duque tiene debilidades que le harían caer.

—Empiezo a pensar que apostarías en mi contra, Asher.

—Qué bien me conoces.

El silencio que representaba a la mansión que había heredado no tenía nada que ver con la casa que abandonó esa mañana tras huir de Olivia. Las dobles puertas donde Julie le daba la bienvenida reverberaban con el dulce sonido de un piano. Tobias podría haber disfrutado de la función privada si no fuera porque adoraba la soledad que él mismo podía controlar. No ocurría lo mismo con la que se escapaba de sus manos. Por eso, el repiqueteo de sus pasos era mucho más fuerte y estoico. Le había advertido de que debía marcharse. De que ya no era un hogar al que tenía derecho de volver. Pero no importaba cuánto rugiera contra ella, porque la que creía que era la única heredera de los Blunt se había quitado las manoletinas. Movía los pies de izquierda a derecha sin un ritmo concreto mientras su vestido repleto de volantes caía tras la banqueta que había delante del piano, como si se tratase de un pastel a punto de desplomarse sobre el suelo. Su largo cabello rubio se alzaba en un moño improvisado del que escapaban varios mechones desenfadados. Su aspecto era tan angelical como caprichoso, sin duda era una advertencia silenciosa de todo lo que era capaz de hacer.

Tobias acortó la distancia con ella, se inclinó sobre su menudo cuerpo hasta que su aliento rozó su oído. Olivia notó cómo su piel se erizaba en consecuencia. Podía hacerse la tonta todo lo que deseara, pero notaba el calor del pecho del duque, subiendo y bajando como si el aire no llegase a sus pulmones. Las yemas de sus dedos no se detuvieron, tan solo se hundían en las teclas con mayor lentitud para

no perder el ritmo de los acordes.

—No deberías estar aquí. —El tono de Tobias fue mucho más aterciopelado que amenazante. Disfrutó del sonido de cada sílaba en su paladar; parecía que se deleitaba del sabor que dejaban en su boca—. Aléjate de todo esto, Livie, no deseo echarte a la fuerza.

Olivia dejó de tocar de manera inmediata, echó su cabeza hacia atrás hasta que tocó el pecho de Tobias con ella; su mentón estaba alzado, dispuesto a enfrentar su gesto de advertencia. Sin embargo, no encontró molestia en su mirada, tampoco rabia e ira. Solo mostraba a una joven de veintipocos años deseosa de controlar un poder al que ni siquiera tenía derecho.

—¿Has sentido alguna vez que no tienes lugar al que volver?

—En incontables ocasiones —admitió a regañadientes.

—Eso es lo que ocurre conmigo —dijo con una serenidad que el duque no sabía de dónde sacaba—. Todo lo que he tenido ha sido prestado o cedido porque no se le encontraba mayor utilidad. No voy a renunciar a nada, como ya te dije. Si tengo que caer, lo harás conmigo.

—No tropezaré con tus pasos, Pastelito.

—Me encargaré de que tengas que morderte el labio cada vez que me veas. —Olivia sonrió tan segura de sí misma que Tobias sintió un ligero escalofrío que le recorrió toda la espalda. No dudó ni un instante en sostener su mentón para no perder el control de la situación—. Seré tu sombra cada vez que salgas de la mansión. Y, al final, serás tú quien me pida matrimonio.

—Si te atreves a seguirme, te aseguro que no me contendré.

—Pensaba que no existía ese problema —respondió ella con orgullo. Era como si presionara las teclas más certeras y hubiera provocado más de una emoción en él—. Después de todo, solo soy una niña que desea cumplir un sueño inalcanzable.

Tobias chasqueó la lengua, molesto. Tenía razón. Había dejado bien claro que no sentía ni un ápice de atracción hacia Olivia. No importaba si su vestido era más ajustado o si solo llevaba un atuendo neutro para encargarse de la casa. Lo único que quería de los Blunt era aquella mansión que dejaron para alguien perdido como él, y nadie iba a quitársela.

Sin embargo, allí estaba ella para ser su maldito némesis.

—Las palabras se las lleva el viento, milord —comenzó a decir de manera banal, como si nada le preocupara—. Porque puede decir, como duque, todo lo que podría hacer para hacerme desaparecer, pero me sostiene el mentón como si quisiera gritarme que las únicas normas vigentes en esta mansión son suyas. ¿Qué debería hacer ante ese razonamiento sin fundamento? Haré que me vea, y una vez que clave los ojos en mí estará perdido.

—Si te quedas estarás bajo mi tutela —advirtió sosteniendo su mentón con mayor autoridad—, eso implica que harás todo cuanto yo te diga para no protagonizar un escándalo que nos lleve al punto de partida que tanto deseas. Te mantendrás en esta mansión sin que nadie conozca ese detalle y una vez que encontremos tu lugar, te marcharás.

—Qué gran suerte la mía —Olivia elevó una de las manos hasta la mejilla del duque, la acarició con ligereza, dejándole un ligero calor en la piel—, no solo pretendes deshacerte de mí, sino también elegir mi destino como si tuvieras algún poder sobre él. Déjame advertirte algo, duque de Dorset, conozco bien las debilidades de los hombres. He estado muchos años viviendo en Francia; en su corte, mientras me codeaba con mucha gente de alta clase. Y solo necesito hacer jaque al rey para tener la corona que descansa en su cabeza.

—¿Es una advertencia?

—Una realidad que ocurrirá.

—Maldita oportunista —gruñó apretando el contacto de tal manera que Olivia sintió que su cuello se tensaba—. Si hay alguien que debe caer ese no seré yo.

—No, milord, utilizaré toda estrategia que se alza entre estos cuatro muros que reclamas como tuyos.

Olivia aferró su mano sobre su rostro. Quizá no era una gran experta en las artes amatorias, pero sabía bien cómo acelerar el corazón de un caballero. Sus dedos trazaban círculos invisibles sobre su piel, mientras los ojos verdes de la dama se embelesaban con su cercanía.

Tobias se apartó inmediatamente, como si cada una de las palabras que se habían dedicado fuera una estratagema más para acercarse a él.

—Cuidado, Olivia Blunt —advirtió el duque escondiendo las manos en los bolsillos de su chaqueta—. Yo también sé jugar con fuego, sostén con esas pecaminosas manos tu vestido, no queremos que termine en el suelo.

Capítulo 4

Olivia no tenía ninguna intención de rendirse.

Estaba preparando todo su armamento para la guerra. Su gran enemigo, el hombre que habitaba en la alcoba contigua, hacía lo posible para alzar toda barrera para que no pudiera alcanzarlo. Y ella más se molestaba al no ser escuchada ni mirada.

Quien no la conociera habría justificado su temperamento considerando que actuaba de una forma aniñada poco acorde a su edad. Pero su visita a SilverWood, a pesar de la preocupación de madame Devereaux, no era de cortesía, sino de exigencia. Y sabía que estaba actuando de un modo que poco tenía que ver con el de una dama, pues no solo reducía los límites con el duque para hacerlo flaquear; permitía que la tocara, que le mostrara toda la molestia que le suponía tenerla en la mansión sin miedo a que toda aquella función cayese bajo sus pies.

—No tengo derecho a decirle qué debe hacer, pero salir de noche sin la protección de un caballero es una decisión imprudente.

Liv se encontraba sentada delante del tocador que fue de su madre. Cepillaba sus largos cabellos dorados, que danzaban acariciados por la ligera brisa que entraba por la ventana. No solía

agradarle que le dijeran qué debía hacer, pero Camille, su ayudante de cámara, solía ser la excepción.

De pie, a su lado, Cam entrelazaba las manos tras su espalda. Su postura era tan firme como la de una vela. No se permitía moverse ni un milímetro, lo consideraba una imprudencia de su parte. El siseo de las llamas besaba las facciones dulces de su ayudante, que parecía ser considerada, pero estaba esculpida en hielo. Solía llevar su cabello oscuro recogido en una larga trenza, igual que su señora. Era una de las costumbres que había tomado Liv desde que se le asignó a alguien que se encargara de asearla, vestirla y atenderla siempre que lo necesitase. Su relación con ella no solía ser la propia entre una dama y una persona del servicio. Eran hermanas separadas al nacer, la única diferencia era que Cam siempre recordaba su lugar y no sobrepasaba los límites.

—¿Sería mejor que espere sentada a que regrese? —Olivia abandonó el peine sobre la mesa y elevó con cierta molestia una de sus finas cejas—. No voy a seguir las órdenes de un hombre solo porque crea que puede someterme a su voluntad.

—Ha enseñado las uñas, milady.

—Cam...

Ella suspiró. Olivia odiaba cuando la trataba de una manera tan formal, le resultaba incómodo que existiera un mundo entre ellas; habían vivido tanto juntas que le daba miedo pensar que la amistad que existía entre ambas no fuera de verdad.

—Lo que quiero decir es que exigir a un hombre matrimonio y sentarse en su regazo como si se tratase de un marido no es lo más acertado.

—Se dice que, nada más ver el testamento de mi abuelo, no dudó ni un instante en mudarse con lo puesto. —El tono de Olivia era mucho más serio. Llevaba una bata de seda en color crema que

reflejaba por completo su inocencia—. Lo apropiado habría sido ponerse en contacto conmigo.

—Nadie en su sano juicio habría rechazado una herencia, Livie —respondió Camila removiéndose en su sitio, ni siquiera aceptó el gesto de su señora para que se sentara en la cama—. Un caballero toma decisiones, un hombre sin escrúpulos obtiene todo lo que desea. ¿Qué habría pasado si hubiera decidido levantar tu vestido? ¿Habrías aceptado ser rechazada durante toda tu vida? No puedes ser tan imprudente. Entiendo tu frustración y...

—Era lo único que me quedaba. —Su tono fue un simple susurro. Podía ser todo lo altanera que le permitiese la máscara con que ataviaba su rostro, pero en el fondo estaba destrozada. Liv apoyó los codos sobre el tocador, entrelazó los dedos y descansó la barbilla sobre ellos; se sentía derrotada—. Pensaba que llegaría el día que volvería a casa y podría hacer algo bueno por algo que admiro.

—¿De qué se trata?

—Los recuerdos que quedan de mi familia. —La voz se le resquebrajaba cada vez que intentaba darle vida. Había sido duro agradecer a los Devereaux como si jamás hubiera llorado la pérdida de sus padres; como si no existiera ningún instante donde no echara de menos el pasado—. No me asusta tener que casarme con un hombre solo por llegar a algo que deseo con todas mis fuerzas. He visto bien cómo actúan: yacen con mujeres, se divierten, preñan y olvidan a sus esposas. Soy una mujer independiente, me importa poco que no desee volver a mi cama.

—Madame Devereaux advirtió que no tomaras esto como una batalla contra el señor Blunt.

«Pero parece tan dispuesto a dominarme que me niego a que eso suceda. Deseo que sea él quien caiga ante mí por iluso», pensó ella.

—No se trata de un enfrentamiento como tal, Camille. Solo

necesito cuatro estrategias para que Tobias Blunt se rinda ante mis encantos franceses. —Olivia se permitió sonreír a pesar del doloroso pellizco que sentía en el pecho. No quería mostrarle lo mucho que le preocupaba que todo aquello no saliera bien—. Es así de simple.

—¿Y cuál es la primera? —suspiró mientras se pellizcaba el puente de la nariz, bastante frustrada con la situación.

—«Si una lady aparece en un club de caballeros solo puedes esconderla para evitar una situación comprometida o huir con ella» —recitó Olivia mientras se ponía de pie—. Esta noche me pondré el vestido gris perla de ribete blanco en las medias mangas. Es el perfecto para la ocasión.

—Pero, Olivia...

—Lo haré con tu consentimiento o sin él.

—Por supuesto.

Esa noche no cabía ni un caballero más en el Heartless. Los hermanos Ward sabían bien cómo debían enfocar su club para que nadie rehusara asistir a uno de los eventos privados y emblemáticos del momento. En medio de la sala había un pequeño habitáculo repleto de agua, que le recordó a las fuentes de mármol que solían decorar las mansiones de la familia. Siempre elegían la figura de la diosa Atenea para asegurar el gran intelecto que tenían; Afrodita, por su suerte en el amor; y Apollo, por la devoción de Susan Ward por la música.

Las mesas estaban repartidas por la estancia de manera intencionada. Las más apartadas tenían un acceso único que conducía a la planta superior del establecimiento para una mayor privacidad. Según Asher, las prostitutas más cotizadas de Londres descansaban allí, dispuestas a complacer a todo caballero que necesitase un poco de atención. Las más pegadas a la chimenea

proporcionaban un ambiente cálido y cercano al espectáculo, mientras que las más próximas a la puerta tan solo utilizaban el lugar como punto de encuentro.

—Landon y Dominic tienen unas ideas tan interesantes como retorcidas —admitió Tobias apoyado en la pared. Desde su posición se vislumbraba quién se atrevía a ser parte de la noche; su copa estaba ligeramente vacía, pero sabía que podía solventar su sed cuando quisiera—. Ver nadar a un pez no es de lo más divertido.

—Mi buen amigo, no seas ingenuo. —Rio Asher a su lado, acomodando una pierna sobre la otra—. Landon ha contratado a la mejor artista del Teatro Royal. Te aseguro que no solo sabe moverse bien en el escenario, también en la cama.

—Los Ward tejéis una red alrededor de cada uno de vuestros intereses, debería sorprenderme, pero me resulta hasta aburrido.

La carcajada del menor de los Ward no le asombró en absoluto. Solía tomarse la vida con diversión. Poco le importaba si sus decisiones eran cuestionables o eran las más sinceras del momento siempre y cuando pudiera conseguir todo cuanto deseaba.

—Sé bien que es mucho más interesante que aburrido, porque no existen los límites para nosotros.

Sus palabras le provocaron tal frustración que apretó la copa en su diestra. Era como si Olivia hubiera dado voz a aquellas palabras solo para provocarlo. Porque todo lo que estaba relacionado con ella carecía por completo de reglas. No podía decir que era el hombre más respetable del mundo. Para haber llegado donde estaba había tenido que inclinar más de una vez su cabeza. Más de una vez no dudó en pasar por encima de los demás sin importar sus sentimientos, pues su salvación e interés eran mucho más importantes.

—No tenerlos crea problemas —advirtió Tobias—. Las barreras

existen para delimitar nuestros deseos más oscuros, si no existen puede ocurrir cualquier cosa.

—¿Como que una joven decida vivir en la mansión que has heredado?

—Yo he puesto condiciones —la mirada grisácea del duque mostraba un ápice de advertencia, no iba a consentir que nadie le dijera lo ridículo que era por permitir que Olivia durmiera en la mansión. Lo único que debía hacer era que ese hecho no trascendiera por toda la sociedad londinense—, que ella decida sobrepasarlas no es asunto mío.

—¿Y tú deseas hacerlo?

El silencio de Tobias solo hizo que la sonrisa de su amigo se extendiera aún más por su rostro. Si lo hubiera mirado con detenimiento, se habría percatado de que se dibujaban unos pequeños hoyuelos en sus mejillas.

«Sé bien que es más astuta que cualquier otra mujer que haya conocido y no tardará en hacer su primer movimiento, pero lo veré venir», pensó orgulloso.

—Hacer jaque a la reina siempre me ha resultado de lo más placentero.

—No tienes remedio, Blunt. —Asher le dio un codazo, provocando que el líquido ambarino que quedaba en su copa temblara desconsolado hasta caerle en la manga de su chaqueta—. Aunque creo que lo harás mucho antes de lo que piensas.

—¿Por qué lo dices?

—Tu reina tiene otras intenciones para ti.

«Dime que no ha tomado la maldita decisión de venir hasta aquí».

Los ojos de Tobias la buscaron entre la multitud. Todo caballero que deambulaba por el salón se acercaba hacia el habitáculo con agua que había en el centro de la sala; anhelaban ver el espectáculo

en primera fila sin necesidad de tener a nadie nublando su campo de visión.

Frustrado, chasqueó la lengua con cierto malestar. No se molestó en escuchar a Asher, tampoco le importaba saludar a ninguno de los presentes cuando tenía una fama un tanto espantosa. Solo quería comprobar que no era una broma de su amigo; que no tomó la decisión de presentarse allí una noche como aquella.

El corazón del duque latía desesperado en su pecho. ¿Hasta dónde iba a llegar esa mujer para desbordar su paciencia?

La interceptó tras las columnas griegas que había en la parte más alejada de las mesas: curiosa y emocionada. Sus ojos verdes mostraban el orgullo de una mujer que estaba dispuesta a sobrepasar los límites. Tobias estaba seguro de que pensaba hacerlo dejando sin aliento a todo caballero que se fijara en su presencia; en lo ajustadas que se veían sus caderas bajo ese vestido. Se preguntaba si, bajo las medias mangas de su vestido, su piel sería de una tez tan blanquecina como insinuaba la luz de las velas. Molesto consigo mismo, apartó todo pensamiento acerca de lo interesante que sería su desnudez esa noche.

Lo único que le inquietaba era no ser el único que se percatara de la curiosidad que hacía brillar sus ojos verdes. Tampoco de que aprovechara la oscuridad de la parte opuesta del salón para deambular a sus anchas sin que nadie la invitara a marcharse. Pero Tobias cada vez estaba más preocupado: podían confundirla con una prostituta y no se alegraba en absoluto de que pudieran hacerle daño.

Cuando quiso ir tras ella, la actriz que interpretaría a una de las nereidas de la mitología, afición de los Ward, salió de una de las salas privadas de la planta superior; descendió las escaleras con su rostro ligeramente maquillado y su media desnudez: sus caderas

estaban tapadas con una sencilla falda azulada y la aureola de sus pechos era invisible bajo la fina camiseta de seda que combinaba con la parte inferior de su atuendo. Los caballeros estaban embelesados mientras se deshacía de las prendas, observaban el espectáculo como si se trataran de hambrientos tiburones; hacían girar su bebida, deleitándose del baile acuático que se acompasaba con el dulce sonido de las arpas. La muchacha giraba, se permitía hundir su cuerpo por completo en el agua, y, una vez que emergía, sus mechones oscuros se adherían a su rostro como si hubiera naufragado en el peor lugar del mundo.

Entre choques, protestas de los caballeros y la inquietud que le provocaba que una mujer hubiera entrado en un lugar tan exclusivo, la buscó por todas partes. Pero cuando quiso dar con ella, Olivia no se encontraba por ningún lugar. No importaba allá donde mirara, había desaparecido por completo.

—Maldita sea, ¿dónde demonios te has metido?

Y como si alguien hubiera escuchado la frustración en cada una de sus palabras, vislumbró su largo vestido, abandonando el Heartless acompañada de un individuo.

Capítulo 5

Olivia se sentía en una nube. No era la primera vez que salía por su cuenta, pero la mansión de los Devereaux se encontraba a las afueras de Burdeos, donde la familia era tan respetada como querida. Londres, por el contrario, era una ciudad demasiado grande; con una alta sociedad tan prominente que solo era una constelación más en un cielo repleto de estrellas. Era consciente de que todos sus sentidos debían estar alerta: no iba respaldada por un apellido, ni tampoco por un caballero que pudiera protegerla. Debía mantenerse en las sombras si quería acceder a un club que no sería diferente a los que ya había frecuentado cerca de la zona de Burdeos. Pero estaba de lo más equivocada: el Heartless había superado por completo sus expectativas.

Los colores rojos y dorados predominaban en el ambiente. Había tal número de mesas redondas salpicadas por la sala que estaba sorprendida de la gran cantidad de caballeros que deambulaban de un lado a otro. Era como ser parte de un baile de debutantes, pero desde la otra cara de la moneda; donde los hombres no tenían ningún tipo de preocupación por no ser elegidos durante la noche. Tenían el poder suficiente para observar, beber y escoger todo

cuanto desearan. Porque, para ellos, los límites no existían.

Olivia sintió una pizca de envidia en el estómago. Las estridentes carcajadas de los caballeros, que disfrutaban de su libertad, le recordaban que sus opciones eran escasas. Tobias no solo se había quedado con la mansión que una vez fue de sus padres; se quedó con sus esperanzas, sueños e inquietudes.

«Y si lo encuentro, le recordaré que yo también puedo comprometerlo», pensó con orgullo.

Se apresuró a tomar ambas puntas de su vestido y se adentró en la parte más alejada de la sala; el servicio usaba la parte delimitada con columnas griegas para trazar una línea de estatus con los caballeros que habían sido invitados para disfrutar de la velada. Olivia se hizo paso entre ellos, entre breves susurros de disculpa; quería encontrar a Tobias para advertirle que no era una muñeca que podía colocar donde quisiera: tenía voz e iba a escucharla.

—Milady, me temo que ha confundido sus bailes en Almack's con el evento privado de esta noche.

Olivia detuvo sus pasos, se mordió el labio inferior al ser descubierta mucho antes de lo que esperaba. Miró alrededor deseosa de que nadie más hubiera advertido su presencia y suspiró aliviada de solo enfrentar a un único caballero.

—Buscaba a Tobias Blunt, ¿lo ha visto?

El hombre que tenía delante no podía ser mucho más mayor que el duque, su rostro mostraba una destacable belleza, pero a la vez existía un ápice de experiencia en sus ojos marrones. Olivia creyó ver que frunció ligeramente las cejas al escuchar el nombre de Tobias, pero pensó que lo había imaginado.

—¿Esa rata del duque de Dorset? Debe estar disfrutando de las prostitutas que se hospedan en la parte superior del club.

«Si lo que dice es cierto, no tiene nada que ver conmigo», pensó

incómoda.

La realidad fue como un golpe para Olivia, sabía bien que pocos hombres eran fieles a sus esposas, pero tener una verdad tan cerca de su nariz le provocaba cierto rechazo. De repente sintió que había sido descuidada al meterse en la boca del lobo; que Camille tenía razón y Tobias podría hacer con ella todo cuanto quisiera si así lo deseaba.

«¿De verdad habría aprovechado mi cercanía durante el desayuno para tirarme sobre la mesa solo para saciar sus necesidades como hombre?».

—Tengo un asunto que tratar con él —respondió ella ignorando la información que le proporcionaba—. ¿Puede decirle que se reúna conmigo en la puerta de atrás?

—Existen unas escaleras externas que conducen a la planta de arriba. —Su sonrisa fue tan radiante que incluso brilló con la luz de la estancia; extendió su brazo en una silenciosa invitación—. ¿La acompaño?

—¿Sin ni siquiera presentarse?

Su respuesta le provocó una pequeña carcajada.

—Jeremiah O'Kelly —asintió a modo de saludo—. Es usted de lo más interesante. Permítame que sea su guía esta noche, lady...

—Olivia.

—Bien, Olivia, marchémonos antes de que el espectáculo comience.

La amabilidad de Jeremiah acabó con las pinceladas de incertidumbre que aceleraban su corazón. Aferró su brazo, agradecida de que no le hiciera preguntas ni quisiera desviarla de su camino.

El frío de la noche erizó su piel, recordándole que la bajada de temperaturas durante el invierno era mucho más notoria de lo que

imaginaba. No pudo evitar encogerse al lado del caballero que la guiaba por el callejón hacia la parte de arriba del club; esperaba entrar pronto para aliviar la tensión de su cuerpo. Pero cada vez que giraban en una de las callejuelas le daba la sensación de que se alejaban del Heartless; Olivia no destacaba por tener el mejor sentido de la orientación, pero el edificio quedaba cada vez más atrás.

—Milord, me temo que se ha equivocado de camino.

La oscuridad no le permitió ver la calma en el rostro de Jeremiah, tan solo mantenía la pose desde que salieron por una de las puertas laterales.

—No me confundiría en algo tan simple.

Olivia quiso protestar de nuevo, pero su confianza por aquel desconocido se quebró en pequeños pedazos cuando su espalda impactó contra la pared de ladrillo; el callejón era estrecho y apenas podía vislumbrar sus pies.

—¿Qué está haciendo?

—¿Ha sido una de las tretas de Blunt para disculparse por su comportamiento? —Jeremiah inclinó su rostro sobre uno de los hombros de Olivia, no le agradaba que sus medias mangas los ocultaran, por lo que tiró de la tela, provocándole un respingo—. Se lo agradecería si aceptara sus palabras.

—No sé de qué está hablando, usted prometió...

—La culpa es suya por creer que de verdad la guiaría. —Chasqueó la lengua él con la diversión dejando un ácido sabor en su paladar—. Ahora sea buena y levántese el vestido.

El cuerpo de Olivia se tensó en consecuencia, no estaba dispuesta a dejarse hacer por el capricho de un hombre que solo deseaba usarla. Asustada, forcejeó entre sus brazos, pero Jeremiah apretó el contacto de su cuerpo en el suyo.

—Si se atreve a ponerme una sola mano encima, gritaré.

—¿Y quién la escuchará?

—Yo.

Olivia inclinó su cabeza en dirección hacia la oscuridad, no podía ver de quién se trataba, pero reconocería aquella voz en cualquier lugar. La situación comenzaba a desbordarla, no solo por el pavor que sentía, sino también por verse envuelta en los caprichos de un caballero que la había engañado.

—Blunt —escupió Jeremiah con soberbia—, ¿tú por aquí?

—Suéltala, O'Kelly —advirtió el duque mientras se acercaba a ellos con cierta cautela—: ella no tiene nada que ver con tu odio hacia mí.

—¿Tan importante es para ti?

—Es mi mujer. Y si te atreves a ponerle un dedo encima, te mataré y tiraré tus restos al Támesis.

Olivia se mantuvo estática, el aire era incapaz de llegar a sus pulmones. Por más que abría sus labios en su busca, sentía una profunda sequedad en la garganta.

No era posible que hubiera dicho algo así. Tobias odiaba tanto lo que representaba que no le habría importado que desapareciera aquella noche. Quizá no se trataba de él y era otro caballero quien había ido en su auxilio. Debía ser eso: producto de su imaginación.

—Las ratas no tienen nada propio, Blunt.

—Entonces deberíamos tratar el asunto con el conde Lifford. —La distancia entre Jeremiah y él era escasa; de pocos milímetros—. Aunque supongo que debe ser una bajeza tener que escuchar la reprimenda de tu hermano menor. Qué extraño que el título con el que naciste ni siquiera te pertenezca.

—Cállate —soltó él con molestia, soltó el agarre de Olivia para tirarle de las solapas de la chaqueta—. Es más humillante ser duque por el capricho de alguien que recordó tu existencia.

—La diferencia —Tobias acomodó una mano sobre la suya y apretó con todas sus fuerzas— entre tú y yo es que yo no le debo respeto a nadie, solo a mí mismo. No tengo que bajar la cabeza cuando se dirigen hacia mí: heredé por derecho, no porque no me quedó remedio, como le ocurrió al pobre Bastian.

Jeremiah fue incapaz de contenerse ante sus provocaciones, le propinó un puñetazo al duque, que se tambaleó maldiciendo entre dientes. Lo más sensato habría sido coger a Olivia y marcharse de allí, pero parecía tan enfadado que le devolvió el golpe. La batalla entre los dos caballeros olvidó herencias y títulos. No importaba si el duque tenía un estatus más elevado que el mayor de los O'Kelly, tan solo se peleaban defendiendo una serie de intereses totalmente diferentes.

Olivia gritaba que se detuvieran, no era partidaria de ver cómo los demás se peleaban. Madame Devereaux se había encargado de que cada una de sus lecciones fuera teórica; la práctica siempre iría de su mano para que estuviera a salvo. Por eso, no sabía bien qué hacer. Podía meterse, intentar detenerlos, pero no tendría ningún resultado con su minúscula fuerza.

«Por supuesto que puedo acabar con esto».

Olvidó sus limitaciones, no las necesitaba si deseaba volver a SilverWood de una sola pieza. Cuando Jeremiah cayó al suelo con la sangre deslizándose por su nariz fue la señal que necesitó para tirar de Tobias hasta la calle principal. Él protestó, odiaba dejar las cosas a medias, pero ni siquiera se molestó en escucharlo.

Una vez en el corazón de Londres, Olivia alzó su mano al aire; estaba segura de que algún carruaje se detendría y aparecería en su auxilio. Su corazón latía desesperado en su pecho, temía que Jeremiah saliese del oscuro callejón para dar por concluida para siempre su imprudente expedición.

—¿Has perdido la cabeza? —Tobias apretaba los dientes para no dejarse llevar por la ira. Su pecho subía y bajaba desesperado. Si hubiera estado solo, quizá habría vuelto para darle un par de golpes más a O'Kelly, pero Olivia sostenía su mano con fuerza para que no lo hiciera—. Te dije que no me siguieras.

—No te pertenezco —aclaró ella agradecida de que un carruaje se detuviera delante de ellos, se apeó con un breve salto y se dejó caer sobre uno de los sillones tapizados en color negro—. Puedo hacer todo cuanto desee. Y si quiero hacer realidad mis intenciones, lo cumpliré sin más.

El repiqueteo del vehículo hizo que el cuerpo del duque se tambaleara en su interior. Era incapaz de dejar de mirarla. Toda su altanería provocaba que la sangre hirviera en el interior de su cuerpo.

—No, no puedes —advirtió haciendo todo lo posible para no perder por completo la paciencia—. Es peligroso que una dama salga sola de noche. La ciudad es peligrosa, por más que creas que tu atrevimiento te hace intocable. La próxima vez que intentes hacerlo, te mandaré de regreso con los Devereaux.

Olivia humedeció sus labios en respuesta. Jamás había tenido que lidiar con un hombre que quisiera limitarla como Tobias intentaba. En ese momento, habría hecho todo lo posible para zarandearlo hasta que cambiase de opinión, pero prefirió curvar sus labios hacia arriba mientras acomodaba la espalda en el respaldo.

—Podemos solucionar este inconveniente si pides mi mano —le recordó de manera inocente—. Además, no has dudado en mencionarle a Jeremiah O'Kelly que soy tu mujer.

—Estás bajo mi tutela, Olivia.

—No es lo que has dicho. —Ladeó la cabeza con la diversión bailando por sus ojos verdes—. Me has comprometido y tienes un

deber conmigo.

Tobias soltó una estridente carcajada. Cruzó sus brazos en una actitud defensiva para que no pudiera alcanzar ni un trocito de él. Si lo hubiera conocido con anterioridad, le habría sugerido al duque que se tomaba la vida con diversión, no con una constante tensión.

La presencia de Olivia no solo limitaba sus deseos de actuar de manera impulsiva, hacía peligrar la única estabilidad que tenía. Por eso no estaba dispuesto a caer en cada una de sus tentativas. Daba igual si su cabello estaba algo enmarañado, si el olor a flores frescas que emanaba de su cuerpo le hacía cosquillas en la punta de la nariz: no iba a dejarse caer, pero tampoco iba a permitir que nadie le hiciese daño.

—El único deber que tengo contigo es que nadie te toque. —Tobias se inclinó sobre el asiento donde Olivia se había acomodado minutos antes; apoyó su diestra en el respaldo, reduciendo la distancia entre ambos. La mirada verdosa de ella quedaba opacada bajo la oscuridad de la noche, lo único que el duque disfrutaba en silencio era cómo su respiración se aceleraba—. Puede que tu presencia me frustre, pero no estoy dispuesto a que nadie te haga daño. ¿Lo has comprendido, Pastelito?

Olivia tragó saliva. Si hubiera tenido argumentos daría voz a la sensación que había erizado su piel cuando apareció en medio del callejón. Su deseo de reivindicar su lugar como heredera de los Blunt se vio mermado con la actitud agresiva con la que Tobias había encarado al exconde. Quizá solo era una excusa para que Jeremiah no le hiciera daño, pero le había agradado tanto verlo ceder, aunque no fuera cierto, que acarició con la yema de sus dedos su mejilla.

—No, no lo he hecho.

Él chasqueó la lengua con molestia, su diestra aferró con decisión el cuello de la dama; no hacía presión, tan solo exigía el agarre

como si tuviera ese derecho que no dejaba de negar de manera continua. Olivia jadeó en respuesta, notaba una fina capa de sudor aferrándose a su rostro. Las continuas batallas que tenían solían dejarla bajo mínimos, pero no le importaba; lo sucedido en los callejones de Londres no tenía nada que ver con su deseo de sentarse a la cabeza de la familia Blunt. Era un aspecto más humano que el duque intentaba ocultar tras su indiferencia.

—Mentirosa. —Tobias mostró sus colmillos en la oscuridad, se inclinó para alcanzar sus labios, quizá por diversión y llevarla al límite —. Sabes bien qué quiero decir.

—Que te agrado más de lo que quieres admitir.

—No, querida. —El duque aprovechó para deslizar sus labios desde su frente hasta la punta de su nariz; disfrutaba de los pequeños susurros de Olivia, que intentaba removerse en su asiento —. La próxima vez que decidas actuar sin consultármelo te ataré a la cama: tendrás tu castillo, pero no a tu rey.

—Una pena que mi forma de exponer que convives con una dama pueda llegar a cada rincón de Londres, ¿no lo crees?

Tobias chasqueó la lengua con molestia, su tono jocoso pasó a estar completamente crispado. Era la primera persona en mucho tiempo que lo llevaba a unos límites que le impedían pensar con raciocinio. Porque si su mente dejara de estar repleta de nubarrones, no la tendría agarrada del cuello, a escasos centímetros de su boca, mientras se enfrentaban en una batalla silenciosa que empezaba a ser peligrosa.

—No lo harás —dijo con orgullo—. Porque sabes bien que, si expones tus cartas sobre la mesa, no volveré a abrirte las puertas de SilverWood. Así que sé buena, Pastelito: la ira de los dioses puede ser peligrosa, y mucho más la mía.

Capítulo 6

—No puedo creer que entrases en el Heartless y mi hermano no te redujera a cenizas.

Susan Ward era la penúltima hija de los Ward. A diferencia de sus hermanos mayores, ella solía actuar de manera independiente; agradecía no ser la siguiente en heredar el ducado de su familia, por lo que sus padres habían ignorado su presencia lo suficiente para hacer todo aquello que deseara. Por eso, tras el revuelo ocasionado por Jeremiah O'Kelly noches atrás, había tomado la decisión de visitar a una de sus mejores amigas: mantuvieron el contacto cuando Liv tuvo que marcharse a Burdeos, pero ni siquiera la distancia había elevado ningún muro entre ellas.

—¿Dominic sabe algo al respecto? —preguntó con un ligero matiz resquebrajado en su voz. Esa tarde se había ataviado con unos pantalones en color café, que se ajustaban a la perfección a sus caderas—. Tobias ya me ha advertido que será un escándalo si descubren que era yo.

—Y tiene razón. —Susan frunció el ceño, decidida, dio un par de saltos en dirección a su adversaria, que sostenía, como ella, una espada de madera—. Los rumores tienen demasiado poder, Liv,

podrían excluirte de todo círculo social. Y no solo eso, la fama como embaucadora no desaparecerá nunca.

—No es cierto que no desee hacer eso.

Olivia encogió los hombros, retrocedió dudosa, pero propinó un par de golpes sobre la hoja de su adversaria. Hacía un día espléndido para no disfrutarlo en el patio delantero de SilverWood; ataviadas con pantalones y con una espada en la mano. Cuando eran niñas se prometieron a sí mismas que sabrían defenderse de todo hombre que no tuviera el derecho a llamarse «caballero», por lo que se convirtió en una costumbre algo extraña si se veía desde fuera.

—Querida, tus estocadas deben ser certeras, pero no tan evidentes. —Rio Susan elevando su cabello castaño, casi rojizo, en un improvisado moño—. Los hombres se aferran tanto a lo material que no suelen soltarlo con facilidad.

—He venido decidida a que se marche de mi lugar. —Olivia frunció el ceño, rotó la muñeca con destreza, haciendo que su arma girara con ligereza en su diestra—. Y no me iré hasta conseguirlo.

—Es curioso que tu escaso dominio del género masculino te haya dado tanta seguridad. —Susan jugueteó con su arma, quería que su enemiga se relajase un poco para darle su golpe de gracia, pero por el momento solo debía fingir un notorio aburrimiento—. Supongo que el señor Blunt es bastante atractivo.

—Y exigente, autoritario y no tiene ningún tipo de miedo en romper mis límites —aseguró ella tomando una vez más la iniciativa con su espada, primero la alzó decidida, pero cuando no encontró ningún punto flaco, Susan la hizo retroceder hasta que chocó con uno de los árboles del jardín—. Pero aún cuento con tres estrategias más para dejarlo sin respiración.

—¿Asfixiarlo mientras duerme?

—¡No! —Rio Olivia, notando un doloroso golpe en la muñeca, maldijo entre dientes a su amiga, que levantó las manos en señal de disculpa—. «Si un hombre rompe tus límites, solo debes hacerte con los suyos». Del odio al amor hay un solo paso, nunca lo olvides. Por cierto, hay algo que deseo preguntarte.

—¿Y de qué se trata? —Susan dibujó una segura sonrisa en su boca, sentía el dulce sabor de la victoria en sus labios—. ¿Te rindes?

—Por supuesto que no —respondió orgullosa volviendo a embestirla con su hoja de madera, el nivel de fuerza que existía entre ellas no era muy diferente, pero era divertido ver cuál de las dos cedía primero—. Es sobre Jeremiah O'Kelly. Cuando se enfrentó a Tobias intentaba molestarlo con que no merecía su actual posición. Eso me hace preguntarme: ¿por qué Bastian O'Kelly es el actual conde?

—Porque Jeremiah siempre se ha dejado llevar por su actitud imprudente —respondió nuevamente Susan haciendo que Olivia cayera sentada al suelo—. Robó parte del patrimonio de su familia porque se enamoró de una prostituta de Epping. Es un adicto al juego y a todo placer nocturno que puedas imaginarte. Su padre creyó que Bastian sería una mejor opción, pero le agrada bastante el juego. Supongo que viene de familia...

—¿Y su odio hacia Tobias?

—Si te soy sincera no estoy del todo segura. —Susan se inclinó hacia su amiga y le extendió la mano para ayudarla a levantarse—. Ni siquiera mis hermanos conocían la existencia de Tobias hasta hace unos años. Hay muchos rumores sobre él, pero como se codea con gente influyente, nadie, solo Jeremiah, se atreve a atacarlo.

Olivia se mantuvo estática una vez que se levantó; la maleza más alta le hacía cosquillas en los tobillos y recordó que ni siquiera se había molestado en ataviarse con unas manoletinas para su

improvisado entrenamiento. Su mente había comenzado a funcionar a demasiada velocidad; sabía que tenía familia más allá de Londres, pero no que Tobias esperaba su lugar tras las sombras para poder ser el duque de Dorset.

¿Por qué su tío abuelo nunca le habló de él?

—Podrías acompañarme a la próxima fiesta del té en Sunlight Grove House, la mansión de los duques de Norfolk: Genevieve suele ser muy agradable con las visitas, sin duda es una excelente anfitriona.

—Pues sería fan...

—Olivia no irá a ningún sitio si yo no estoy de acuerdo.

La voz de Tobias provocó que la aludida diera un respingo, no sabía cuándo había vuelto a casa de sus supuestas gestiones con el duque de Redfield. Según le dijo a primera hora de la mañana, tardaría en volver, pero el sol ni siquiera se había escondido. Blunt detuvo sus pasos para deleitarse con el pequeño espectáculo en la entrada de su mansión. No se sorprendía que *la rebelde* Susan Ward hiciera y deshiciera a su antojo, pero ver a Olivia despeinada, con uno de sus propios pantalones que la hacían aún más diminuta, hizo que negara con la cabeza, derrotado.

—¿Es que no puedo irme un par de horas sin miedo a que hagáis de SilverWood una hoguera?

—No sería tan divertido si no fuera ese el cometido. —Susan no se dio por aludida en absoluto, le pidió al sirviente que la acompañaba que le extendiera una toalla para secar su sudor—. Aunque debo estar en contra de tu negativa: Olivia necesita pasar tiempo con más gente, no solo contigo.

—No me preocupa que disfrute de una batalla dialéctica, Sue —dijo él con molestia. Camille le ofreció una toalla húmeda que colocó sobre su cuello, solía ayudarle con el dolor de cabeza—. No deseo

que incentivéis su creatividad.

—¿Mi creatividad es un problema, milord?

—Cuando soy yo el objetivo, sí.

—Entonces tendré que hablar con mis amigas más cercanas para la organización de un nuevo baile —respondió nuevamente Susan con orgullo, nadie le regalaba una prohibición cuando tenía algo en mente—. Una negativa puede suponer un problema social, querido Tobias.

—Haz lo que debas —gruñó nuevamente el duque—, tengo asuntos que atender: sé buena, Liv.

—Suelo serlo.

—Pero no conmigo.

Olivia había pasado el día en casa; había preparado, con la ayuda del cocinero, unas deliciosas galletas de mantequilla. Disfrutó de la pequeña sala de música que su padre insistió en habilitar en la primera planta, donde se conservaba otro piano, el arpa y un violonchelo. Su mente volvió al pasado, las yemas de sus dedos se deleitaban con el dulce sonido del arpa, mientras ella se sumía en unos recuerdos a los que aún les costaba decir adiós.

Comió sola en el gran salón de la casa, paseó por los alrededores hasta que la presencia del lago le proporcionó un profundo respeto. Y, con la soledad siendo su mayor confidente, entró en la biblioteca con la luz del candil que descansaba en su diestra. Una vez allí el olor a madera quemada la hizo mirar hacia el sofá que había a pocos centímetros de la chimenea. Tobias se encontraba en aquel lugar, con un monóculo que jamás había visto, mientras sostenía un libro con su otra mano.

«Se acentúan sus ojeras con la luz de las llamas», pensó con un ápice de curiosidad, pero la contuvo mientras ojeaba las enormes

estanterías repletas de libros.

Después, se acomodó en el sillón de una plaza, dejó caer sus manoletinas de mala manera y apoyó las piernas en uno de sus brazos; la posición no era la más elegante, pero sí la consideraba la más cómoda.

«Los secretos de Gracelyn Kennedy», chilló para sí misma, deslizando las primeras hojas de una novela que más de una vez la dejó sin respiración.

Se mantuvieron en aquel extraño silencio, que se alejaba de ser incómodo. Era íntimo, como si dentro del caos que vivían, les permitiera tener un momento de paz a través de la lectura.

—Ese libro —rompió el mutismo el duque para captar su mirada— puede que te haga sonrojar.

—Lo sé, podré con ello.

Tobias mantuvo sus ojos grises en ella. Parecía tranquila, como si la narrativa que existía en aquella historia fuera tan excitante que la hacía morderse el labio inferior. Él sacudió la cabeza para olvidarse de ese ligero pensamiento que lo aventuraba a querer saber si su boca sería igual de suave como imaginaba.

—Cuéntame de qué trata. —Quiso saber él, entrelazando la plata líquida de sus iris con la curiosidad ámbar de la mirada de Olivia.

—Es inapropiado.

—Eso no te ha importado desde que te conozco.

Olivia suspiró, no se había percatado de que la falda de su vestido se alzó lo suficiente para mostrarle una gran parte de sus muslos. Buscó cualquier ápice de interés en su mirada, pero lo único que encontró fue una extraña oscuridad en sus profundos ojos grises que hizo que su corazón latiera desesperado.

—Cada una de las historias de Gracelyn Kennedy cuenta su vida amorosa desde las diferentes etapas de su vida —comenzó a

explicarle con lentitud—. En este libro trabaja como ama de llaves de una de las mansiones más prestigiosas de Mayfair y tiene una aventura con su señor.

—¿Y detalla lo que ocurre con ese caballero? Léeme un trozo.

Las mejillas de Olivia se tornaron rojizas ante su petición. ¿Cómo iba a leer en voz alta una de las escenas más acaloradas de la novela? Tobias esperaba la narración, pues había dejado sus notas a un lado y solo la observaba.

«Supongo que no tiene por qué mofarse de mí».

—Unas breves líneas, ¿de acuerdo? —Él asintió complacido, se acomodó en el sofá y cerró los ojos mientras ella temía balbucear en exceso—. «Y solo necesité una breve mirada para saber cuánto anhelaba subir mi falda. Deseaba tenerme sobre la mesa donde su deber se convertía en una prisión. Por eso aparté las capas que ocultaban la parte más sensible de mí y le permití que disfrutara de la humedad existente entre mis muslos. Sentí que me encontraba en el paraíso cuando sus dedos rozaron mis pliegues de manera aventurada pero exigente». ¿Es suficiente? —Liv tragó saliva, lo único que deseaba en ese momento era marcharse a su alcoba.

—Un poco más —dijo Tobias con una voz mucho más profunda, como si hubiera descendido al infierno donde las reglas solo existían para romperlas—. Deseo saber qué hizo con tu querida Gracelyn.

Olivia carraspeó, una dolorosa sensación empapó la cara interna de sus muslos. La forma en que la miraba no era la de un hombre que rechazara su presencia, sino de uno que deseaba ver a la muchacha Kennedy abierta de piernas.

—«Era una auténtica tortura cuando hundía con curiosidad su índice en mí. Me provocaba tal agonía cada vez que alejaba la fricción que me inclinaba obediente un poco más sobre la mesa; deseaba que me hiciera suya, como tantas veces lo tomaba, pero

ahora era yo quien había perdido por completo el control».

—Más.

El duque se levantó de su asiento, su forma de acercarse a Olivia era tan peligrosa como la de un animal que acorralaba a su presa; tenía las pupilas dilatadas y la presión en sus pantalones era tan notoria que la joven salivó sin darse cuenta.

—No puedo seguir.

—¿Por qué? —inquirió Tobias, deslizando de una forma poco sutil los dedos por el muslo desnudo de la joven. Primero le regaló una caricia, pero sus yemas necesitaron hundirse en la carne para reclamarla como suya—. ¿No deseas que te toque como ese señor de tus libros?

—Pensaba que existían límites que no podíamos rebasar.

—Yo también, pero me estás volviendo loco con tu postura desenfadada. —Tobias tiró de su muslo provocando que Olivia soltara un gemido—. No solo deseo acariciar tu nívea piel, sino que deseo callar cada una de las protestas de los últimos días. Dime, Livie, ¿crees que el calor de tu boca me excitará aún más?

—N-no lo sé —respondió Olivia sin aliento. No era capaz de apretar las piernas para no regalarle la mejor visión de su sexo desnudo. Pocas veces solía dormir con alguna combinación bajo el camisón y se lamentaba por ello en ese momento—. Estás ardiendo y solo noto la presión de tus dedos.

—Podría demostrarte lo que me haces sentir con tu maldita inocencia; con esa perspicacia que tanto me enfada y a la vez me exige dominarte.

—Dame lo que quiero y podrás tenerla cada vez que lo desees.

La excitación en los ojos de Tobias se fue apagando poco a poco. Era como si, de repente, lo hubiera hecho volver a la realidad: con sus preocupaciones y límites.

Retrocedió unos pasos mientras se pellizcaba el puente de la nariz; se consideraba un iluso por haberse excitado con tan pocos motivos. Pero no podía caer ante Olivia Blunt, porque lo desecharía una vez que tuviera lo que deseaba.

—No.

—¿Por qué? No puedo comprenderlo.

—Porque este es el hogar que nunca he tenido —explicó él. La duda en el rostro de la joven no desapareció, sino que se acentuó mucho más—. Y no voy a perderlo por un capricho tuyo ni de nadie.

—Es la casa de mis padres; de mi abuelo.

—No es el único lugar que tienes a donde volver y ni siquiera te has dado cuenta. —Tobias se inclinó sobre su oído, su aliento le hizo cosquillas—. Si tomara la decisión de arrancarte cada uno de los recuerdos que habitan en tu corazón, convirtiéndolos en pesadillas, madame Devereaux te acunaría en sus brazos. Esa es la diferencia entre tú y yo.

Capítulo 7

Olivia era incapaz de conciliar el sueño.

Podía tener las sábanas más suaves de todo Londres, pero ni siquiera el roce en sus mejillas la aliviaba lo suficiente para dejarse llevar por Morfeo. Su mente seguía en el salón de la planta inferior; en los dedos de Tobias hundiéndose en su piel. En las condenadas palabras que erizaban cada trocito de su cuerpo y la hacían anhelar más de él. Había mirado aquellos ojos que tanto le recordaban a la plata líquida y los enlazó a los suyos verdosos con tanta desesperación que se habría fundido con él si no se hubiera alejado.

Frustrada, se incorporó de la cama, sus bucles dorados danzaban sin ritmo por su espalda; despeinados y con el cansancio lejos de sus facciones.

«Habría deseado que me tocara», admitió para sí misma a regañadientes.

Avergonzada, ocultó su rostro tras las palmas de sus manos. Contó hasta diez creyendo que el aliento del duque no volvería a su subconsciente. Tampoco su deseo de ver su sexo desnudo en una situación tan comprometida, que no tenía nada que ver con su propuesta de matrimonio: Olivia lo propuso como una estrategia, no

como una promesa de amor eterno.

Entonces ¿por qué se sentía tan atraída por un hombre que odiaba su presencia?

Un grito gutural se acompasó con los truenos que iluminaban el cielo oscuro de la noche. Olivia pensó que era cosa de su imaginación. Después de todo, contaba con una creatividad que más de una habría denominado como excesiva. Pero el sonido se repitió. Una. Dos. Y hasta tres veces. En los gemidos que acompañaban a cada rugido, e incluso consideró que arrastraban alguna que otra súplica que solo ella podía escuchar.

Sus pies acariciaron con lentitud el frío suelo, obvió la bata que debía acomodarse alrededor del cuerpo antes de salir de su alcoba; lo único que le importaba era llegar hasta aquellas inaudibles súplicas que podría asegurar que la llamaban.

Abrió la puerta de su habitación, notando la gélida sensación que envolvía al largo pasillo durante la madrugada. Olivia se abrazó a sí misma; la luz de los truenos regalaba un aspecto macabro a la mansión: repleto de claroscuros que podrían recordarle a algún que otro fantasma.

Un nuevo quejido alejó a los entes de su mente. Liv se apresuró a la alcoba contigua que una vez fue de su padre y ahora pertenecía al duque. Cuando abrió la puerta, aún quedaban los últimos retazos de una pequeña vela, acomodada sobre una de las mesitas de madera, cercanas a la cama. La llama seguía tintineando; la ventana de la alcoba se mantenía entreabierta, asustando a las cortinas que intentaban huir despavoridas sin éxito alguno.

Contuvo el aliento, rogando porque la puerta no chirriara ante su presencia. Sus pies se aventuraron al interior de la habitación, donde el hombre que descansaba sobre el lecho parecía luchar por su vida; las sábanas se convertían en sus grilletes y sus gemidos eran gritos

en busca de una ayuda que parecía que jamás vendría.

Olivia sintió un doloroso nudo en el estómago. La pérdida de sus padres siendo niña había dejado un vacío en su corazón. Quizá, durante el transcurso del tiempo había disfrutado mucho más de la vida en Burdeos que del sueño utópico de enamorarse y tener una familia. Pero jamás había disfrutado del sufrimiento ajeno, ni siquiera de la persona que le había quitado la mansión donde conservaba algún que otro recuerdo de sus padres.

Con lentitud se acomodó en un lado de la cama, se inclinó hacia él y secó con la yema de sus dedos la fina capa de sudor adherida a su frente. Pero Tobias se retorcía como si estuviera siendo perseguido por alguien y no tuviera opciones para escapar.

—Tranquilo —susurró Olivia con cautela—, no hay monstruos en SilverWood.

«Eso decía mi padre siempre que me desvelaba», pensó con cierta amargura.

Sus palabras ni siquiera inmutaron al duque, seguía luchando por sobrevivir en una pesadilla que parecía eterna. Liv se preguntó qué habría tras la capa de indiferencia que siempre acompañaba al hombre: si su deseo de quedarse con el ducado iba mucho más allá de un mero capricho.

—Despierta —susurró con cautela mientras se arrastraba un poco más al centro de la cama—, solo es una pesadilla.

Tobias volvió a removerse desesperado, su pecho subía y bajaba con fiereza, como si temiera que el aire fuera incapaz de llegar a sus pulmones de nuevo. Suplicaba en un tono tan débil que Olivia quiso arroparlo entre sus brazos.

«Debería traer un poco de agua, quizá tenga algo de fiebre».

La joven se dispuso a levantarse, pensó en pedirle ayuda a Camille por si el duque padecía los principios de alguna enfermedad. Se

deslizó por las sábanas con cautela para hacer el mínimo ruido posible, pero sintió un fuerte agarre en su muñeca izquierda. Liv tembló. Deseaba que Tobias no estuviera enfurecido por inmiscuirse en su *territorio.* No tuvo tiempo de pensar, la arrastró hasta él con tanta destreza que no pudo contener su grito de sorpresa. Cerró los ojos rogando por no tener que enfrentarlo, las imágenes de ambos en la biblioteca volvían a su mente hasta el punto de encender sus mejillas. Su cuerpo chocó con el del duque y esperó su reprimenda..., pero no llegó nunca.

Con duda abrió sus ojos, no quería encontrarse con su ceño fruncido y su gesto de advertencia, pero cuál fue su sorpresa cuando Tobias seguía sumido en su profundo y doloroso sueño. Sus brazos la aferraban con fuerza, como si su menudo cuerpo fuera el único motivo que tenía para no dejarse llevar por sus demonios. Olivia apoyó las palmas de sus manos sobre el torso del duque; su corazón se calmaba poco a poco mientras la estrechaba entre sus brazos.

«¿Cómo un hombre tan indiferente puede tener tantos fantasmas?», se preguntó a sí misma; los dedos de Tobias se hundían en su cintura exigiendo esa cercanía que cada vez se reducía más a cenizas.

Podría haberse apartado. Madame Devereaux le habría advertido de que todo contacto con cualquier caballero podía ser una declaración de intereses. Sabía que tenía razón, que Tobias podría reclamarle por romper los límites que existían entre ambos, pero el calor de su cuerpo aliviaba la tensión de sus músculos; el olor amaderado con un ligero toque a tabaco la hacía sentir protegida. Y, cuando se dio cuenta, los párpados le pesaban tanto que el duque se convirtió en la almohada perfecta para conciliar el sueño.

Sabía que no era buena idea dormir con él, que al día siguiente tendría que enfrentarse al gesto autoritario y el ceño fruncido de

Tobias Blunt. Pero en ese momento solo quería sumirse en aquel profundo descanso que no había tenido desde su regreso a Londres. Por eso, a pesar de las advertencias de su mentora acerca de no bajar la guardia al lado de un hombre, Olivia prefirió darse por derrotada unas horas: más tarde enfrentaría las consecuencias.

Mientras el cielo se resquebrajaba en mil pedazos y los truenos iluminaban cada una de sus grietas, dentro de SilverWood se respiraba paz después de mucho tiempo.

Capítulo 8

Tobias estaba acostumbrado a dormir solo si la bebida lo dejaba derrotado. Era su forma de conciliar el sueño durante varias horas, pues los recuerdos del pasado lo asfixiaban. Sabía bien que como adulto y actual duque de Dorset no podía permitirse ninguna debilidad, pero le resultaba imposible no ser frágil una vez que el manto de la noche tapaba el cielo. Era como si en su mente comenzara una representación teatral donde vagaba por las calles sin levantarse un palmo del suelo, hambriento y con su diestra aferrada a la de alguien que ni siquiera recordaba. No debía preocuparse por unos recuerdos que le costaba incluso encauzar, porque su presente no era otro que tener todo lo que deseaba. Por eso, adoraba vivir al límite: sin reglas, impedimentos o ataduras familiares. Tobias anhelaba sentir la vida con los dedos de las manos, hasta tener el poder de hacerla jirones si así lo deseaba.

Pero esa mañana, tras su noche debatiéndose entre las escenas que aturullaban sus sentidos, no sintió la tensión en sus músculos. Tampoco notó su cuerpo encorvado hasta abrazarse a sí mismo; a su lado descansaba algo que parecía tener un calor reconfortante y que le hacía bostezar. Sus manos curiosas tantearon al polizón de su

lecho, apretó un trocito de él, ganándose un quejido y un leve movimiento que no supo gestionar. Tobias dio un respingo, la suavidad de la tela podía equivocarse con la nívea piel. Poco a poco abrió sus ojos grises, esperando que su visión se acostumbrara a los pequeños rayos de sol que se filtraban por las cortinas.

Una melena dorada no tardó en captar su atención. El corazón del duque dio un brinco al ver aquella maraña de pelo descansando sobre su pecho. Podría haber dudado acerca de a quién pertenecería, pero desde que su buen amigo Julian se había casado, no solía salir a *cazar damas* como anteriormente.

«Maldita Olivia Blunt», renegó entre dientes.

Abrazada a Morfeo parecía una muchacha delicada que no solía ir en contra de la opinión de los demás. Su pecho subía y bajaba suavemente, como si fuera una joven princesa que había huido de los cuentos que escuchaba de niño. Pero toda la inocencia que podía caracterizarla desapareció de un plumazo cuando vislumbró las piernas desnudas de Olivia; su camisón se arremolinaba por encima de su cintura y le resultaba tan difícil no tocar un trocito de ella.

«Solo quiere camelarte para tener su lugar como duquesa. Es capaz de matarte mientras duermes», se dijo a sí mismo.

Sin embargo, la imagen que le regalaba la heredera de los Blunt era tan atrayente como provocadora. Su cuerpo estaba pegado al suyo, notaba el ligero olor a lilas que usó la noche anterior para bañarse. Su respiración era tenue y calmada, pero tan excitante que fue incapaz de sostener uno de sus mechones alrededor de su índice. Tobias lo llevó a sus labios, dejando un fugaz beso en su mechón, pero no le resultaba suficiente. Horas antes se había sentido embelesado al verla mal sentada en el sillón de la biblioteca; abrió sus piernas y no le habría gustado otra cosa que degustar el punto más sensible de su cuerpo. Porque Olivia no solo sacaba lo

peor de él, también lo más salvaje.

Ella abrió los ojos, se desperezó en sus brazos y esbozó una adormilada sonrisa que hizo que su corazón aleteara inquieto en su pecho. La sensación fue tan abrumadora que tuvo que alejarse, porque si se atrevía a tocarla estaría atado a un destino al que se negaba en rotundo: no había tenido la oportunidad de vivir, no quería que nadie se lo echara a perder.

—No deberías estar aquí —advirtió el duque con voz neutra, tuvo que pellizcarse el puente de la nariz para contener su deseo de volver a tenerla entre sus brazos.

Olivia pareció perdida durante un instante, pero se recompuso enseguida. Su largo cabello rubio estaba despeinado, las mangas de su camisón levemente alzadas. Parecía una muñeca de porcelana que había decidido huir de su mansión para vivir de manera humana. Y tenía unas mejillas tan sonrojadas... y unos condenados labios tan gruesos que Tobias se habría pasado horas atormentándolos.

—Anoche te oí gritar —comenzó a justificarse con la voz algo pastosa—, pensé que había ocurrido algo y cuando te encontré...

—No tenías ningún derecho a entrar a mi alcoba —gruñó él mientras se levantaba de la cama—. Empiezo a cansarme de tu insistencia en que sea tu esposo: lo que ocurra aquí no es nada tuyo, Olivia.

Ella abrió los labios decidida a replicar, pero los volvió a cerrar nuevamente por su protesta. Deseaba decirle tal cantidad de improperios que se recordó que seguía siendo una futura duquesa y no tenía por qué perder los nervios. Mientras él se lavaba la cara en la jofaina, Liv se deslizó de la cama con cuidado. No le asustaban sus ladridos y menos tras el dolor que había visto en sus facciones.

—¿Por qué no me permites llegar a ti?

La mirada plateada de Tobias la atravesó en un solo segundo mientras secaba las gotas de agua adheridas a su piel. A primera vista, el duque parecería un hombre como otro cualquiera, pero sus pómulos bien perfilados, además de su mentón prominente, le secaban por completo el paladar.

—No actúas como una dama —dijo él con estoicidad, quería saber si no se percataba de ese condenado detalle—. Si alguien supiera que vives conmigo y que has estado en mi alcoba, ¿qué pensarían de ti?

—¿Que intentaba ayudarte?

—No, Liv —respondió Tobias tajante, caminó unos pasos hacia ella tirando con cierta rabia la toalla sobre la cama. Olivia retrocedió en consecuencia, pero solo hizo falta que el duque extendiera una mano y aferrara su mentón—. Los demás pensarían que eres mi amante, que te he hecho mía de todas las maneras posibles.

—¿Tanto te desagrada?

—No entiendes todo lo que puedes perder con tu atrevimiento y, a la vez, comienzas a desesperarme.

Ella no estaba dispuesta a rendirse, quería saber cuál era el doloroso recuerdo que Tobias ocultaba en su corazón; el motivo por el que aceptó una herencia que no le pertenecía y su forma de repudiarla continuamente.

—Toda mujer debería ser capaz de tomar sus propias decisiones como yo hago. —Su voz tembló con ligereza, pues era incapaz de soportar el nerviosismo que le provocaba su mirada—. Actúo cuando lo creo conveniente, por eso no me rindo contigo.

—Con mi posición, querrás decir.

—Puedo tenerla y a ti también.

Olivia fue incapaz de entender qué decía entre dientes, dio unos pasos hacia adelante para que no se alejara, pero fue la peor

decisión que se atrevió a tomar esa mañana. Tobias no dudó ni un instante en aferrarla de los muslos, ella pataleó asustada pues no sabía qué sería capaz de hacerle, pero cuando sus dedos dejaron de tocar el suelo y la llevó hasta la cama, supo que su destino estaría sellado en ese preciso instante. Un pequeño gemido escapó de sus labios cuando notó el mullido colchón a su espalda, pero también fue la sombra del temor, acechándola con lentitud.

«¿Y si estoy equivocada y quiere hacerme daño?».

Tobias levantó su pierna izquierda, aferró con fuerza sus regordetes muslos y tiró de su cuerpo hasta el borde de la cama. Ella no supo qué hacer, pensó en cerrar los ojos con fuerza: si debía enfrentarse a una regañina de su parte, la aceptaría por temeraria. Pero sintió una sensación suave en la cara interna de su muslo. Por un momento creyó haberlo imaginado, mas le siguió un fugaz beso. Después otro. Y otro más cerca de la zona más sensible de su cuerpo. No entendía muy bien el motivo, pero deseaba un poco más; sus piernas amenazaban con rozarse para aliviar el ardor entre sus pliegues; sin embargo, todo desapareció antes de empezar.

—Aléjate de mí —advirtió el duque con tanta calma que parecía carecer de emociones—. Si te hago mía no tengo ninguna intención de casarme contigo. No solo perderás SilverWood, también todo lo que esta maldita sociedad puede proporcionarte.

—Suéltame...

—No te preocupes, no tengo intención alguna de volver a tocarte.

Y como si el contacto de la piel de Olivia lo quemara, se marchó dejándola en una cama que habían compartido.

Julian Redfield, actual duque de Redfield, había dejado su fama de buscar una dama diferente cada noche tras enamorarse de Valerie Mitchell. Desde entonces, sus noches como calavera habían pasado

a un segundo plano para dedicarse a la mujer que le había arrebatado cada uno de sus sentidos. Pensaba que tras el dolor que habían sufrido sus padres, jamás podría enamorarse. Pero Valerie le había recordado que, cuando una historia acababa, empezaba otra para sanar la anterior.

—Si no creyera que lo estás pasando mal, amigo mío, no habrías venido a visitarme a mi casa. —Juls lo observaba de soslayo, pocas veces solían quedarse en el comedor de Redfield Hill House; preferían disfrutar de la vida nocturna en el Green Horse o en el Heartless—. ¿Qué ha hecho Olivia Blunt esta vez?

Tobias le había hablado a su amigo de la aparición de Olivia en SilverWood. Sabía que el duque no traicionaría su confianza y que podía hablarle abiertamente de la situación que tanto le inquietaba.

—Me hace la vida imposible —respondió con pesar mientras hacía bailar el líquido ambarino en su copa de cristal—. Está dispuesta a tenerme. Dime, Julian, ¿de dónde ha salido una muchacha así?

—Quizá ese es el motivo por el que estás tan inquieto. ¿Cuándo fue la última vez que te mofaste de la situación de los demás? Estás perdiendo tu encanto.

El duque enarcó una ceja, molesto, a lo que su amigo no dudó en reírse a carcajadas. Pocas eran las veces que tenía el placer de hacerle enfadar y no iba a dar por finalizada aquella conversación sin disfrutarla un poco.

—No estoy perdiendo absolutamente nada —suspiró él, su mirada deambuló por la estancia a medio decorar—. Pensaba que no quitarías nada de los anteriores duques.

—Solo vamos a cambiarlo de lugar, quiero dar prioridad a mi familia —aseguró Julian, acomodando su pierna izquierda sobre la derecha—: a mi futuro heredero.

—¿Valerie está embarazada? —dijo sorprendido—. ¡Enhorabuena!

Espera, ¿Wyatt Mitchell no ha querido matarte?

—¿Quise hacerlo yo cuando se casó con mi hermana? —Enarcó una ceja Julian mientras maldecía entre dientes—. Estamos empatados.

—Espero que sea una niña. Una pequeña Diane que esté detrás de ti en todo momento.

—Con lo poco que me gustan los niños y el destino me ha bendecido con uno —suspiró una vez más, pero en sus labios apareció una orgullosa sonrisa que aseguraba que no se arrepentía en absoluto—. Vamos a celebrar un baile de máscaras el próximo sábado. Deberías venir, quizá te ayude a despejarte un poco.

—Supongo que no tengo nada mejor que hacer.

—¿Tobias?

—¿Sí?

—Quizá digas que no tengo razón, pero no estarías tan enfadado si Olivia no te atrajese tanto. —El duque estuvo dispuesto a protestar, pero su amigo lo detuvo elevando su dedo índice—. Déjame acabar. Es la primera mujer que conoces que dice las cosas tal y como las piensa: desea su hogar y no le importa conquistarte si así puede tenerlo. Entonces ¿qué es lo que tanto te preocupa?

Tobias le mantuvo la mirada a Julian durante tanto tiempo que terminó por resoplar una vez más, frustrado con la situación. Sabía bien que tenía razón. Olivia, la condenada Olivia Blunt le excitaba hasta el punto en el que esa misma mañana habría azotado su bonito trasero solo por verla suplicar por un poco más. Y no solo eso. No habría dudado ni un instante en inclinarse tras ella para disfrutar del delicioso manjar que escondía entre sus piernas.

—Me prometí a mí mismo que no escaparía del infierno para que nadie tuviera ningún poder sobre mí. He estado demasiadas veces cerca de la muerte para que una muchacha me deje sin aliento. No

puedo ser tan débil, amigo mío.

—Los hombres somos débiles por naturaleza ante los encantos de una mujer —aseguró Julian, llenando una vez más su copa—. Pero perdemos la respiración cuando sus manos acarician nuestro corazón.

—Entonces solo deseo que jamás encuentre la llave del mío.

Capítulo 9

—Deseo ir contigo.

Olivia estaba enfadada. Su mirada verdosa perseguía al duque por la alcoba a expensas de una respuesta que jamás llegaba. Decidida se sentó en el borde de su cama; con las palmas extendidas y el ceño fruncido. Era consciente de que Tobias la observaba a través del espejo. Podía tomarse todo el tiempo que deseara en acomodarse el condenado corbatín, pero había resuelto ignorarla a pesar de su petición.

—¡No puedes retenerme en SilverWood como si fuera tu prisionera! —gritó consternada mientras movía los pies, inquieta—. Puedo decirle a Susan de ser su acompañante esta noche, así no te avergonzará que te vean conmigo.

El duque suspiró. Quería hacer todo lo posible para no tener que lidiar con aquella conversación. Su último encuentro con Olivia aún seguía adherido a su piel y le resultaba demasiado difícil deshacerse de la calidez de su cuerpo.

—Si deseara esconderte te habría atado a mi cama —respondió él fulminante, girándose para enfrentarla—. Pero no has sido invitada.

—Estoy segura de que Julian Redfield jamás sería tan

desconsiderado como tú.

—Por supuesto —sonrió Tobias con un gesto amargo que le hizo apretar los dientes—: él es el galán, yo el villano. ¿No es cierto?

El silencio que se alzó entre ellos fue demasiado incómodo para un nuevo reproche de Olivia. Tobias le había advertido que no tenía ninguna intención de tocarla, pero su maldita altanería la llevó una vez más a perseguirlo por la mansión: Susan Ward le habló del baile de los Redfield y deseaba ir a toda costa.

—¿Tanto te avergüenza mi presencia?

Su tono provocó un pellizco en las entrañas del duque. Por más que su fría actitud le hiciera pensar que la despreciaba, cuando no era así, se sintió terriblemente culpable. Olivia era una muchacha joven que no recordaba cómo de cruel podía ser la sociedad londinense. Y no quería arriesgarse a que su presencia en una fiesta como la de su amigo la pusiera en boca de todos.

—No tienes carabina.

—Camille puede acompañarme.

—Olivia —dijo su nombre a modo de reprimenda—, tu ayudante de cámara no hace esa función. Podrías escribirle a madame Devereaux para que la próxima vez...

—Estoy cansada de que me digas lo que debo hacer. —Se levantó de la cama hecha un manojo de nervios, caminaba tan decidida hacia él que, no supo por qué, pero una fugaz sonrisa apareció en su boca—. No somos nada el uno del otro.

Tobias la observó con cautela mientras se humedecía los labios. Hacía todo lo posible por mantener su postura impenetrable con Olivia amenazándolo con su dedo índice.

—Es algo que he repetido constantemente, pero sueles ignorarme cuando no te interesa escucharme, Liv.

—Compartimos el mismo hogar —dijo ella con lentitud—, quizá

sea motivo suficiente para que extiendas tu invitación.

—¿Y qué gano yo con tu molesta presencia en la fiesta de mi amigo?

—Paz. —Olivia amplió una sonrisa inocente en sus labios, que provocó un escalofrío en el duque—. Si no, haré todo lo posible por esconder tu licor favorito de toda la mansión.

—¿Me estás amenazando?

—Completamente.

Los dedos de Tobias se extendieron hacia ella hasta enroscarse alrededor de su cuello. Liv debería haber contenido la respiración ante aquel gesto, pero sus ojos verdes tan solo enfrentaban la mirada plateada del duque. La batalla silenciosa que vivían era tan cautivadora como desesperante, pues la respiración de ambos se agitaba sin motivo aparente.

—Eso solo se merece un castigo —advirtió él tirando del cuello de la joven en su dirección—, ¿eres consciente de eso?

—Merecerías uno tan doloroso como yo. —Olivia tragó saliva haciendo todo lo posible por mantenerse serena—. Dijiste que no volverías a tocarme.

—Y tú vuelves a estar en mi alcoba, esperando que sea de piedra cuando sabes bien que no lo soy.

No hubo más enfrentamientos. Tampoco súplicas ni un ápice de protesta. Olivia sintió el ligero aroma de su aliento muy cerca de sus labios. Cerró los ojos queriendo mantenerse serena, pues no era la primera vez que se resquebrajaban los límites entre ambos. Y, aunque estuviera fuera de lugar, deseaba con todas sus fuerzas que se rompieran en miles de pedazos. Porque desde que Tobias Blunt había tocado su piel y la había expuesto en la situación más indecorosa que jamás había vivido, necesitaba sentir más de él.

«Pero aseguró que no se casaría contigo, Liv», se recordó a sí

misma.

La voz de su conciencia le aconsejaba que mantuviera el temple, como siempre lo hizo mientras permanecía intocable en el amplio salón de baile de los Devereaux. Pero cada una de las armas que la madame le había enseñado se desdibujaba en aquella alcoba, donde sus manos se aferraban a la camisa de Tobias como si le fuera la vida en ello. El corazón de Olivia iba tan deprisa que la sensación húmeda que dejó el duque en su labio superior le provocó un escalofrío. El muy canalla disfrutaba en demasía dibujando, con la punta de su lengua, el contorno de su boca.

«Voy a morir calcinada».

—Livie —susurró con su voz aterciopelada—, prepara tu mejor vestido.

—¿Q-qué?

—Avisaré a Asher para que el carruaje de los Ward venga a por ti en unas horas.

Y como si la magia que los envolvía jamás hubiese existido, Tobias Blunt abandonó su alcoba, dejándola una vez más sola con sus pensamientos.

Horas más tarde, Camille había elegido un vestido verde manzana para su señora. No tenía demasiado vuelo, sino que se ajustaba a su menuda figura terminando en una pequeña cola repleta de flores secas. Olivia era una gran amante de la naturaleza, pasaba mucho tiempo en los alrededores de la mansión de los Devereaux, por lo que adoraba inspirar la fragancia a tierra mojada, con aquel matiz dulce de las primeras flores de primavera.

Y no solo eso.

Con la cabezonería que tanto la destacaba había cosido a mano una ligera ristra de perlas que pertenecían a la difunta duquesa, solo

para que la acompañara a su primer evento en Londres. Es más, su largo cabello rubio estaba perfectamente trenzado en un moño alto, al que Camille había creído oportuno decorar con una cinta blanca que caía por su espalda y le hacía cosquillas en la parte superior de esta.

—¿Estás nerviosa? —preguntó Susan cuando se apeó del carruaje —. No deberías preocuparte, seremos invisibles.

—¿Qué quieres decir?

—Las jóvenes que no somos herederas solemos serlo —comenzó a decir en un tono orgulloso que Olivia conocía demasiado bien—. Solo ten cuidado con todo caballero viudo que busque descendencia, quizá desee comprometerte.

Olivia engurruñó la nariz al imaginarse como un premio para cualquier hombre que pusiera su mirada en ella. Su única intención esa noche era disfrutar de los placeres de Londres como una joven más. Sentía una gran liberación en el pecho, como si de alguna forma la decisión fuera solo suya y de nadie más.

—Pasaré desapercibida.

—Además, tenemos esto. —Susan captó su atención de inmediato mientras rebuscaba en su pequeño bolso, sacando un par de antifaces que provocaron una ligera emoción en su amiga—. Podemos ser quienes deseemos esta noche.

—Esto es lo más divertido que he hecho en mucho tiempo.

—Bienvenida a la oscura temporada londinense —su amiga le hizo una burlesca reverencia que provocó la risa de Olivia—: divertida y repleta de prejuicios que debemos esquivar para no ser la comidilla del día siguiente.

Capítulo 10

El salón de baile de Redfield Hill House cobraba vida tras años dormido en el tiempo. La muerte de los anteriores duques se había llevado consigo la felicidad, los festejos e incluso el deseo de Julian Redfield por perpetuar su apellido.

En ocasiones, había discutido con su hermana menor, exigente y autoritario porque continuara con la descendencia que él se negaba a tener. Pero el tiempo se había cebado con su actitud crítica y que tanto se alejaba del amor cuando Valerie se cruzó en su camino.

Su esposa había ordenado que se desempolvara la estancia; que sus enormes ventanas, opacas por sus largas cortinas grises de terciopelo, fueran cambiadas por un tono beis. Las lámparas en forma de araña que debían iluminar el baile más sonoro de toda la temporada brillaban en lo más alto, recordando a los invitados las molduras en forma de flor de lis. Pero lo que más agradaba a cada uno de los presentes era la diversión que suponía cubrir el rostro lo suficiente para que no existieran los prejuicios.

Tobias bebía lentamente de su copa cerca de las dobles puertas que conducían al jardín. Estaba ataviado con un antifaz negro que acentuaba aún más sus ojos grises. Su pose podía confundirse con

la rigidez de las esculturas griegas, cortesía de la familia Ward, que se encontraban, para su admiración, en medio de la sala. Pero el duque no sentía ningún interés por el arte. Tan solo observaba cómo un halcón perseguía a su víctima, los movimientos de cierto vestido en tono manzana que se escapaban de su visión.

—¿La fiesta alivia tu inquietud?

Julian se acercó a su amigo con una fugaz sonrisa en sus labios, llevaba un antifaz blanco en su rostro, regalándole un aspecto angelical que poco decía del duque que había sido años anteriores. Se mantuvo a una distancia prudente, pero tintineó su copa con la de Tobias en una silenciosa celebración.

—En realidad no demasiado —admitió mientras inclinaba la copa sobre sus labios. Nunca había sido un caballero que buscaba alguna dama para bailar, prefería observar desde su posición y elegir sin que nadie se percatara de su presencia—. Olivia ha insistido en venir, así que está bajo la tutela de Susan Ward.

Juls enarcó una ceja.

—No es la idea más sensata que has tenido.

Susan Ward destacaba por ir en contra de todo protocolo existente. Dominic le había advertido en más de una ocasión que se comportara como una señorita, pero se negaba en rotundo a ser una dama elegante y callada: prefería compararse con sus hermanos mayores y sus aficiones antes de sentirse débil.

—¿Preferías que la trajese del brazo?

—No voy a responder a eso —advirtió el duque mientras asentía levemente con la cabeza—. Un escándalo puede llegar en cualquier momento como una buena jugada.

—¿Estás llamando a mi mala suerte?

Tobias rozó su hombro con el de Juls, debía ser un gesto amenazante, pero terminó siendo una broma entre compañeros que

se comprendían a la perfección.

—Disfruta, amigo mío, puede que seas el siguiente en dejar de ser un canalla.

Él prefirió ignorarlo, si debía alejar todas sus inquietudes acerca de Olivia en SilverWood, lo haría de buen grado mientras decidía tomar un poco más de licor.

La música reverberó, dando inicio al baile donde todo caballero buscaba a la joven en la que se había interesado para el vals. Los acordes de los violines no solo arrastraron a Tobias a un acontecimiento más donde solía pasar desapercibido, también se preguntó si era tan atrayente danzar al compás de una mujer más allá del placer.

Su mente la buscó entre la multitud. No tardó en interceptar aquel recogido trenzado del que escapaban algunos mechones rubios. Vislumbró su sonrisa, dulce y perspicaz, mientras giraba en los brazos de Susan. Tobias no se enfadó por verla feliz, le agradaba notar su espíritu reivindicador, su astucia en sus condenados ojos verdes y la forma en que su cuerpo se inclinaba mientras giraba sin parar.

«Estoy muy jodido», pensó frustrado.

Un clic apenas audible debido a la pieza musical rompió el cálido ambiente; sonó la primera campanada que advertía de la medianoche. Una segunda campana provocó que todos los asistentes a la fiesta deslizaran sus antifaces hasta hacerlos caer al suelo. Y una tercera, un poco más grave que la anterior, dio fin a los inexistentes prejuicios como si jamás hubiesen existido.

Tobias sintió que el ambiente se tensaba de manera considerable. La fiesta aún no había acabado y, sin embargo, las damas se agrupaban para susurrar acerca de un nuevo rumor que haría temblar Londres al día siguiente.

—Duque de Dorset.

El saludo, repleto de socarronería, hizo que se girara sin demasiado interés. Estaba acostumbrado a ser invisible con antifaz o sin él. Cuando sus ojos se encontraron con la mirada divertida de Jeremiah O'Kelly, supo que la noche aún tenía que complicarse un poco más. Al parecer el exconde no recordaba cómo había tratado a Olivia al sacarla a rastras del Heartless.

—No estoy de humor, O'Kelly —advirtió antes de que comenzara con su fingido discurso de simpatía—. Tengo prisa.

—Qué curioso, pues mi mejilla recuerda a la perfección los golpes de la última vez. —Jeremiah sacudió el invisible polvo de la manga de Tobias, a lo que este apartó el brazo con molestia—. Estuvo muy fuera de lugar, ¿no crees?

—¿Qué demonios quieres? —rugió una vez más. No deseaba enfrentarlo en medio de la fiesta de su amigo, sabía bien que tendría que lidiar con una situación inadecuada mucho más tarde—. Si has vuelto para recordarme que no merezco nada, puedo asegurarte que...

—Puede que yo no sea el hombre más sincero de este salón —lo cortó con la rabia avivada en sus ojos—. Incluso tienes todo el derecho de disfrutar de mi desgracia. Pero ¿qué harás con la tuya?

—¿La mía?

Jeremiah se inclinó sobre el duque con la diversión dibujada en sus labios. Estaba terriblemente molesto con su padre por haberle dado su título a su hermano menor. Y le enfurecía aún más que un don nadie hubiera limitado su diversión. Por eso, iba a cobrarse lo que le había hecho.

—Pobre muchacha desdichada. Creía de verdad que era tu mujer, pero solo Tobias Blunt tendría bajo su techo a una dama para saciar sus instintos. Es una pena que sea su última fiesta, pues su fama

prenderá como una llama en pocos minutos.

Tobias sintió cómo su corazón daba un vuelco en su pecho. A su alrededor los cuchicheos se esparcían como la pólvora. De la muchacha más joven a la madre que la acompañaba y continuaría la información en la modista, en la cafetería e incluso en Hyde Park. Pero lo que más inquietó al duque fue cómo la multitud que giraba alrededor de Olivia se alejaba de ella, como si de repente dejara de ser digna de aquella fiesta.

Ella no pareció notarlo, pero Dominic Ward, con su postura impenetrable, no dudó ni un instante en sostener el brazo de su hermana para dar por finalizada su diversión. La confusión no tardó demasiado en brillar en los ojos de Olivia, que intentaba comprender por qué su compañera tenía que marcharse entre disculpas.

—Eres un miserable —gruñó el duque entre dientes—. ¿Resulta gratificante humillar a una muchacha que acaba de regresar a la ciudad?

—Las ratas, Blunt, solo se relacionan con ratas. Y, como hijo de conde que soy, debo advertir a la sociedad de que tu querida es una cualquiera.

Tobias lo aferró con tanta furia de la chaqueta de su traje que lo habría reducido a cenizas si no le preocupase la inquietud de Olivia. No dudó en zarandear a Jeremiah con la rabia de un animal al que había pisado la cola. Porque no le importaba que quisiera dejarlo en ridículo, pero no iba a permitir que se lo hiciese a ella.

—Pienso ocuparme de ti.

—¿Vas a pedirle ayuda a tu buen amigo Redfield?

—No necesito a un duque para destrozar a un miserable como tú.

Antes de que la conversación se acalorara un poco más, se alejó de él, fulminándolo con aquellos ojos grises que advertían su sed de sangre. Se hizo paso entre las carcajadas, los susurros, los círculos

que se burlaban de la sencillez y elegancia de una mujer que lo había querido para sí misma.

Tobias ni siquiera se lo pensó.

Cuando tuvo a Olivia a su alcance, la cogió de una muñeca y tiró de ella con todas sus fuerzas. Ella, tambaleante por el agarre que ni siquiera esperaba, caminó tras él todo lo que le permitían sus piernas.

—¿Tobias?

—Nos vamos —dijo a modo de orden—. Inmediatamente.

—¿A dónde? —Quiso saber mientras miraba hacia atrás sin entender nada de lo que estaba ocurriendo—. ¿Qué está pasando?

Él no contestó. Olivia no era un bufón del que pudieran mofarse, no iba a permitir que nadie la expusiera como si fuera la peor escoria de la sociedad cuando realmente la mugre de Londres se encontraba en ese salón, sonriéndose como si se importaran.

Quizá el duque también estaba corrompido por su deseo de tener poder, pero aún le quedaba un mínimo de preocupación por los demás.

Capítulo 11

Las grandes zancadas de Tobias provocaban que Olivia tropezara con la maleza que, desesperada, intentaba aferrarse a sus finos tobillos. Su corazón latía demasiado deprisa; miraba hacia Redfield Hill House con la esperanza de que alguien se percatara de que no quería marcharse. El agarre que sostenía el duque en su muñeca, decidido y exigente, la arrastraba a las profundidades del bosque. La oscuridad bañaba su figura, escondiéndola bajo el manto de la noche que comenzaba a hacerla invisible.

¿Por qué había pasado de sugerirle una acompañante a arrastrarla fuera del salón de baile?

Frustrada, detuvo sus pasos y se zafó de su agarre. Sus ojos verdes lo escrutaban. Intentaban por todos los medios encontrar una razón para su impulsiva actitud. No podía discutir con ella, prometerle que no rozaría su piel y después sacarla a rastras como si fuera una chiquilla que no sabía comportarse. Había tenido la más excelente educación desde que comenzó su vida en Burdeos y nadie podía decirle lo contrario.

—¡Ya basta! —dijo decidida a los pies del lago que pertenecía a las tierras de los Redfield—. No sé qué ha ocurrido, pero no puedes

sacarme de un salón como si fuera una vergüenza hacia ti y tu maldito título.

—Puedo hacer todo lo que crea conveniente. —La respuesta de Tobias hizo que Olivia chasqueara la lengua, no sentía ningún tipo de pavor al verlo inclinarse sobre ella—. Ese maldito baile no era para ti.

—¿Me estás diciendo que soy menos que las demás damas invitadas?

«Es justo todo lo contrario», pensó él conteniendo las palabras en su garganta.

Su silencio perforó su nervioso corazón. Su interés por recuperar el título de su tío abuelo la había llevado a volver a Londres, vivir junto a él e incluso pedirle que fuera su marido. No le importaba que fuera un matrimonio de conveniencia si así volvía a tener una pequeña parte de todo lo que la hacía feliz de niña. Incluso creyó que el calor que calcinaba sus entrañas cada vez que lo tenía cerca no era unilateral, sino que lo compartía con él.

—Eres un miserable, Tobias Blunt —Olivia escupió sus palabras con rabia—. No puedes zarandearme cuando no sabes lidiar con tus demonios.

—¿Mis demonios? —repitió él con cierta sorna—. No soy yo quien me preocupa esta noche, sino todo lo que se dice de ti por mi culpa.

—¿Q-qué?

Olivia ni siquiera fue consciente de cómo sostuvo su nuca, impidiéndole mover la cabeza a su antojo. Un pequeño jadeo escapó de sus labios. Se sentía tambaleante, como si cualquier movimiento de Tobias pudiera llevarla al suelo. Temblorosa, alzó una de sus manos hasta la chaqueta de su traje y lo aferró con todas sus fuerzas. Parecía débil e indefensa, pero a pesar de la oscuridad de la noche, la fiereza no desaparecía de sus ojos verdes.

—Todo el mundo te miraba —respondió él apretando aún más su postura. Ella ni siquiera se inmutó, tan solo mantenía su mentón alzado en su dirección—. Todo el mundo pensaba que eres una cualquiera por vivir bajo mi techo sin ser tu marido.

Ella abrió sus labios, esos que el duque había querido torturar durante horas. Cerró los ojos durante unos instantes, deseaba controlar el maldito impulso que sentía a todas horas. Había pasado de verla como una amenaza a desear con todas sus fuerzas reclamarla como suya.

—Soluciónalo —susurró Olivia.

—¿Cómo pretendes que lo haga, Livie? —preguntó con tanta frustración que juntar su frente con la suya no le resultaba suficiente. Necesitaba beber de sus labios, deleitarse con sus malditos gemidos para no sentir que todo lo que tocaba lo destrozaba en miles de pedazos—. Los rumores se propagan como la pólvora.

—Hazme tu esposa si tanto te preocupa que sea rechazada por la sociedad.

Tobias se quedó sin aliento, ni siquiera sabía cómo procesar aquellas palabras. Aquella mujer lo estaba volviendo loco con su imprudencia; con su maldita forma de mirarlo como si fuera mucho más que un título.

—Deberías estar enfadada conmigo.

—Y lo estoy.

—No lo parece en absoluto.

—Eso es solo porque no me has visto vengarme de ti. —Olivia se acercó a él, no le importaba si sostenía su recogido trenzado de esa noche. Si decidía agarrarla de la muñeca para que cambiara de opinión, le daba igual su comentario—. Tu peor castigo es darte cuenta de que me deseas más de lo que quieres admitir. Te casarás

conmigo sabiendo eso y no podrás escapar de mí.

Tobias notó cómo sus colmillos se hincaban en su labio inferior con tal impotencia que el sabor metálico en su paladar lo sacó de su maldita ensoñación. Había conocido a muchas mujeres durante su vida, pero jamás nadie lo había desarmado de aquella manera. Él solía tomarse la vida con diversión, como si nada le importara. Y desde que había aparecido en SilverWood le había resultado imposible.

—Eres demasiado pequeña para tener la boca tan grande, Livie.

—Es posible —respondió ella con cautela—. Puede que sea diminuta a tus ojos, que no tenga nada que ofrecer más allá de algo que ya te pertenece. Pero puedo prometerte que no olvidarás esta noche.

—¿Y eso por qué?

La sonrisa de Olivia debía ser un preludio de lo que estaba a punto de ocurrir, pero el dulce sabor a victoria había nublado tanto sus defensas que no creyó que serviría su venganza en aquel preciso instante. El cuerpo de Tobias se tambaleó. Por más que quiso mantener los pies sobre la tierra, el simple empujón que ella le había dado en el pecho hizo que diera unos pasos hacia atrás hasta caer en el fondo del lago. Su cuerpo se hundió en las profundidades del agua helada, como si cada gota fuera una afilada aguja que perforaba su piel.

Todo el enfado, la rabia que sentía cuando pululaba alrededor de la sociedad londinense, desapareció de un plumazo. En la oscuridad no existía ningún sonido que le hiciera huir. Tampoco existía ningún comentario que le recordara que jamás sería como los demás.

Cuando sintió que sus pulmones quemaban por la falta de aire, emergió a la superficie. Una bocanada le recordó que, en el exterior, la temperatura no era la más adecuada para darse un baño

nocturno, pero no le importó. Tan solo echó su maraña castaña hacia atrás buscando a la causante de su traspié.

No iba a dejarla escapar esta vez.

—Ven aquí —ordenó él con tanta calma que Olivia sintió cómo disfrutaba del sabor de cada letra en su paladar—. No esperarás castigarme y quedar impune, ¿no es así?

Olivia no dejaba de sonreír desde su posición privilegiada, quien no la conociera pensaría que era una pequeña hada del bosque que buscaba vengarse del duque. Pero sin duda era mucho más astuta de lo que nadie imaginaba. Porque donde otra mujer habría visto un fin para su vida, ella buscaba la solución con una profunda determinación.

—Por supuesto que no.

—Acabas de intentar asesinarme, Livie —respondió Tobias con una media sonrisa dibujada en sus labios, nadó hasta donde se encontraba y se sostuvo en el borde con sus brazos—. ¿Qué dirá la gran madame Devereaux cuando se lo narre por carta?

Ella abrió la boca, ofendida. No consideraba que hubiera querido matarlo. Tan solo deseaba darle un buen escarmiento por acelerarle el corazón y ni siquiera sostenerlo entre sus manos.

—Si quisiera acabar con tu vida, lo habría hecho mientras dormías. —Se encogió de hombros con aquel gesto infantil que tanto lo frustraba—. ¿Ha refrescado las ideas, milord?

«Maldita mujer obstinada», maldijo Tobías entre dientes

—Quizá podrías utilizar esa valentía a los pies del lago —presionó el duque con la esperanza de que su orgullo acortara su distancia con él.

—Me temo que no he perdido tanto la cabeza todavía —aseguró Olivia con una ceja enarcada—. El agua debe estar helada. Estoy segura de que es una de tus estrategias para acabar conmigo.

—Por supuesto que quiero acabar contigo —declaró él, provocando un pequeño respingo en la joven que no supo si abandonarlo a su suerte o fulminarlo con la mirada—, pero pienso sostenerte para que puedas defenderte los primeros minutos.

—¿Por qué debería fiarme de ti?

—Porque sabes tan bien como yo que podría haber salido del agua hace rato —Tobias ladeó su cabeza con aquel tono jocoso que pocas veces había usado con ella—, te habría atrapado y estarías sobre la hierba esperando las consecuencias de tus actos. Así que sé buena, quítate el vestido y defiéndete del hombre que te ha arrebatado lo que más deseabas en el mundo.

«Esto es un error», pensó ella con la respiración acelerada.

Quizá no podía disfrutar por completo de la diversión en los ojos grises de Tobias, pero había algo en sus palabras que se alejaba lo suficiente del castigo que deseaba emplear sobre ella. Olivia se mordió una vez más el labio inferior. Sabía que esa noche podía marcar un antes y un después en su vida. Porque jamás había sido la joven que salía de los límites que la sociedad dibujaba a su alrededor. Era alguien que luchaba por lo que deseaba, que no le importaba mostrar cada una de sus facetas, si algún día le permitía ser feliz. Y sabía bien que el odio que sentía hacia Tobias Blunt iba desapareciendo con cada trocito de realidad que le regalaba.

«Me derrotó en el instante que decidió hundir sus dedos en mi piel», admitió para sí misma mientras conducía su diestra hasta una de las mangas de su vestido. Tiró de ella con destreza, dejando que el verde manzana de la tela mostrara la camisola de lino que llevaba debajo.

—Ven aquí, Olivia.

El tono aterciopelado con el que acariciaba su nombre hizo que su piel reaccionara al instante. Sus piernas temblaron lo suficiente

mientras se acercaba donde él se sostenía. Tobias se alejó del borde y nadó hacia atrás esperando que le obedeciera. Parecía ansioso, como el lobo que aguardaba que su víctima cayera en su trampa.

Olivia cogió un poco de aire, abandonó las manoletinas y saltó al agua olvidando todo protocolo que, de por sí, poco le importaba. Su bonito recogido trenzado se deshacía en el agua, permitiendo que cada mechón se aferrara a su espalda y a sus redondas mejillas. Una vez que emergió de las profundidades del lago, sintió como unos brazos la aferraba contra su cuerpo. Era un contraste gratificante, ya que el frío nocturno hizo que su labio inferior temblara en consecuencia. Pero Tobias había olvidado el tiempo fuera del lago. También dejó a un lado lo poco que quería confraternizar con nadie. Tan solo deseaba sentirla cerca de él, invitando a las finas piernas de Olivia a que se enroscaran alrededor de su cintura.

Y, una vez más durante esa noche, dejó de pensar en las heridas de su pasado.

—Te tengo —dijo él de manera ronca.

—Me tienes...

Tobias apoyó su espalda sobre la orilla, acorralando su cuerpo lo suficiente para que no fuera capaz de escapar. Su nariz rozó la suya, esperando que aquellos ojos verdes volvieran a enfrentarlo como de costumbre. No quería ver miedo en su mirada. Tampoco se atrevería jamás a hacerle ningún daño, porque no era de esa clase de hombres que disfrutaban haciendo invisible a la mujer entre sus brazos.

Pero estaba perdido.

Demasiado perdido.

—Y deseo acabar con esto de una maldita vez por todas —gruñó rozando sus labios con tanta desesperación que hizo todo lo posible para mantenerse a una distancia prudente—. Tienes razón. No

puedo protegerme del mundo haciéndote daño a ti. Me cautivas de una manera que ni siquiera sé cómo gestionar. De lo único que soy consciente es de que te deseo, Olivia Blunt. ¿Sabes qué anhelo esta noche cuando lleguemos a SilverWood?

—N-no...

Tobias sonrió ante su inocencia y acercó los labios a su oído. Disfrutaba demasiado de la reacción de su piel cada vez que suspiraba cerca de ella.

—Deseo que uses toda esa valentía para sostenerte bien fuerte en el dosel de mi cama. —Mordisqueó el lóbulo de su oreja, ganándose un leve roce del cuerpo de Olivia con el suyo—. Porque no voy a permitirte que puedas caminar mañana. Deseo hacerte mía de tantas formas que ni siquiera un maldito papel me hará odiarte.

Olivia notó cómo sus mejillas se sonrojaban en consecuencia. Podía imaginarse desnuda en la cama del duque, de espaldas a él mientras hacía todo cuanto deseaba con su cuerpo. Y ella no iba a negarse en absoluto. Pues su mente ensuciaba toda la pureza que destilaba su cuerpo; imaginaba cada escena a la que, si diera voz, incluso la mujer más experta pondría el grito en el cielo.

—¿Eso significa que vas a salvarme del infierno?

—No pensaba hacerte caer en él.

Tobias fue incapaz de contenerse, sus labios atraparon los de Olivia con tanta hambre que habría sido el instante más hermoso que jamás había vivido si no hubiera sido porque ella, a pesar de su inexperiencia, lo invitaba a reducirla a cenizas.

Bajo la luz de la luna, el duque buscaba encajar su boca con la de la mujer que le había hecho perder sus casillas hasta caer derrotado a sus pies. Pues una vez que Olivia Blunt terminara en sus brazos, quizá, y solo quizá, podría tener la familia que siempre había deseado.

Capítulo 12

El sonoro jadeo que escapó de los labios de Olivia quedó eclipsado en la boca del duque, que bebía de su aliento con tal desesperación que ni siquiera sabía bien dónde deseaba colocar sus manos.

Era la primera vez en mucho tiempo que se sentía abrumado por la cantidad de pensamientos que se agolpaban en su mente. Quería todo de la mujer que resultaba diminuta entre sus brazos. Anhelaba disfrutar de cada parte de su cuerpo con la misma intensidad con la que solía vivir la vida por miedo a que se acabara. Por ese mismo motivo era incapaz de dejar de besarla. Cuando notaba que el aire, exigente, le pedía una tregua, volvía al ataque solo por la mera excitación de ver sus labios hinchados ante sus dulces torturas. Su piel húmeda por su baño nocturno en las tierras de los Redfield había adherido una capa de frialdad sobre ella; su vello se erizaba deseoso de un poco de calor que solo él podía proporcionarle.

—¿Serás mía esta noche, Livie? —susurró él con voz ronca. Tiraba de las mangas de su vestido con tal fuerza que la tela chillaba suplicante. Olivia quiso alejarse, pero Tobias no estaba dispuesto a que escapara de ninguna de sus atenciones—. ¿Vas a abrir tus piernas para mí? ¿Me dejarás comprobar lo mojada que estás?

Ella se mordió el labio en consecuencia. Quería gritarle. Deseaba protestar lo inadecuado que era con sus palabras, no porque el servicio pudiera escucharlos, sino por lo mucho que sonrojaba sus mejillas.

—Deja de avergonzarme.

Él se rio. Su carcajada reverberó entre las cuatro paredes de la alcoba del duque. Podía decirle abiertamente lo mucho que disfrutaba de su inocencia, pero prefería que fueran sus manos las que le mostraran el camino a la maldita erección que emergía entre sus piernas. Quería que sus labios bailaran un silencioso vals por la piel de Olivia, hasta que sus gemidos fueran los primeros acordes de una melodía que esperara oír en incontables ocasiones.

—No es lo que busco. —La mano de Tobias acarició con ligereza los bucles dorados de Olivia. Aquellos caracoles pequeños y rizados que se escondían en su nuca se podían convertir en su nueva adicción. Pero descendió su efímera caricia hasta la parte superior de su espalda—. Hace menos de una hora te has quitado el vestido para mí, deseo que lo hagas de nuevo.

—¿Y qué ganaré yo a cambio?

—A mí —susurró tirando de la tela en una silenciosa invitación que le pedía con la mirada—. A mí de verdad.

Olivia tragó saliva. Sus pequeñas manos acariciaron la barba de pocos días que dejaba una sensación rasposa en sus palmas; aferró una de sus mejillas hasta quedar atrapada con su mirada grisácea. Se sentía como una polilla que se embelesaba con la luz y tampoco tenía la intención de alejarse.

Esta vez no.

—Eso no pasará —respondió ella, poniéndose de puntillas para poder rozar sus labios con los del duque—. No permites que nadie vea nada más que frío hielo en ti.

—Nada me gustaría más que ser de escarcha para ti, pero no me lo pones nada fácil.

—¿Me deseas?

—Más de lo que me gustaría admitir.

Olivia lo besó con todo aquel sentimiento que escondía en su interior. Por más que deseara hacer caer a Tobias con cada una de sus estrategias, no contaba con que disfrutaría de su cercanía; de la divertida sonrisa que se dibujaba en sus labios. Y, por supuesto, del enfado que hacía de sus finas cejas una línea recta.

Se removió sin separar la boca de la suya, permitiendo que su vestido, una vez más, cayera rendido ante el suelo. Tobias disfrutó de la imagen de su semidesnudez. De la combinación de algodón adherida a su cuerpo; la rigidez de sus pequeños pezones aferrándose a la tela. Y de los bucles que acampaban a sus anchas, dándole el aspecto de una diosa.

La boca del duque se deslizó por su mentón, quedaba totalmente embaucado con el condenado olor a azaleas que aún seguía aferrado a su piel. Se maravillaba por los suspiros que hacían vibrar las cuerdas vocales de Olivia, mientras la punta de su lengua reptaba por su cuello. No quedó conforme con aquello. Su diestra acunó uno de sus pechos. Notaba la dureza de su pezón, lo deliciosos que sonaban sus gemidos cuando su índice y su pulgar lo acariciaban por encima de la combinación.

—S-seré tuya. —Olivia rompió aquel cálido silencio que los alejaba por completo de lo sucedido en Redfield Hill House—. Si continúas, no habrá vuelta atrás.

—No deseo que la haya.

Tobias ascendió la mano libre hasta el tirante que ocultaba su desnudez, lo deslizó con suavidad mostrando uno de sus sonrosados senos y se mordió el labio inferior con la escena que tenía delante.

Aquella mujer lo iba a volver loco. No solo adoraba cuando se avergonzaba, sino que intentaba ocultarse de él a pesar del gesto amenazante con el que lo había enfrentado desde que apareció en SilverWood.

—Si no apartas la mano, la quitaré yo —advirtió él con cautela. No le importó inclinarse un poco ante ella, hincó los dientes en su antebrazo, ganándose la visión que tanto quería disfrutar—. ¿Ves cómo puedo conseguir todo lo que deseo?

—Menos mi ducado.

Él chasqueó la lengua, no iba a dejar de recordarle lo insufrible que le resultaba que deseara quitarle su estabilidad. Pero podía ser la reina de SilverWood, con él a su lado. Pues una vez que disfrutara de su cuerpo, no iba a dejar de torturarlo hasta la primera hora de la mañana.

—Contigo a mi lado, me seguirá perteneciendo.

Olivia frunció el ceño.

—Eres insufrible.

—Nada me gustaría más que acallar tus protestas.

—Entonces deberías intentarlo —respondió, elevando una vez más su mentón con la misma valentía que de costumbre—: no te temo.

—Pues deberías empezar a hacerlo —susurró él con aquel maldito tono aterciopelado que la dejaba sin respiración. Tobias tiró con suavidad de su mano; sus dedos se entrelazaban a su muñeca, invitándola a su cama con un agradable mutismo que la dejó en el filo de esta.

—Si tuviera miedo a vivir como deseo, no estaría aquí.

El duque la hizo girar entre sus brazos hasta quedar de espaldas a él. La mirada de Olivia se perdía en sus sábanas. No sabía bien qué iba a hacer con ella, pero notaba la calidez de su pecho pegado a su espalda. Sus labios dejaron un suave beso en su nuca, otro en su

sien hasta llegar a su mejilla izquierda.

—Las mujeres como tú no se asustan con facilidad —susurró cerca de su oído, dándole un pequeño empujón que la hizo caer con las palmas de las manos sobre el mullido colchón—. Si fueras fácil de impresionar, o solo desearas el poder de un condenado título, carecerías de inocencia. Y es justamente ese detalle el que me tiene por completo embelesado.

El cuerpo de Olivia tembló como una hoja, quería girar la cabeza y enfrentar qué estaba dispuesto a hacerle, pero lo único que le permitió su visibilidad fue ver cómo se arrodillaba ante sus piernas, regalándole una pleitesía que jamás le había pedido.

Las manos del duque deslizaron la única prenda que ocultaba la humedad entre sus piernas, lo hizo con tanta delicadeza que el frío nocturno de la estancia ni siquiera le afectó. Su pequeño cuerpo se inclinó sobre la cama, ni siquiera era consciente de que le regalaba la perfecta visión de sus henchidos pliegues.

—¿E-embelesado? —repitió con cierta confusión.

—Voy a castigarte por cada una de tus imprudencias —advirtió con tal perspicacia que no tuvo reparo en hundir las yemas de sus dedos en sus muslos. Abrió sus piernas dispuesto a convertirla en su tentempié de madrugada—. Me has hecho sufrir con tu condenada insistencia.

—Solo has sabido huir de mí.

—Lamentablemente tú no podrás hacerlo.

Olivia sintió una fugaz caricia entre sus piernas. Fue un ligero cosquilleo entre sus pliegues, que se repitió de manera consecutiva. En un principio quería identificar las emociones que se despertaban en su cuerpo, pero de sus labios escapó un sonoro gemido. Abrumada, deseó alejarse, pero el agarre de Tobias no le permitía otra cosa que mantenerse quieta mientras devoraba el centro de su

deseo.

Sus gemidos fueron más seguidos, se elevaron dentro de la alcoba hasta olvidar por completo todo lo existente en su exterior. El duque besaba sus labios inferiores, introducía su lengua buscando unas dulces embestidas que dejaban un agradable sabor en su paladar. Cada vez que la escuchaba ronronear, o queriendo deshacerse de él, tiraba de su cuerpo para que volviera más cerca de su rostro. Tobias no solía tener ningún tipo de decoro. Poco le importaba que sus nalgas quedaran sobre su cara; la postura le permitía un poco más de diversión y más si Olivia susurraba su nombre a modo de súplica.

Si ella consideraba que su mente fue muy depravada al vivir un momento así con él, estaba muy lejana de la realidad. Las lánguidas caricias que dejaba en su sexo tensaban cada trocito de su cuerpo; provocaban que sus caderas se movieran en un invisible vaivén que le resultaba desconocido. Pero muy en el fondo sabía que deseaba más. Mucho más de lo que jamás había conocido.

Los dedos de sus pies se encogían. Los dedos de sus manos aferraban con tanta fuerza las sábanas que creyó que se rasgarían con su agarre, pero lo que hizo temblar cada trocito de su cuerpo fue aquel profundo escalofrío que vació por completo su deseo; que la hacía tan sensible ante sus caricias que solo podía gimotear.

Tobias bebió su placer con mimo y cautela. No iba a desperdiciar ni una sola gota de ella. Ahora que se encontraba en su alcoba, no iba a perderse ni un solo detalle de su menuda figura. Pero, a pesar de ser un elegante caballero, volvió a empujarla, dejándola caer en la cama.

Cuando ella se giró vio esas mejillas sonrojadas, sus iris verdosos completamente resquebrajados debido al éxtasis que acababa de vivir, y tenía las manos cerradas en dos puños que le resultaron poco amenazantes.

—Eso es el placer —dijo Tobias limpiándose los restos de ella—, y pienso hacértelo vivir cada día.

—Deseo más.

—¿Es eso cierto? —Sonrió él girando con suavidad su cintura para poder tener mayor accesibilidad a su trasero—. ¿Qué es lo que deseas, Olivia Blunt?

—A ti.

Sus palabras provocaron un escalofrío en el duque, que comenzó desde su nuca hasta el último dedo de sus pies. ¿Cómo era posible que dos simples vocablos pudieran decirle tanto?

El lado más pasional que vivía junto a él hizo que Tobias azotara sus glúteos. Olivia se encogió, ronroneando como si fuera un animalillo, pero ni siquiera se apartó. Sus bucles dorados caían por encima de sus hombros, regalando una imagen de ella propia de las nereidas.

«¿Qué demonios está haciendo conmigo?», pensó perdido.

El duque golpeó una vez más su piel, la enrojeció complacido, restregándose contra ella. Cada vez le costaba más controlar su deseo de estar en su interior. Por más que quería disfrutar con la dulce sumisión que Olivia le regalaba, le resultaba completamente imposible.

—Olivia —gruñó él tirando de su pantalón con desesperación, la tela quedó enrollada entre sus tobillos, pero no le importaba en absoluto. Lo único que quería en ese momento era acabar con aquella dolorosa atracción—. Maldita Olivia Blunt.

Su diestra acarició su erección, deslizó la humedad que emergía de su glande por su dureza. Fue fugaz. De una manera lenta y suave que le habría hecho perder el control si seguía centrando su atención en su miembro.

—Ven aquí —ordenó con cierta exigencia.

—¿Por qué debería?

—Porque deseo hacerte mía.

Ella se incorporó un poco para ver si existía la misma desesperación que volvía a emerger entre sus piernas. La plata líquida de los ojos de Tobias tan solo rogaba por una unión que creía conocer. Pero un atisbo de duda le hizo buscar en él quizá la prepotencia de los hombres de los que siempre hablaba madame Devereaux.

No la encontró.

Tan solo vio en el duque una devoción que jamás percibió en ningún caballero. Porque en ella tan solo veían a una muchacha abandonada, no una mujer empoderada.

Olivia se acomodó en el lecho que compartirían esa noche, abrió sus piernas con una seguridad que ni siquiera tenía. Lo invitó a que observara la capa de humedad que se deslizaba por sus glúteos, sus sonrosados pliegues y la inestabilidad en su respiración.

—Me temo que ya lo soy.

El pecho del duque se hinchó de orgullo. Uno que jamás había experimentado en el ámbito amoroso, pues lo único que siempre llenó esa capa de indiferencia era la máscara de diversión que utilizaba con frecuencia con todo el mundo.

Tobias apoyó una de sus piernas sobre el colchón, inclinó su cuerpo sobre el de la mujer que lo volvía completamente loco. Se permitió dejarle una suave caricia en la mejilla izquierda, para después unir sus labios en un beso cargado de intenciones.

No necesitaba una invitación.

Tampoco eran necesarias ningunas palabras para definir lo que ocurría.

Su diestra tomó uno de los mechones dorados de Olivia, lo aferró entre sus dedos haciendo la suficiente presión para que no escapara

de él. La otra guiaba su duro miembro hasta su hendidura. En un primer momento acarició con el glande sus pliegues en una deliciosa sensación que lo hizo gruñir. Poco a poco, cuando creyó que era el momento idóneo, fue introduciéndose en su interior: sin prisa pero sin pausa.

La estrechez de la joven amenazaba con que acabara mucho antes de comenzar, pero controló el instinto de verter su semilla en ella. Necesitaba un poco más de la amenazante mujer que se había presentado en su nuevo hogar.

—Te dolerá un poco, después no existirán límites.

—¿Alguna vez los ha habido entre tú y yo? —Rio ella de manera ronca.

«Para mi desgracia jamás han existido».

Un estoico empellón acabó con los últimos resquicios de barreras que los separaban. Se mantuvo unos minutos quieto, esperando a que se acostumbrara a su intromisión, pues Olivia aferraba sus brazos hasta el punto de perforar su piel con las uñas. Pero Tobias no se apartó. Tampoco tenía intención de dejar una historia sin acabar.

El sonido de sus embestidas se convirtió en una de las mejores melodías que jamás había escuchado, poco tenía que ver con las obras teatrales a las que había asistido en su palco privado. Sin lugar a duda los gemidos de Olivia, al compás de sus movimientos, se convertían en una deliciosa canción que no deseaba dejar de sentir.

Y más disfrutaba cuando ella se incorporaba con las pocas fuerzas que tenía y entrelazaba los brazos alrededor de su cuerpo. Y fue terriblemente tentador cuando el duque aferró una vez más sus glúteos para hacer sus sacudidas mucho más toscas y profundas.

La unión de sus cuerpos fue una sombra más en la noche. Sus siluetas se iluminaban con los rayos de la luna que se filtraban por la

ventana. Quien hubiera estado pendiente de lo que ocurría en SilverWood se habría percatado de que la continua enemistad entre los duques pasaba a un segundo plano; se convertía en una relación que tenía que ver mucho más con el amor que con el odio.

Tobias se movió un poco más en ella, sabía bien que no le quedaba demasiado para dejarse ir en su interior. Y mientras Olivia susurraba su nombre a modo de súplica, supo bien que estaría perdido para siempre. Solo deseaba, hundiéndose un poco más en ella, que jamás supiera que se trataba de un farsante. Porque, si alguna vez lo descubría, sabría que todo lo ocurrido aquella noche sería una completa mentira.

Capítulo 13

Cuando Olivia abrió los ojos, sentía adormecida cada parte de su cuerpo. Pesarosa, se removió entre las sábanas; desubicada y con la garganta seca. Los primeros rayos de sol que se filtraban a través de la cortina le dieron la iniciativa suficiente para apoyar los codos sobre el mullido colchón en el que se encontraba. Sus largos cabellos rubios, despeinados y adheridos a su piel, le daban ese aspecto etéreo propio de las hadas de los cuentos, pero ella jamás se habría asemejado a ninguna de ellas.

«¿Dónde estoy?», pensó un tanto adolorida.

—Parecías cómoda en mi alcoba —escuchó una voz ronca que provocó que su piel se erizara en consecuencia—, algo me dice que no echarás de menos la tuya.

Tobias se encontraba de pie, a pocos metros de una Olivia que escondía sus sonrosados pezones bajo su pelo dorado. Acomodaba su camisa perfectamente a su espalda, hasta que cada uno de sus cincelados músculos quedaba oculto bajo la tela.

En ese momento recordó cómo sus grandes manos aferraban sus caderas; cómo sus embestidas la hacían temblar en una mezcla de pavor y deseo del que no podía escapar. Sonrojada ante sus

pensamientos, elevó con ligereza su mentón. Quizá quería encontrar la seguridad que llevaba buscando durante toda su vida, o solo deseaba que las barreras del duque se hubieran reducido a cenizas.

No estaba del todo segura.

—Podrías haberme echado, pero consideraba que estabas actuando como un caballero —susurró ella con la voz un tanto rasposa—, la parte más racional la mostraste anoche al sacarme de la fiesta.

—Supongo que debo darte la razón por una vez.

Olivia observó como intentaba acomodar el corbatín alrededor de su cuello. Desde su posición podía ver la destreza de sus dedos tratando de anudarlo, pero ella, de manera inapropiada, recordaba las caricias en sus pliegues; la humedad que descendía por sus muslos hasta susurrarle un poco más de ese placer que acababa de conocer.

«Me he vuelto una desalmada», pensó ella completamente avergonzada.

A pesar de la timidez que escapaba de la coraza de impulsividad de Olivia, se puso de pie sobre el colchón, caminó hacia él hasta que sus dedos se entrelazaron a ambos lados del corbatín. Tobias la observó con un deje de incertidumbre y cautela. Estaba acostumbrado a hacer y deshacer como creía conveniente, por lo que toda decisión de la muchacha que tenía de pie sobre su cama se escapaba por completo de su entendimiento.

—Está torcida —explicó en un susurro como si deseara que nadie descubriera que le sacaba una cabeza y los labios del duque quedaban a la altura de su esternón—, solo deseo ponerla bien.

—¿Y la realidad?

—¿Qué quieres decir? —preguntó dudosa mientras anudaba con destreza la tela a su cuello.

—El pensamiento que se desliza por tus ojos, Livie —insistió una vez más. La nariz de Tobias descansó entre sus pechos, aprovechando nuevamente para inspirar el aroma de su piel—. ¿Qué pulula por esa cabecita tuya?

—Nuestra posición —dijo sin ningún tipo de tapujos—. Has tenido mi cuerpo y mi alma durante toda la noche. Te he permitido que sean tuyos porque deseaba que fueras mío. ¿Serás mi esposo si te lo pido esta vez?

Tobias la observó largo y tendido. Sus ojos grises atravesaban la incertidumbre verdosa que amenazaba la mirada de ella. Solía ser un hombre de pocas palabras. Hermético y centrado en sus impulsos. Pero había cometido un error. Se había dejado llevar por completo por cada una de las batallas dialécticas que tuvieron desde el primer instante. Maldijo entre dientes cada una de las imprudencias de Olivia hasta caer rendido ante su carácter. Y no podía permitir que nadie la juzgara, pues no era ninguna fulana que usara su cuerpo para complacer a nadie.

Era una futura duquesa y lo sería a su lado.

A pesar del continuo miedo que azotaba cada una de sus terminaciones nerviosas.

—Demos un paseo por Hyde Park —anunció él retrocediendo unos pasos para poder respirar con normalidad—. No deseo que nadie propague rumores innecesarios y que carecen de fundamento.

—Tobias —insistió con cierta decepción.

—Seré tuyo —admitió. Las manos del duque se alzaron hasta atrapar sus mejillas en un gesto tan único que ella suspiró aliviada —, pero prométeme que no te inmiscuirás en mis asuntos. Puedes hacer lo que desees conmigo, como has hecho desde que decidiste reclamar SilverWood, pero todos tenemos demonios, Olivia, déjame lidiar con los míos a mi manera.

—¿Y eso qué implica? —Olivia no pidió permiso para rozar los labios de Tobias. Sabía bien qué involucraba tener miedos, pues ella solía luchar continuamente con su sentimiento de soledad y de no encajar en ningún lugar—. Esto no es un juego para mí.

—Vayamos a Hyde Park —insistió una vez más mientras presionaba su boca con la suya. Eran castos besos que caldeaban la parte baja de su vientre, deseando un poco más de ella, pero sabía que si la tiraba a la cama no escaparían de ella hasta bien entrada la tarde—, disfrutemos del día como prometidos. Lo demás vendrá poco a poco.

—No.

—¿No? —Enarcó una ceja sin comprender muy bien sus intenciones—. ¿Y qué deseas entonces?

—Desde que llegué tenía muy claras mis estrategias contra ti —amenazó con el dedo índice como siempre solía hacer contra él, apretó su pecho con la yema del dedo, ganándose una fugaz sonrisa de su parte—. Y pienso utilizar la tercera de ellas antes de salir de la alcoba.

—¿En qué consiste? —preguntó con un ápice de curiosidad, la diestra del duque se enroscaba alrededor del cuello de Olivia; no apretaba, tan solo sostenía en busca de ese enfrentamiento del que estaba deseando ser parte—. Porque estoy preparado.

—«Una vez que el duque esté en tus manos, recuérdale que no podrá olvidarte» —narró como si se tratara de un epitafio preparado en su mente, pero no fue suficiente para suavizar la seguridad de Tobias—. Y es justo lo que voy a recordarle.

—Ese duque debe tener cuidado.

Olivia sonrió con perspicacia, sus brazos se enrocaron alrededor de su cuello como si el agarre que ejercía en ella fuera inexistente.

—Deberías decírselo —ronroneó ella mientras rozaba su nariz con

la suya, sus dientes aferraron el labio inferior de Tobias hasta arrancarle un gemido gutural que ella acalló en su boca—, que está en peligro.

—Prefiero que corra el riesgo.

El duque empujó con suavidad el cuerpo de Olivia, haciéndola tambalearse sobre el colchón en el que horas antes había yacido con él. Cerró los ojos esperando el golpe, pero Tobias aprovechó el agarre que hacía en él para apoyar las palmas de las manos sobre la cama. Y una vez que no existieron barreras entre los dos, se dejó llevar por la maldita tensión que le exigía, una vez más, hundirse entre las piernas de Olivia.

Estaba perdido.

Hyde Park resplandecía en un día de pocas nubes en la capital británica. Las familias más pudientes paseaban cerca del lago Serpentine en busca de fortalecer lazos con los pretendientes de sus hijas. Era una forma de cerciorarse de que, tarde o temprano, se anunciaría una nueva boda en Londres, pero Olivia con su bonito parasol en color amarillo sentía que era más observada que de costumbre. Normalmente no le importaba ser objeto de todas las miradas, pero sabía bien que los gestos de desagrado que hacían, mientras sostenía el brazo de Tobias, confirmaban todo lo que él le había comentado esa mañana.

«No pierdas las formas, solo disfrutarían de tu debilidad», pensó recordando los consejos de madame Devereaux.

—Levanta la cabeza —dijo Tobias reflejando despreocupación en cada una de sus facciones. Parecía tranquilo, como si los escándalos fueran una cualidad más de su personalidad—, no hay nada de lo que esconderse.

Olivia asintió creyendo que era cierto. Sus palabras la hacían sentir

segura, como si el mundo fuera a derrumbarse y él pudiera protegerla de toda habladuría existente. Por eso eligió su sonrisa más dulce para saludar a toda joven con la que había conversado la noche anterior. Era una actitud un tanto teatral, pero debía hacer su papel mientras disfrutaba de la sombra de los tilos, de la belleza del jardín de rosas que endulzaba el ambiente y del ligero chapoteo de las barcas mientras se hacían paso en el lago.

La tensión en sus hombros se iba relajando cada vez que Tobias elegía darle la mano antes que ofrecerle su brazo; la unión de sus dedos la reconfortaba tanto que se sentía mucho más segura que anteriormente.

Julian Redfield no tuvo ningún reparo en saludar a su amigo. Poco le importaba si estaba en algún problema. Tan solo se dirigió a ella con la cortesía propia de su estatus y entabló una liviana conversación con él mientras su esposa le preguntaba por su estancia en Londres. Valerie era una mujer dulce, con una belleza tan humana que se maravilló por la longitud de su cabello oscuro y la felicidad que transmitía al lado de su esposo.

Esperaba que su destino fuera similar al suyo.

—Al parecer careces completamente de escrúpulos, Blunt.

Jeremiah O'Kelly, con su sonrisa prepotente, no había dudado ni un instante en dar por finalizada la conversación. Iba acompañado del actual conde, Bastian O'Kelly, que asentía con ligereza a modo de saludo, pero en sus ojos mostraba una incomodidad que Olivia no supo descifrar.

—Hemos venido a pasear, Jer —dijo el conde para advertir a su hermano de que su tono era inapropiado—. No queremos más problemas.

Él chasqueó la lengua, apretaba con fuerzas los puños para controlar su ira.

—Vayamos con el duque a las barcas —intervino Olivia, no deseaba ningún enfrentamiento más en tan poco tiempo—, puede ser divertido.

—¿Vas a exponer más a la chiquilla? Su padre debe estar removiéndose en la tumba ante tus caprichos.

Olivia se encogió por las palabras de Jeremiah, podía soportar que la juzgara sin conocerla, pero que hablara de su padre con tanta ligereza crispaba su humor. Tenía un feliz recuerdo de su familia, incluso se acordaba de lo mucho que lloró la muerte de sus padres, por eso se aventuró a dar un paso hacia adelante, que Tobias detuvo apretando su mano.

—O'Kelly —dijo Tobias captando la atención de Bastian, que solo alzó una ceja para saber qué deseaba de él—. Si tu hermano vuelve a acusar a mi prometida de fulana, te aseguro que lo citaré a un duelo al amanecer y poco me importará dispararle a la cabeza y que vayamos de funeral.

Bastian lo observó con cautela, pero deslizó su mirada hacia su hermano mayor, que solo maldecía entre dientes. Estaba cansado de tener que defenderlo de toda imprudencia que cometía. Se sentía culpable de que su padre le hubiera cedido el título, pero no podía protegerlo de todo.

—Lamento mucho el comportamiento de Jeremiah —se disculpó en su nombre con cierta incomodidad—. Está pasando por una época difícil y ha entendido mal su relación con la señorita Blunt. Me ocuparé de que el rumor de disipe en cuestión de pocos días, no se preocupe por eso, lo único es que me gustaría preguntarle algo, lady Redfield.

Valerie dio un respingo, no esperaba que se dirigiera a ella, su relación con él era meramente cordial a pesar de haber coincidido con el conde en alguna ocasión. Su primer instinto fue mirar a su

esposo, que solo asintió con cierta desgana.

—¿En qué puedo ayudarlo, conde?

—Me gustaría saber cómo se encuentra la señorita Watts —se interesó con la preocupación visible en sus ojos, pero intentado ocultarla tras la faceta de hombre despreocupado al que solo le importaba el juego—. Desde su lesión poco se sabe de ella.

—No sale mucho de la mansión de los marqueses —comenzó a decirle con calma Valerie, recordaba lo mal que se había sentido cuando Marnie se encontraba en cama por la rotura que, según ella, sufrió por su culpa—, pero sus hermanas la atienden como si se tratara de una reina. Aunque, si quiere que le haga llegar algún mensaje, podría acabar con los desafortunados comentarios de su hermano cuanto antes: Olivia es una gran amiga de la familia, no me gustaría que se viera inmiscuida en ningún tipo de problema.

Bastian suspiró con pesar una vez más.

—Jeremiah se marchará un tiempo de la capital —anunció a pesar de la mirada de su hermano mayor—, ya lo hemos hablado y necesita respirar otro ambiente. Le agradezco mucho la información, pero lo haré yo mismo cuando crea que es el momento.

—Estoy segura de que le gustará saber de usted.

—Yo no estaría tan seguro. —Bastian acarició con suavidad su sombrero de copa, despidiéndose de los presentes—. Espero que tengan una buena mañana. Vamos, Jer.

—Por supuesto, *hermanito.*

Mientras el conde se marchaba con su hermano, amonestándolo por una decisión que no había tomado, Julian acarició con suavidad los hombros de su esposa en un gesto terriblemente orgulloso.

—Muy astuta.

—Sé bien los sentimientos que profesa por Marnie —susurró Valerie para que nadie más fuera consciente de ello—. Era la única

forma de que esto se quede en unos rumores de un hombre enfadado con el mundo.

—Se lo agradezco, lady Redfield. —Olivia agarró una de sus manos, madame Devereaux era la única que solía protegerla del mundo. Era una suerte de que Londres le proporcionara una amiga en la que confiar—. Es una suerte haber coincidido con usted.

—Por favor, nada de formalismos, puedes llamarme Valerie.

—De acuerdo. Gracias, Valerie.

—Vayamos a las barcas —dijo Tobias para captar la atención de ambas y olvidar lo sucedido cuanto antes—. Creo que Juls se ha ofrecido a remar.

—No he dicho nada al respecto —gruñó el duque mientras lo fulminaba con la mirada—. Siempre has alardeado de fuerza combatiendo con Asher Ward, quizá deberías hacerlo tú.

—¿Combatiendo? —repitió Olivia con cierta duda.

—A veces suelo boxear con un buen amigo —explicó el duque con desinterés. Su diestra se encargó de darle un par de golpes amistosos a Julian, que chasqueaba la lengua con cierta molestia—. Espero que no tengas intención de verme hacerlo: nada de Heartless.

Olivia se mordió el labio aguantando sus ganas de llevarle la contraria. Prefirió aferrarse a su brazo mientras caminaba en dirección al embarcadero.

—Si remas, quizá olvide lo interesante que me parece.

—Maldita seas, Olivia Blunt...

Capítulo 14

La vida para Tobias comenzó a ir mucho más lenta desde que los rumores de su futuro enlace pululaban por cada rincón de Londres. Era la primera vez en toda su vida donde sentía que, por fin, encajaba en un sitio. Y debería estar feliz. Olivia era una muchacha astuta que no solo tenía una educación impecable; adoraba la naturaleza, las ciencias y la literatura. No le importaba mancharse el vestido en los días de lluvia si tenía la oportunidad de acomodarse en el jardín delantero para palpar la hierba mojada. Parecía una princesita esculpida a base de normas, pero dentro de ella existía una mujer capaz de reducir el mundo a cenizas.

Y era justamente lo que había hecho con él.

Los suaves golpes en la puerta lo despertaron de su ensoñación. Llevaba un buen rato admirando la desnudez de Olivia a su lado. Empezaba a ser una dulce obsesión deslizar sus dedos por la figura de su futura esposa. Desde su cuello, el contorno de sus pechos hasta la amplia curva de sus caderas. Una vez que llegaba al final de su destino, apretaba su piel, ganándose un leve ronroneo por su parte; se removía, aferrándose a su cintura, y suspiraba aliviada.

«Sin duda podría acostumbrarme a esto», pensó él con el calma

grabada en la mirada.

—Milord —susurró Julie desde el exterior—, entiendo que estoy importunando su hora de descanso, pero Asher Ward se encuentra abajo esperándolo: viene acompañado por alguien.

—Enseguida salgo —dijo en un tono monocorde mientras se levantaba de la cama, no quería marcharse, pero las visitas del joven de los Ward solo avecinaban problemas.

Tobias se anudó sus pantalones a la cintura, cogió la camisola abandonada en el suelo tras su deliciosa *discusión* con Olivia y removió sus mechones castaños antes de descender las escaleras. Era posible que Asher estuviera molesto con él por haberse ausentado de sus sesiones de boxeo, pero su cabeza había estado demasiado lejos de desfogar la ira a base de puñetazos. Incluso podía asegurar que esa rabia que lo acompañaba desde niño estaba ausente desde hacía unas semanas.

Sin embargo, como todo momento donde empezaba a vislumbrar los retazos de una oportunidad, alguien decidía arrancárselo de las manos.

La mirada del duque no se centró en su buen amigo, sino en el acompañante que tenía a su lado: Rudolf Blunt, el hombre que le dio la bienvenida a las calles más oscuras de Londres.

—¿Qué está haciendo aquí? —preguntó Tobias a su amigo, que solo encogió los hombros en respuesta—. Creo que no he organizado ninguna reunión familiar.

—El señor Blunt le insistió a Dominic sobre cómo podía encontrarte —respondió Asher apoyándose en la pared en una mezcla de incomodidad y culpa—. No me han dado muchas opciones a negarme, amigo mío.

—En realidad no esperaba que nuestros caminos volvieran a cruzarse —comenzó a decir Rudolf con las manos entrelazadas a la

espalda. Tenía los rasgos propios de los Blunt: ojos claros y melena abundante, pero lo que más odiaba Tobias de él era la forma en la que arrastraba las palabras—, pero al parecer mi destino ha deseado cebarse conmigo. Además, los rumores acerca de un futuro casamiento con mi sobrina no te aseguraban un escondite.

—Jamás has tenido la decencia de darme una oportunidad, ¿por qué debería hacerlo ahora?

Rudolf lo observó con aquel halo ámbar en sus ojos verdes. Si no lo conociera demasiado le resultaría fascinante, pero era tan amenazante que tensaba cada uno de sus músculos.

—¿Ni siquiera vas a invitarme a que me siente? Supongo que no puedo esperar demasiado de un condenado bastardo.

Tobias no quiso contraatacar, sentía como su respiración comenzaba a acelerarse por momentos. No soportaba los desprecios, tampoco la destacable escala social que existía entre los miembros de la familia Blunt y él. Por eso, a pesar de su imponente altura, su intelecto y su silencioso deseo de encajar en sociedad, se sentía diminuto en aquellos momentos.

—Julie, si no te importa prepara un refrigerio para el señor Blunt —susurró con suavidad, esperaba que su labio inferior no temblara demasiado delante de los presentes—. No es necesario que envenenes su copa, sería una muerte demasiado triste para un segundón como él.

Rudolf no se atrevió a decir nada, tan solo siguió al duque hasta el salón con la misma prepotencia que recordaba cuando era niño. En su mente vislumbraba la fría mano de su madre, temblorosa por el desesperante invierno. Ambos se encontraban de pie delante de la mansión de Blunt que tenía cerca de Mayfair; su mirada dejaba claro la repugnancia que sentía hacia su visita y solo le hicieron falta unos segundos para darle con la puerta en la narices cuando le pidieron

ayuda.

—Espero que seas breve —dijo Tobias acomodándose en su sillón, levantó la pierna izquierda para ubicarla sobre la derecha—. Mi prometida espera que la haga brillar en el próximo baile, no que la esconda.

—El viejo pensaba que la muerte de la madre de Olivia supondría un antes y un después para la familia. —Rudolf aceptó la copa del ama de llaves, sin agradecimiento y con poca confianza; removió el líquido ambarino y lo degustó con simpleza—. Pero todos éramos conscientes de que una nueva mujer a la cabeza de los Blunt era una locura. Su muerte suponía un comienzo para mi esposa e hijos, incluso para mí... y el muy imbécil decide darte todo nuestro patrimonio. Dime, ¿por qué exactamente?

El duque lo observaba con cautela, ya no era ese niño que rogaba por un poco de leche caliente para suavizar el dolor de garganta. La calle había enfriado sus sentidos, la muerte respirándole en la nuca le hizo prometerse que, si algún día sus circunstancias cambiaban, viviría de manera plena sin importar las consecuencias. Su madre lo había protegido con uñas y dientes hasta que las noches de frío cerca del Támesis fueron más fuertes que el amor por su hijo; lo abandonó con ocho años, sucio y lleno de piojos. Hasta que un día, sin apenas poder moverse y con el deseo de querer dar fin a su vida, Julie lo encontró para tratarlo como si fuera suyo.

—Supongo que una familia poco unida, con sus residencias en el extranjero, no era la mejor opción para sus tierras —respondió Tobias con simpleza—. Puede que no viera potencial en el esposo de su segunda hija. Me temo que no soy espiritista para saber el motivo, solo leí lo mismo que tú. Si has venido porque consideras que te debo algo, te aseguro que no es así: SilverWood es mía y no se demostrará lo contrario.

Rudolf bebió a tragantones los últimos resquicios de licor que quedaban en su copa, la molestia acentuaba sus cejas rubias, tanto que las arrugas se vislumbraban en su frente. Siempre había tenido un mal perder frente a la familia de su esposa, y cuando creyó que podría tocar el poder con sus propias manos, Tobias recibió lo que consideraba que le pertenecía.

—El viejo pensó que le debía demasiado a su difunto hermano mayor tras haberlo matado *accidentalmente* luego de conocer sus escarceos amorosos —gruñó con tanta molestia que se puso de pie —. Tu madre era una fulana que terminó viviendo de la caridad de los hombres que veían belleza en un cuerpo ya usado. Y tú solo fuiste el error de un duque con poder que no se sentía bendecido en su matrimonio.

—Blunt —advirtió Asher de pie, no había consentido acomodarse entre los presentes, pues la conversación poco tenía que ver con él —, cuidado con tus palabras. El origen de mi amigo poco dice de lo que puede hacerte ahora.

—Solo estamos hablando, Ward —se excusó poniéndose a su altura—, como parientes que llevan demasiado sin verse. Simplemente quería recordarle que la basura puede acicalarse, pero sigue manteniendo su origen, como bien dices. Pero ¿es suficiente un hombre de esa calaña para Olivia?

Las palabras de Rudolf fueron como un jarro de agua fría para el duque. Había hecho un gran esfuerzo para mantenerse alejado de Liv. No tenía intención alguna en interesarse por ella, pues creció teniendo unas carencias que solo quería solventar para sí mismo. Pero vivir con ella no solo despertó su frustración por desear quitarle la única estabilidad que tenía en ese momento, también fue su mayor diversión.

Fue feliz en cada una de sus discusiones. También las veces que

Olivia tomaba la decisión de ir a buscarlo como si así le perteneciera. Por eso, el tiempo había construido entre ellos una relación en la que el duque no consentía que nadie dijera una palabra más alta que otra sobre ella: le pertenecía e iba a ser su mujer.

Pero ¿y si el tío de su prometida tenía razón?

¿Y si merecía a alguien que estuviese a la altura?

Su corazón comenzó a latir demasiado deprisa, se levantó excusando la incomodidad que sentía con su visita para mitigar la ansiedad que le hacía dudar de toda decisión que había tomado hasta ese momento. Las dudas comenzaron a agolparse en su pecho, hacían eco en su mente hasta enquistarse en su cuerpo como una enfermedad.

—Soy suficiente hombre para...

—¿Para...? —repitió Rudolf con una sonrisa irónica en sus labios—. Admite que solo la has usado para no perder el patrimonio que una vez perteneció a tu padre. El viejo era tu tío y la culpa lo llevó a dejarte todo a costa de su propia familia. Pero toda mala acción puede repararse. Los hombres sin linaje cometen errores, pues son débiles ante el placer de la carne y el poder que jamás tendrán.

Asher deslizó la mirada de uno a otro, la tensión que emanaba del cuerpo de su amigo solo advertía problemas. Era consciente de que no perdería el control ante alguien que en el pasado lo había rechazado por ser bastardo, pero conocía a Tobias lo suficiente para saber que querría retroceder.

—Déjate de rodeos y expresa de una vez lo que estés dispuesto a decirme.

—Conozco a un caballero con una reputación reluciente para casarse con Olivia —anunció como si sus sentimientos por la heredera de los Blunt fueran una mentira—. Ya que tienes su tutela, quizá puedas enmendar tus errores cediéndole su mano. Oh, no te

preocupes si ya ha sido tuya. Es un gran amigo de la familia y la tratará como realmente se merece.

Tobias fue incapaz de contradecirlo, su cuerpo se mantuvo estático en el pasillo mientras lo invitaba a marcharse. Cada una de sus facciones fue esculpida sobre mármol, como las estatuas que tanto agradaban a los Ward. Lo único que lo diferenciaba de ellas era el calor que sentía en su piel, los desbocados latidos de su corazón y la rabia que contenía apretando los dientes.

—No tienes por qué ceder ante sus caprichos —Asher le dio un par de palmadas en la espalda—, solo desea hacerte caer una vez más.

—¿Y si tiene razón?

—Tobias —advirtió Ward, se alejó unos centímetros para mirarlo a los ojos—. Desde que ella está aquí tu vida ha cambiado. No buscas la experiencia más macabra para sentir, Olivia lo consigue con una simple sonrisa.

—Un vagabundo no es la mejor opción para una joven criada por todo lo alto, Asher.

—Ese niño quedó en el pasado.

—Está enquistado en mis pensamientos. —Tobias se alejó angustiado de su contacto. Cada una de sus pesadillas tenía que ver con el hambre, el rechazo de su madre, las veces que intentó limpiar chimeneas siendo niño, además de sus visibles deseos de acabar con su vida—. Me ahoga cada noche hasta hacerme tan débil como cuando tenía ocho años. Una mujer no debería cuidar de mí como si tuviera que cicatrizar mis heridas, merece felicidad... la que perdió por la muerte de sus padres.

—Estás dejando hablar a tus miedos —advirtió Asher con cautela, quiso acercarse una vez más para zarandearlo, pero los ojos grises de Tobias le advertían que debía marcharse—. Acabarás con los

resquicios de felicidad que has conseguido.

—Quizá, yo...

—¿Tobias?

La voz de Olivia provocó que su piel se erizara. Poco a poco giró la cabeza hasta el final de las escaleras, donde la mujer de bucles dorados y camisón de satén buscaba el motivo por el que se había marchado de su cama.

—Vuelve a la alcoba, Liv.

La muchacha deslizó la mirada hacia Asher, al que saludó con una breve inclinación de cabeza, lo suficiente para recordarse a sí misma que su decoro había quedado en la segunda planta. Pero lo que más intrigaba a Olivia era que el hombre del que se había enamorado no tenía la valentía de mirarla.

—He acordado con Susan para prepararme para ir al baile en unas horas.

—No iremos —contestó tajante—, no habrá baile para nosotros.

—¿Ha ocurrido algo para que el evento se posponga? —preguntó ella con duda, decidida a descender los primeros escalones—. ¿Susan se encuentra bien?

—Era un encuentro para los más allegados, pero me temo que Dominic no recordó que teníamos unos asuntos pendientes. —Sonrió Asher de manera incómoda—. Debo marcharme para saber si mi hermano no me está maldiciendo como de costumbre. Tobias. Olivia. Espero que nos veamos pronto.

El silencio que envolvió a SilverWood era tan incómodo como asfixiante. Liv no entendía bien qué estaba pasando, era como si se hubiera despertado en una realidad desconocida donde Tobias estaba tan lejos de ella que ni siquiera se molestó en esperarla al final de las escaleras.

—¿Puedes volver a la cama conmigo, por favor? —susurró en una

súplica de la que más tarde se arrepentiría.

—Ahora no, Olivia, hay unos asuntos que debo atender.

Cuando el duque desapareció de su campo de visión supo que las agujas del reloj habían vuelto a moverse en su contra. Tobias no solía utilizar su nombre completo si no quería asegurarle que su presencia le molestaba, o que quizá no era lo suficientemente buena para él. Preocupada, se dejó caer en el salón; abrazó su pequeño cuerpo y rezó por volver a la realidad. Pero, por más que pasaba el tiempo, jamás llegaba.

Capítulo 15

Olivia se encontraba sentada en su sillón favorito de la biblioteca. Su postura era erguida y sofisticada, poco tenía que ver con la de la noche en que el duque aferró sus muslos como si ya le pertenecieran. Entre sus manos descansaba una supuesta taza de humeante té, que tras las horas que llevaba en la misma posición se habría enfriado.

El silencio que emanaba la estancia le permitía oír el crujido de las estanterías, el ligero repiqueteo que provenía de los pasillos y el tintineo de sus uñas sobre la porcelana que mantenía entre sus palmas. Todo sería perfecto si Olivia no sintiera tanto pesar por la oscuridad. Su desesperante mutismo la arrastraba de lleno a sus recuerdos de niña, donde nadie quería decirle que se había quedado sola en el mundo. Y que a pesar de ser la siguiente heredera, nadie esperaba nada de ella.

—Señorita Blunt —susurró Camille cuando entró a la biblioteca—. Es la hora de la cena, ¿le gustaría tomar algo caliente?

—¿La hora de la cena? —repitió volviendo a la realidad. Movió el cuello con ligereza hasta ver como su ayudante de cámara la observaba con preocupación—. ¿Qué dije de los formalismos?

Además, acabo de sentarme hace nada a desayunar.

—El tiempo pasa y ya es de noche.

«¿Cómo es posible que haya perdido las horas sin darme cuenta?», pensó con cierta incomodidad, pues odiaba no disfrutar de cada instante de la vida.

—¿Tobias ha vuelto?

—Me temo que no, Olivia. —Camille le regaló una reconfortante sonrisa, acortó la distancia hasta el sillón para colocar la diestra en su hombro—. Pero lo hará. Un hombre siempre vuelve a casa. Es un niño asustado cuando enfrenta al mundo y tiene su lugar aquí.

—Lleva tres días fuera. —El tono de la joven se resquebrajó más de lo que le habría gustado. Derrotada, se pellizcó el puente de la nariz intentando ordenar sus pensamientos—. ¿Había alguien más en la casa aparte de Asher Ward?

—Según me comento Julie, el ama de llaves, iba acompañado de Rudolf Blunt, el hermano de su madre. —Carraspeó al percatarse de que había dejado de tutearla—. No ha querido decirme nada de la conversación que tuvieron.

«Si mi tío pretendía reclamarle a Tobias como lo hice yo, habrá crispado su humor. Pero si está molesto solo con él, habría vuelto a casa», divagó Olivia en silencio con el único deseo de descubrir una verdad que se le escapaba de las manos.

—¡Esto es fantástico! —exclamó ella con frustración, levantándose del sillón—. No puedo seguir esperando como si necesitase una orden de un hombre para tomar mis propias decisiones.

Odiaba cuando la excluían de todo problema relacionado con su familia. Ya no era una niña que necesitase ser protegida por sus padres. Su abuelo le había dejado claro que quiso esconderla lejos de Londres para que jamás descubriera que todo su patrimonio era para Tobias. ¿Acaso no había demostrado lo temeraria que podía

llegar a ser por todo lo que le importaba?

—Entiendo la molestia que puedes sentir —Camille tanteó la situación con su señora, habían crecido juntas y sabía que cuando Olivia caía en su pozo de frustración le costaba demasiado emerger —, pero no podemos controlarlo todo. Aunque suene complicado, una vez que nos unimos a alguien dejamos de pertenecernos a nosotras mismas por completo.

—Eso implica sufrir por la cobardía de otra persona, y madame Devereaux me enseñó que si permitimos que nos toquen una sola vez, las cicatrices nunca volverán a cerrar —suspiró abrazándose en silencio a todos los principios que le habían enseñado desde que tenía uso de razón—. Si lo tuviera delante, le diría sin ningún tipo de gentileza lo muy...

—¿Que estás enamorada de él?

—No sería mi confesión más prioritaria en este momento —dijo Olivia bajito—, pero serían mis últimas palabras si ese maldito duque decide abandonarme de esta manera.

Camille soltó una pequeña carcajada, si fuera aún la niña que seguía a su joven señorita la habría abrazado, pero tan solo permaneció a su lado mientras la veía pasear de un lado a otro de la biblioteca mientras maldecía a Tobias Blunt.

—Preparo la capa, ¿no es así? —suspiró con las manos entrelazadas sobre su vientre—. Estoy segura de que si insisto, en la cena me fulminarás con la mirada.

—Y un carruaje —añadió decidida con el dedo índice alzado y sus finas cejas fruncidas—. Si pretende huir de mí tras haberme invitado a su lecho, está de lo más equivocado.

Tobias la había amonestado en más de una ocasión por aparecer en el club de caballeros más codiciado de la ciudad. Pero tras haber

visitado al duque de Redfield y haber lidiado con las aburridas excusas de Asher Ward en el Green Horse, la taberna que solían frecuentar, sabía que le encontraría allí. Así que toda discusión y molestia del duque cayeron en saco roto cuando ordenó al cochero que se detuviera a unos metros de la entrada.

Olivia se apeó del carruaje oculta bajo la capa de terciopelo gris que escondía su larga cabellera dorada. La noche contaba con una incómoda bajada de la temperatura, por lo que se abrazó a sí misma para no perder por completo el calor de su cuerpo. Caminó decidida hacia la puerta, si algún caballero intentaba detenerla le advertiría que Tobias Blunt le mostraría los dientes.

Decidida a interrumpir la calma que existía en el interior del club, el miedo detuvo sus pasos a pocos segundos de cometer una locura. Ya había tenido problemas con Jeremiah O'Kelly, que la juzgó sin ni siquiera importarle su procedencia, pero si se mantenía al margen, la distancia que empezaba a alzarse entre Tobias y ella sería mucho más duradera.

«Tienes que entrar, Liv. Tienes que demostrarle que, desde que llegaste, no has tenido el pensamiento de perder nada», se dijo a sí misma para regalarse algo de valentía.

Pero sus pequeños pies no se movieron. Incluso cuando los hombres que pasaron por su lado la llamaron «maleducada» y se hicieron paso en su zona de confort. Frustrada, se llevó una mano al pecho, tarareó mentalmente una de las nanas que su madre cantaba para calmar su llanto y esperó que el temblor de su cuerpo desapareciera.

—¿Puedo ayudarla, milady?

Olivia dio un pequeño respingo, no conocía al hombre que se encontraba a su lado. Era alto, de cabello rubio ceniza y unos ojos ámbar que solo podían avecinar problemas. Pero lo que más la

sorprendió fue que su chaqueta descansara en su hombro izquierdo y en su diestra mantuviese un puro humeante.

—D-deseo entrar —susurró de una manera poco convincente—. Necesito hablar con el duque de Dorset.

—¿Es consciente de que es un club exclusivo para caballeros? — Su pregunta no esperaba respuesta. Era tan punzante como el filo de una daga. Se llevó el puro a los labios, disfrutando con tanta elegancia del humo que parecía besarlo con delicadeza—. Si los Ward descubren su pequeña aventura, no importará quién la proteja, pues la destruirán en mil pedazos.

Olivia abrió la boca, pero prefirió mantenerse en silencio durante unos largos segundos para recomponerse de la fiereza que transmitía. No conocía a aquel hombre, pero podía asegurar que tenía el poder suficiente para acabar con su vida. Dudosa, dio unos pasos en su dirección; elevó ligeramente su mentón y susurró:

—Entiendo que mi presencia suponga un problema para su diversión y la de sus amigos —comenzó a decir con cautela—, pero si algo me enseñaron es que las palabras de un hombre carecen de validez cuando resultan amenazantes. Si tanto le preocupa que cause un problema, podría acompañarme dentro.

El caballero elevó su sonrisa lo suficiente para mostrar su diversión, su boca mantuvo el puro para poder acariciar el mentón de aquella mujer atrevida que estaba dispuesta a entrar en sus dominios.

—¿Cómo se llama?

—Olivia Blunt.

Un destello de curiosidad brilló en la mirada ámbar del hombre, su interés en su pequeño placer desapareció cuando dejó caer el puro al suelo y le ofreció el brazo.

—La acompañaré, señorita Blunt.

Olivia elevó una de sus cejas, esperaba una pequeña presentación, aunque no pareciese una persona de muchas palabras.

—¿Desea venir conmigo y no me dice su nombre? Me temo que no soy la única que no recuerda bien su lugar.

—Es usted una joven de lo más interesante —se atrevió a decir; por eso, el caballero no dudó en tomar su mano izquierda, dejándole un ligero beso en ella—. Lamento mis malos modales: mi nombre es Dominic Ward, milady. Aunque le permitiré llamarme Dominic solo por hacerme la noche un poco más intrigante.

Olivia ocultó su asombro. Dominic, el hermano mayor de Susan, pocas veces se dejaba ver entre la multitud. Decían que era un hombre despiadado, que tomaba decisiones caprichosas solo con el fin de llevar la razón. Nadie mencionaba nada de que fuera un mal amante, pues el dinero era suficiente para conseguir el silencio que tanto le agradaba.

—Por fin lo conozco, señor Ward. —Tomó su brazo con educación y elegancia—. Empezaba a pensar que su existencia era solo un mito.

—Es una suerte que Londres considere que no soy de carne y hueso —susurró complacido—. Es mucho más sencillo caminar entre la multitud si el mundo te tiene respeto.

—O miedo —añadió Olivia.

—Eso es, querida.

Esa noche el Heartless guardaba más silencio que de costumbre. Los caballeros que repudiaban sus lechos durante esa noche tomaban algo fuerte mientras jugaban a las cartas. Entre los presentes le pareció ver a Bastian O'Kelly, nervioso y con una mano dudosa que exponer ante los amigos que lo acompañaban. Buscó a Tobias entre

ellos, pero ni siquiera su interés por las apuestas era suficiente para sentarlo en aquella mesa.

Olivia lo interceptó en una mesa cerca de las escaleras que daban a la segunda planta. Tenía el cuerpo encorvado, una copa en su diestra y suspiraba de manera seguida, como si estuviera teniendo una conversación que le molestaba en demasía.

—Blunt —saludó Dominic con simpleza—, tu futura esposa te está buscando.

Tobias elevó el mentón para encontrarse con la diversión del heredero de los Ward en sus ojos, mientras que los iris plateados del duque amenazaban con resquebrajarse en mil pedazos.

—Nadie te ha pedido que la traigas, Ward —gruñó él intentando erguirse sin éxito, así que volvió a mantenerse agazapado sobre el bonito mantel rojizo que decoraba las mesas esa noche—. Además, Olivia no es nada mío.

—No es un asunto que me quite el sueño, pero ya que está aquí mi misión ha concluido. Espero que ambos tengan una buena noche.

—Gracias, señor Ward.

Una vez que se quedaron solos, y a pesar de las molestas miradas de los presentes, Olivia se mantuvo en la misma posición, esperando una explicación de su parte. Al ver que no recibía respuesta, ya que Tobias intentaba mantener el peso de su cabeza erguido, tan solo suspiró con cierta incomodidad.

—Volvamos a casa, Tob —comenzó a decir ella con cautela, no lo reprendería por haber bebido demasiado—. Es tarde y Julie está preocupada.

Al no recibir respuesta, su diestra acarició con suavidad la del duque, pero su reacción dejó una desazón desagradable en el corazón de la joven.

—¿Qué es lo que ocurre? —preguntó Olivia, insistiendo en un

nuevo roce que solo hizo que Tobias se levantara de la mesa tambaleante e incómodo—. No pareces tú mismo.

—No me conoces lo suficiente para saber cómo soy.

—Tobias —dijo su nombre con la delicadeza suficiente para poder acercarse a él—. Sé que no hemos comenzado con buen pie desde que llegué a Londres, pero prefiero que discutamos antes de que me mires así.

—No hay nada que debamos discutir —contestó tajante. Caminó hasta ella solo para rozar su hombro, como si poco le importara que fuera a buscarlo—. Todo lo ocurrido entre nosotros ha sido un error. No soy el esposo que buscas y soy consciente de que me he quedado con cada una de tus oportunidades de ser feliz. Pero... P-pero te prometo que corregiré lo que he hecho.

Olivia no daba crédito a lo que oía. Era como si su presencia supusiera un lastre para él. No solo rechazaba la oportunidad de ser algo más que amantes, sino que la deseaba lejos de él. Desesperada, agarró su muñeca para intentar que no se marchara, sabía que sería la comidilla de Londres al día siguiente, pero poco le importaba.

—Lo que ha ocurrido entre nosotros es real.

—Ha sido la necesidad de dos personas que se encuentran solas —corrigió Tobias manteniéndole la mirada—. No soy el duque que buscas, Olivia. Te libero de nuestro compromiso. Te libero de un hombre como yo. Ya está todo atado para que tu prometido llegue a Londres en unos días y será él el que te dé lo que necesitas.

—¿Prometido? —El nudo que atravesaba su garganta apenas le permitía respirar. Esperaba que Tobias se riera como de costumbre, así podría propinarle un tortazo por haber herido sus sentimientos, pero lo decía totalmente en serio—. ¿Tu miedo al compromiso ha hecho que me deseches, Tobias Blunt?

Las lágrimas se agolpaban en sus ojos verdes, podía suplicarse a sí misma que no besaran su rostro para calmar el dolor de su corazón. Pero era imposible. No era la primera vez que había lidiado con aquel escozor en sus entrañas, que apenas le permitía respirar. Revivía una vez más el abandono, el luto por la muerte de sus padres y el no ser suficiente para llevar las riendas de lo que siempre había amado con todas sus fuerzas.

—Yo no tengo miedo al amor, Livie —susurró con voz de queda—. Me aterroriza que te quedes a mi lado. Porque lo único que me importa en esta vida soy yo mismo. Y en esos pensamientos no hay lugar para ti.

Tobias se soltó de su agarre con brusquedad, dejándola sola en un lugar inapropiado, una vez más, para una muchacha como ella.

Capítulo 16

Los días que siguieron a aquella conversación perdieron color para Olivia. Aquel matiz divertido, donde enfrentaba la mirada penetrante de Tobias, había quedado demasiado atrás para buscarle explicación, o echarlo de menos.

—Anímate, querida, el desamor es parte de la vida —la amonestó madame Devereaux, sosteniendo su brazo mientras paseaban por la ciudad—. Aunque creo recordar que los sentimientos poco tenían que ver con tu visita a Londres.

Elodie Devereaux llevaba pocos días en la ciudad. Se hospedaba en Redfield Hill House por cortesía de Julian Redfield. Su visita tenía que ver con el nuevo prometido al que conocería esa misma tarde, y de solo pensarlo le temblaban las piernas. Era fácil tener un objetivo, como cuando pisó semanas atrás Londres por su cuenta y se estableció en SilverWood para reclamarla como suya. Pero, en ese momento, no se sentía la Olivia que quería conseguir lo que deseaba sin importar los límites. Era una mujer perdida en una espiral de confusión de la que no podía escapar. Por más que buscaba respuestas a sus preguntas, estas jamás llegaban.

Porque se había enamorado del hombre que la miró como a una

igual y no como a una niña perdida.

—Mi intención al venir aquí era recuperar el legado de mis padres —aseguró Olivia, aferrándose al agarre de la baronesa como si buscara el consuelo de una madre—, pero el tiempo me ha demostrado que una sola mujer no puede cambiar el mundo, solo puede moldearlo a su antojo para poder ser feliz.

—¿Y lo eres en estos momentos?

—Me temo que no —suspiró con un pesar que tuvo que esconder entre alguna que otra sonrisa cada vez que alguien la observaba con desdicha y pena—. Estoy decepcionada por la cobardía del duque. También lo estoy porque tu presencia aquí es solo para prepararme para mi futuro esposo.

Desde que su noviazgo con Tobias había llegado a su fin, la sociedad se preguntaba cuál era el defecto que le habría hecho repudiarla. En ocasiones oía que se debía a su falta de modales. Otras que el propio duque no estaba preparado para atarse a ninguna mujer y por ello huía de la soga invisible que suponía el matrimonio. Pero allá lo que fuera que se tejiera a su alrededor, volvía a ser la pequeña Olivia Blunt que no encajaba en ningún lugar: era más fácil acomodarla tras una vitrina de cristal antes de oír lo que deseaba.

«Quizá esto sea lo mejor para ti, Livie», se dijo a sí misma intentando recobrar las fuerzas que había perdido.

—Nada me gustaría más que volvieras conmigo a Burdeos —susurró con un ápice de ternura Elodie, deteniéndose delante de la cafetería en la que se reuniría con aquel desconocido—, pero no tengo el poder suficiente para hacerlo. Han pasado demasiadas cosas en tu estancia aquí y solo puedo ser un apoyo.

La madame se inclinó sobre el blanquecino rostro de la joven y depositó un tenue beso en su frente. Cuando su buen amigo, el

anterior duque de Dorset, le rogó porque cuidara de Olivia lo vio como un favor, pero durante los años que la tuvo a su lado no fue una invitada más en su *château*: fue la hija que jamás tuvo.

—No soy una cobarde —susurró Olivia con un ápice de orgullo en su voz. Agradeció en silencio aquel dulce gesto y controló sus ganas de abrazarla—. Si mi destino me pone a prueba, le aseguraré que puedo ganarle.

—Esa es mi niña.

—Solo una cosa más antes de despedirnos. —Elodie acomodó los rizos dorados de Olivia detrás de sus orejas, echó un último vistazo a la joven para asegurar que estaba perfecta para el encuentro—. ¿Conocías la existencia de Tobias cuando escuchamos el testamento?

—Me temo que no —contestó ella encogiendo los hombros—. Sabes tan bien como yo que la familia Blunt destaca por tener herederas. Si la presencia de Tobias hubiera sido visible para todo el mundo, no te habríamos preparado para tomar las riendas de SilverWood, sino para ser buena esposa.

Sus palabras le provocaron un ligero pellizco en las entrañas. La sensación dejó escozor en su interior, como si hubieran presionado lo suficiente para dejarle una herida que le costaría sanar. Olivia humedeció sus labios, dirigió una fugaz mirada al interior de la cafetería de tonos verde manzana y centró su atención en Elodie, que intentaba contener su preocupación. Pero lo que más la inquietaba era que Tobias y ella compartieran el apellido, que él jamás existiera para los Blunt, además de su doloroso rechazo hacia ella.

«Puedo empezar desde cero, nunca he necesitado a un hombre para hacerlo».

—Agradezco todo lo que has hecho por mí durante los últimos

años. Soy consciente de que nuestros caminos terminarán por separarse por completo, pero me gustaría que el barón y tú os quedarais hasta después de la boda, como si...

«Como si fuerais los padres que han estado a mi lado», quiso decir, pero las palabras se aferraron a sus cuerdas vocales y no se molestaron en salir.

—Mi niña —susurró con ternura la baronesa, acomodó las palmas de sus manos en las mejillas de Olivia—. No es algo que tengas que pedir y te ruego que no llores. Todo estará bien.

—No, porque no es él.

—Date la oportunidad de conocerlo; la última palabra, a pesar de lo que te han ordenado, la tienes tú.

Con un breve asentimiento, Olivia atesoró los dichos de la baronesa. Jamás nadie le había expresado lo que debía hacer. Era cierto que agradeció toda instrucción por parte de Elodie durante su niñez y adolescencia, pero jamás permitiría que una decisión tomada por miedo la llevara al borde del abismo.

Cormac Anderson era un caballero inglés con sangre escocesa. Su padre era conocido por su papel activo en el parlamento a favor de los *tories*. Además, poseía tierras en el norte de Escocia debido a su matrimonio con una mujer de cabellos rojizos que le arrebató el corazón cuando era joven. Se decía que los términos entre ellos eran algo tambaleantes debido a sus idas y venidas a la capital británica, pero era tan respetado como temido. En cambio, su hijo destacaba por su astucia en los negocios y su deseo de labrar sus tierras por sí mismo. Pocas veces se lo había visto con alguna debutante del brazo, y con sus treinta y seis años cumplidos empezaba a crear cierta extrañeza en la sociedad londinense.

Olivia lo vio sentado en el fondo de la cafetería, para todo el

mundo pasaba inadvertido a pesar de los destellos rojizos que destacaban de sus cortos mechones. Su rostro reflejaba tranquilidad y quizá estaba sumido en unos pensamientos que ella jamás conocería, pero tan solo sonrió. Porque la culpa de estar delante de otro hombre no era de ninguno de los dos, sino del caballero que se escondía lejos de SilverWood.

—Usted debe ser la señorita Olivia Blunt. —El hombre tomó su diestra para depositar un suave beso en el dorso de su mano. Fue sencillo, sin ningún tipo de doble intención—. Comarc Anderson, milady. Imagino que nuestro encuentro supone cierta incomodidad para usted.

—¿Soy la única en sentirse así?

Él no contestó a su pregunta, tan solo retiró la silla para que pudiera sentarse. Después, volvió a su lugar para disfrutar del café que había dejado a medias. A pesar de la ligereza con la que se movía a su alrededor estaba muy ausente, como si los bucles dorados de Olivia no supusieran ningún tipo de belleza para él.

—La verdad es que no soy demasiado bueno en las conversaciones —comenzó a decir Cormac rompiendo aquel silencio, poco le importó si deseaba un refrigerio o si quería irse a otro lugar —. Mi vida siempre ha girado en dirección a mi familia y lo único que puedo decirle es que a mi lado no le faltará de nada. Los Anderson tenemos un amplio patrimonio. Contamos con tierras a las afueras de Londres y Escocia, varias casas y una excelente reputación.

Olivia contuvo su deseo de bostezar. Agradecía que el discurso que había ensayado, porque así le parecía, fuera tan motivador y asegurara su bienestar. Pero en sus palabras no había un futuro entre ambos. Tan solo serían dos personas que tenían un pacto silencioso, donde ella engendraba hijos y él trabajaba en sus tierras.

—¿No desea conocerme?

—El tiempo me lo permitirá —respondió con una tenue sonrisa, se rascó la nuca, inquieto—. Verá, la gente empieza a especular cosas sobre mí que tienen que ver con mi hombría. Necesito callar los rumores antes de que afecte a mi familia: mi madre se encuentra en tierras escocesas y suficiente tiene con lidiar con la ausencia de mi padre. No deseo dar problemas y más aún cuando soy su único hijo.

—Y sus planes para mí solo tienen que ver con sonreír y no levantar demasiado la voz.

—¿Tiene aficiones, señorita Blunt? —preguntó curioso.

—Adoro la libertad —admitió mientras se encogía de hombros—. He vivido a las afueras de Burdeos desde que era una niña. Madame Devereaux fue una gran instructora, pero también me permitía conocer la naturaleza de mi alrededor. Quizá, si tuviera que darle una respuesta más escueta, diría que me gustan la naturaleza y los libros.

—Podría centrar su vida en ello.

—¿Solo en eso?

Cormac enarcó una ceja sin comprender muy bien sus palabras. Toda mujer que había conocido deseaba hacer todo cuanto quisiera sin pedir permiso a su esposo. ¿Por qué ella mostraba su decepción?

—Es lo que cualquier señorita anhelaría.

Si no hubiera conocido a Tobias, un matrimonio sin amor le habría parecido de lo más estratégico. Ella misma se lo ofreció al duque solo para recuperar SilverWood. Pero dentro de su proposición existía la diversión cuando acortaba la distancia con él. También la ternura al abrazarlo de madrugada cuando sus pesadillas cobraban vida. E incluso la pasión cuando se atrevía a tocar su piel solo para reclamarla como suya.

No quería un matrimonio para cumplir sus caprichos. Deseaba uno donde pudiera danzar a través de todo lo inapropiado y ser feliz.

Y eso solo podía dárselo Tobias Blunt.

—Conozco la soledad, milord —dijo ella con cautela, sus dedos apretaban su falda bajo la mesa, para controlar sus emociones—. Me he hecho amiga de ella en tantas ocasiones que no me gustaría enumerarlas. Sé bien cuándo cojea y cuándo me hace perder la razón, por eso me niego a ser parte de su bonito aparador.

—Me temo que no está aquí porque tenga opción.

—La tengo si no le he dado el «sí». —Olivia ladeó la cabeza en un gesto tan inocente que poco decía de su carácter—. Lamento no conformarme con un final feliz sin contar con una historia que deje en mi vida la misma sensación. El luto por mis padres me ha hecho ser una mujer exigente que persigue lo que desea. Con esto no quiero decir que sea un mal caballero, pero no soy la pieza que necesita para recomponer su vida.

Cormac la observó largo y tendido. Era la primera vez en todos sus años en Londres que una mujer lo rechazaba por quererla a su lado como un bonito jarrón que exhibir. Olivia no parecía una cazafortunas. También se alejaba del conformismo que tenía toda joven de su edad tras haber sido de un hombre que la había rechazado; luchaba por lo suyo, sin importar lo inadecuado que fuera para los demás. Y, solo por eso, sintió cierto respeto hacia ella.

—Márchese —suspiró él derrotado. Su diestra acarició el puente de su nariz, regalándole a Olivia la imagen perfecta de sus pecas—, le diré a su protector que no ha aparecido en nuestra cita.

—Gracias, milord, pero no me supone un problema decírselo yo misma.

Capítulo 17

Debía ser fácil firmar un papel. Con él se marcharían todos los problemas que habían puesto a Tobias Blunt entre la espada y la pared. Se olvidaría de los malditos comentarios de Jeremiah O'Kelly acerca de su origen. Nadie nunca más le diría que era una horrible opción para una mujer. Pero para ello debía renunciar a su título como duque de Dorset.

En su última reunión con Rudolf Blunt habían llegado a la conclusión de que lo más acertado era rechazar la herencia de su tío. No volvería a las calles como cuando era niño y le dolía horrores la tripa por no haber comido durante días; recibiría una parte proporcional para poder comprar una pequeña casa a las afueras de Londres. Y, por fin, todo acabaría. La paz volvería a su cabeza, su divertida sonrisa sería un símbolo de su despreocupación. Sería feliz de una vez por todas... eso si Olivia salía de su mente.

Un nuevo suspiro repleto de frustración escapó de sus labios. No era un hombre al que le gustara hablar de su pasado. Desde que se había convertido en duque era como si jamás hubiese existido, incluso si meses antes del fallecimiento de su tío se encontraba haciendo algún que otro negocio de dudosa reputación. Pero cuando

uno debía sobrevivir, los límites de lo correcto y lo inapropiado se desdibujaban: el hambre, el miedo y la falta de cobertura de las necesidades básicas convertían a cualquier persona en un depredador sin raciocinio.

«Solo tienes que ceder la herencia y todo habrá acabado. Olivia tendrá un prometido respetable y tú vivirás hasta que las emociones no quepan en tu pecho», se dijo a sí mismo intentando convencerse una vez más.

La mesa de su despacho era un auténtico caos. Los papeles salpicaban por todos lados sin dejar al descubierto ni un retazo de la madera. Llevaba horas pensando en hacer lo correcto, pero no podía despegarse de las discusiones acaloradas que había tenido con su pequeña *inquilina.* Era incapaz de echar la mirada hacia un lado obviando lo mucho que le agradaba acariciar su piel cuando dormían juntos. Adoraba verla temblar cuando sus dedos se hundían en su sonrosada piel. Cuando sus gemidos se convertían en la melodía que quería escuchar a todas horas. Y, aun así, había roto su compromiso con ella y la había ofrecido a otro hombre.

«Muy valiente por tu parte, Tob».

Su mirada grisácea se centró en aquel documento que cambió su vida dos años antes de la muerte de su tío. Aún recordaba a la perfección la repulsión de Kevin, el abogado de la familia, al ver su atuendo. Ese día, el aspecto de Tobias no era el más decente del mundo. Llevaba un pantalón color beis de rizo en la cintura, que mantenía en su lugar con unos tirantes oscuros. La camisola que debía ser blanca tenía un color un tanto negruzco y sus mejillas estaban manchadas de carbón tras horas intentando desatrancar la chimenea de la diminuta casa de Julie.

—Es demasiado pronto para entregar los deseos de mi buen amigo. Más aún cuando ni siquiera ha muerto —repuso con molestia

Kevin—. Pero su muerte supone la llegada de una heredera que no está preparada y una culpabilidad que quiere reparar. Muchacho, aprovecha la oportunidad: al señor Blunt no le queda demasiado de vida. Permíteme instruirte para lo que está por venir.

—¿Por qué debería fiarme de un hombre que se esconde tras un traje y no ensucia sus manos? —repuso un Tobias un poco más joven—. Me he pasado la vida defendiendo el hogar que alguien que no es de mi familia me brindó. ¿Ahora debería ser feliz por recibir un título?

—El orgullo no hace a un caballero poderoso, sino imprudente —advirtió el hombre con cautela—. Así que me escucharás atentamente: te adecentarás y vendrás conmigo. Si no quieres verlo a él lo entenderá, pero debemos incluirte en sociedad antes de que sepan que eres...

—¿Bastardo?

—Así es. —Kevin desvió la mirada, como si esa palabra fuera demasiado grande para hacerle frente—. Lee el documento, te espero fuera.

—No sin Julie.

—¿Cómo dices?

—La mujer que me crio vendrá conmigo, y si no deberá indagar más aún en si existen más como yo.

Tobias desanudó el documento. Con mucho cuidado deslizó los papeles, como si temiera leer algo que ya sabía y, sin embargo, cada vez que recordaba cada una de sus palabras se maldecía por haber nacido; por ser el error de los demás.

A mi querido Tobias:

Sé bien lo mucho que debes odiarme en este momento. Tu vida se convirtió en una pesadilla por mis acciones. La

posición de un hombre en este mundo es tan tambaleante como en un tablero de ajedrez. Quizá por eso no controlé mis impulsos y cometí el peor crimen que puede existir: maté a mi hermano y lo hice por no seguir el plan que se esperaba de él. Mis decisiones hicieron que tu existencia fuera para mí similar a una maldición y deseo pedirte perdón.

Eres mi sobrino, el único que debería heredar SilverWood, incluso aunque tu origen provenga de una aventura.

Mi pequeña nieta es la siguiente heredera, pero está en Burdeos con unos amigos muy queridos de la familia. Aprovecha la instrucción de Kevin para ser el hombre exitoso que una vez fue tu padre. Y vive. Vive por todos los años que yo te arrebaté. Por todas las decisiones que no pudiste tomar. Pero, por favor, cuida de Olivia: su deseo de sentarse a la cabeza de la familia implica su anhelo de recuperar a unos padres que murieron. Será tozuda llegado el momento. Muéstrale que su cometido no es hacerte jaque a ti.

Frustrado, se pellizcó el puente de la nariz. Debía controlar a cada uno de los fantasmas de su pasado, mantenerlos a raya para esconderlos en la capa más oscura de su subconsciente. Cada vez que leía aquellas palabras sentía unas profundas ganas de zarandear a su tío. Por eso, en vida, jamás le dirigió la palabra, pues no creía que mereciera nada de él. Sin embargo, aceptó su lugar al lado de Bennedict solo para no volver a pasar penurias. Y como exigió, Julie, la actual ama de llaves, lo acompañó en su nuevo camino.

«Me he pasado años en el infierno para soltarlo por miedo a enamorarme, pero es justo lo que voy a hacer», pensó con un ápice de angustia y enfado consigo mismo.

—Tenías razón, no era lo suficiente puro para el linaje de los Blunt

—concluyó hundiendo la pluma en su tintero—: se acabó.

La puerta de su despacho se abrió de manera estridente. Tobias no se movió, tan solo enfrentó una mirada que conocía demasiado bien. A unos pocos metros de él, Olivia lo fulminaba con la respiración acelerada. Su pecho subía y bajaba desesperado, como si el aire amenazase con no volver a sus pulmones.

—Le he dicho que no lo interrumpa, pero como de costumbre ha creído conveniente hacerlo —Julie suspiró tras la joven, disculpándose de manera silenciosa—. Se marchará inmediatamente.

—No, no voy a hacerlo —intervino Olivia hecha un vendaval—. Deseo hablar con el duque ahora.

Él suspiró, sabía que no podía seguir ignorándola más tiempo. Si debía despedirse de ella para siempre era el momento idóneo para hacerlo.

—Yo me encargo, Julie, puedes marcharte.

—Si necesita algo, hágamelo saber.

La puerta se cerró tras el ama de llaves. Quizá no actuaba de la manera más convencional, pero Tobias agradecía que se preocupara por él.

—No voy a casarme con un hombre que no amo. —Olivia rompió el silencio con brusquedad, no tenía ninguna intención de tantear el terreno antes de comenzar la conversación—. Puedes ordenarme todo cuanto desees, pero no pienso acatarlo.

—Qué curioso, pues fuiste tú misma la que quería casarse conmigo por el legado de los Blunt.

Ella abrió la boca, pero la cerró de manera inmediata. Era consciente de que sus acciones eran de lo más contradictorias, pero no pensaba rendirse con facilidad.

—En ese instante la situación era diferente.

—¿Y qué ha cambiado, Livie? —preguntó con aquel tono

aterciopelado que tanto erizaba su piel. Tobias estuvo dispuesto a incorporarse de su asiento, pero prefirió no reducir a cenizas la distancia—. Soy el mismo hombre que hace unas semanas.

—El que amo, Tobias.

El duque gruñó en consecuencia. Era imposible que pudiera sentir un afecto real hacia él. Había hecho todo lo viable para alejarla de su lado, le recordó en incontables ocasiones lo limitadas que eran sus acciones con él cerca suyo. Y, sin embargo, Olivia no sentía ni una pizca de pavor en aproximarse a él. Las yemas de sus dedos acariciaban la mesa de madera; la rodeó con lentitud hasta llegar a él y se mantuvo de pie perdida en sus ojos grises tan propios de un depredador.

—A mi lado solo serás desdichada, te lo advertí cuando rompí nuestro compromiso. —Frustrado, echó la cabeza hacia atrás. Quizá si hubiera tenido una infancia mejor, no le habría importado apostar por aquella relación, pero no deseaba estropearlo todo debido a sus traumas—. Anderson necesita una esposa, su padre es parte del Partido Conservador. Tendrás una familia que te protegerá.

—Pero no me permitirá perseguirlo por medio Londres —explicó Olivia acomodándose a horcajadas sobre el duque. Él tragó saliva en consecuencia, maldiciéndose a sí mismo por reaccionar así cuando la tenía cerca—. Tampoco podré ser parte de sus aventuras en los clubs para caballeros, como hasta ahora.

—Yo tampoco lo permitía, pero has hecho lo que te ha venido en gana.

—Porque frustrarte es uno de mis pasatiempos favoritos, Tobias Blunt.

Una ligera sonrisa tiró de los labios del duque, que se permitió alzar su diestra en dirección a sus mechones dorados. Uno de los auténticos placeres que había vivido a su lado era disfrutar de la

suavidad de su cabello. Tirar de él, ganándose algún que otro gemido lastimero de su parte hasta atrapar sus labios para reclamarlos como suyos.

—Eres insoportable, Pastelito.

—Contigo, siempre.

Tobias se permitió enroscar su mano libre alrededor de la cintura de la joven, la estrechó contra su cuerpo, disfrutando del olor a azaleas que desprendía su piel. La echaría de menos y más aún cuando pensara que, por su culpa, era de otro hombre. Por eso se permitió abrazarla, el mundo no importaba fuera de aquel estudio. Tan solo existían ellos dos: sin miedos ni tapujos.

—Esa es la letra de mi abuelo —susurró Olivia, alejándole por completo de la tranquilidad que sentía—. ¿Por qué tienes una misiva suya?

Tobias no respondió, se dispuso a inclinarse con ella en su regazo, pero Liv se adelantó y tomó el documento entre sus pequeñas manos. Podía enzarzarse en una batalla con ella si lo deseaba, pero tarde o temprano descubriría la clase de hombre que era.

La mirada de la joven iba de izquierda a derecha. Leía cada frase de manera lenta y meticulosa, como si quisiera retener en su mente cada una de las últimas confesiones de su abuelo. Su fino rostro, siempre con aquel matiz sonrosado, perdió color al llegar al final de su historia.

Sabía que solo era un bastardo que heredó SilverWood por culpa de un asesino. Y que jamás la echó de la mansión porque aceptó una promesa de esa misma persona.

Los iris verdosos de Olivia se resquebrajaron en mil pedazos, lo último que deseaba era que sintiera pena por él. Tobias intentó levantarse de la silla, pero ella apoyó las palmas en sus hombros impidiendo su huida. Lo observaba con aquella mezcla de dolor y

alivio que debía tener un significado desconocido para él.

—Es por eso por lo que... Oh, Tobias, lamento tanto todo esto.

—No —contestó él, tajante—. No busques la parte que debes reparar en mi interior. Admito que soy el error de un hombre con una destacable posición. Por eso Jeremiah se enzarzó contigo. Estabas a mi lado, con una rata que no merece aspirar a una historia como la que tiene su buen amigo Julian Redfield.

—Me amas —susurró Olivia, uniendo la frente de él con la suya—. Lo sé, me defendiste de la maldita sociedad londinense cuando podrías haberla utilizado a tu antojo. Me quisiste a tu lado y aún lo deseas.

—Ya no.

—No es cierto. —El tono de la joven fue un poco más alto que anteriormente, tomó sus mejillas para impedirle aún más la huida—. ¿Estarías dispuesto a verme en los brazos de otro hombre? ¿Vivirías en paz sabiendo que mis hijos no serán tuyos?

—Basta.

—No. Aún me queda una estrategia contra ti y pienso utilizarla para que permanezcas a mi lado —dijo sonriente—. Deberías temblar, Tobias Blunt, pues esto no ha acabado todavía.

—No será lo suficiente fuerte para atarme a ti.

—Eso ya lo veremos. —Olivia ladeó la cabeza, victoriosa—. Hoy he conseguido que no huyas del despacho, ¿qué crees que pueda lograr mañana?

Capítulo 18

Olivia no era una mujer acostumbrada al sabor de la derrota. Madame Devereaux siempre le había aconsejado que lo más prudente era deleitarse con el gusto que dejaba una conversación en el paladar. La primera sensación era agradable. Quizá si matizaba podría recordarle a la suavidad del merengue acariciando sus labios. En aquella *fase* los intercambios de información eran triviales: saludos, presentaciones y fugaces intenciones.

El regusto amargo venía después. La muchacha lo había sentido tras depositar por primera vez los pies en la realidad. Cuando el mundo le sonreía, no con inocencia, sino con profundo desinterés.

Eso ocurrió la primera vez que Kevin, el abogado de su abuelo, visitó el *château* para dar la fatídica noticia de que había muerto. Olivia pensaba que ese momento marcaría un antes y un después a su vida: fallecería como niña y renacería como heredera.

Pero eso jamás ocurrió.

Lo único que supo a ciencia cierta fue que durante años había bailado un vals que jamás tuvo su consentimiento. Danzó y danzó en un mundo de hombres para el que se preparaba, pero en el que jamás sería escuchada.

—Esto es demasiado incluso para ti.

La voz de Elodie Devereaux mostraba el cansancio de una mujer que no podía doblegar a su pupila. Su presencia en Londres no había sido otra que comprobar, por sugerencia de Tobias Blunt, que su ahijada se encontraba en perfecto estado para casarse con otro hombre. Pero Olivia no era de las jóvenes que agachaban la cabeza y respetaban una decisión que tomaban por ella. Era decidida. Fresca y ligera como una pluma. Se movía bajo la brisa primaveral hacia donde veía conveniente y nadie podía pararla.

—¿Por qué? —inquirió ella con aquel tono angelical que solo veía la luz cuando tenía algo entre manos—. Siempre hemos hablado de la facilidad que tienen los caballeros de tomar todo lo que desean.

—Vivimos en un mundo que no nos pertenece en absoluto, Olivia.

—Lo sé —asintió con simpleza. Sus pequeños pasos la hacían similar a una muñeca que acababa de cobrar vida y buscaba su lugar en el estante más alto de la cómoda—. Alguien como yo no puede cambiar algo que requiere años y unión entre nosotras. Pero sí hay algo que puedo hacer al respecto.

—Dominic Ward no es un aliado —advirtió Elodie con el ceño fruncido, sus pendientes en forma de lágrima temblaban asustados en sus orejas—. Es un hombre peligroso y se lo conoce por su dureza, no solo con su familia, sino en el ámbito más pasional.

—Es un hombre que destila poder y yo solo lo necesito para utilizar la última carta que tengo sobre la mesa. —Los labios de Olivia se curvaron con una profunda seguridad—. No me desea a mí, solo quiere recordarles a sus socios que puede ser su suerte o su mano negra.

«Un hombre tiene el poder de exponer a una mujer. ¿Quién dice que yo no puedo poner entre la espada y la pared a un caballero que deseo a mi lado?», le había dicho con claridad al duque.

Tras su conversación con Tobias, Olivia había hecho todo lo posible para que Susan, su mejor amiga, organizara un encuentro con su hermano mayor. Su rostro repleto de asombro le aseguraba que no era una de sus mejores ideas, pero no había rechistado cuando le ofreció su hospitalidad y un encuentro con Dominic. A este no le sorprendía que quisiera utilizarlo en su beneficio, pero se mantuvo callado tras la mesa de su despacho, con las manos entrelazadas mientras centraba su atención en la ventana. Destacaba por su rostro cincelado, su mentón en forma de uve y sus pómulos esculpidos bajo las caricias de los mismísimos dioses griegos.

—Si el mundo fuera más justo con jóvenes como usted, señorita Blunt, ya estaría a mi lado en más de una reunión. Es mucho más interesante que cualquier caballero que calienta la silla de mi consejo privado —había dicho Dominic de manera lánguida y pausada—. Pero le aseguro que no soy la estrategia de nadie. Si accedo solo será porque regentará SilverWood y podré tener una parte de sus tierras que me interesa en demasía. ¿Puede exponerse delante de todo el mundo por un pequeño capricho que deseo?

—Cuando tus decisiones afecten a terceras personas lamentarás el camino que has elegido —advirtió Elodie con un ligero tono de decepción en su voz—. No digas que no te lo avisé.

Los bailes que organizaban las hijas de los Ward en la mansión que tenían a las afueras de Londres destacaban por no ser accesibles para todo el mundo. Su invitación no podía pedirse, sino que el consejo privado de la familia elegía quién tenía el privilegio de vivirlas. Normalmente, una parte de lo que ocurría allí llegaba a oídos de todo aquel que no había tenido la suerte de vivir su prestigio. Y se mezclaban la ira por haber sido despachado y la ansiedad de poder ser el próximo afortunado a toda costa.

Ireth, la más pequeña de los cinco hermanos, era la que se encargaba de la temática de cada celebración. Esa noche había olvidado por completo que los Ward utilizaban las rosas blancas para recordarle a la capital británica que eran los más cercanos a la realeza. Esta vez se decantó por los tonos rojizos, que eclipsaron la pureza del gran salón con su color. La larga mesa rectangular se ausentó en aquella ocasión para permitir a los invitados danzar a sus anchas mientras disfrutaban de un vino afrutado o un poco de licor. Los largos vestidos de las jóvenes, que mostraban sus encantos en busca de un futuro marido, aminoraban el ritmo debido a la cantidad de pétalos que Susan había ordenado echar sobre la alfombra y se arremolinaban en la cola de toda señorita que eligió un atuendo mucho más voluminoso. Las cortinas de terciopelo habían tomado la misma tonalidad, pero sus detalles resplandecían por el dorado de la cintura.

Y no solo eso.

En el primer descanso de la escalera que conducía a las habitaciones, se encontraba una pequeña orquesta donde Susan, Asher y Landon acompañaban con el violonchelo, el arpa y la trompeta. Susan acariciaba con lentitud las cuerdas del arpa, como si de ellas escapara una historia sin voz que la familia Ward jamás admitiría. Los graves del violonchelo ofrecieron la tristeza y amargura de una familia que no mostraba sentimientos, porque así lo estipulaba Dominic, pero se dejaban llevar por la música como si fuera la única libertad que tenían.

—Olivia —dijo una última vez Elodie. En lo más alto de la escalera, el patriarca de la familia descendía la escalinata, decidido y con su gesto impenetrable—. Es tu última oportunidad. No deseas casarte con un hombre que no conoces, pero podemos volver a Burdeos y...

—«Una vez que el hombre que amas desee marcharse, recuérdale

que su corazón es tuyo» —recitó ella haciendo caso omiso a las advertencias de la mujer que la cuidó como hija suya—. Es mi última estrategia. Si no consigo derrotar a Tobias con ella, entonces volveré a casa y todo lo ocurrido en los últimos días jamás habrá existido.

Las palabras de Olivia habían quebrado la impenetrabilidad que protegía el corazón de Tobias. Por más que intentaba encontrar el motivo exacto de cómo era posible que su coraza se resquebrajara incluso al no tenerla cerca, solo encontraba un motivo: él la amaba mucho más de lo que quería admitir.

Cada vez que cerraba los ojos, sus manos volvían a la calidez de su cuerpo. A su ceño ligeramente fruncido cuando deseaba más de él de lo que jamás esperó darle. Rememoraba cómo se había atrevido a sentarse a horcajadas sin ningún tipo de decoro y le advertía que conseguiría todo aquello que esperaba de él.

Estaba perdido. Tenía la garganta seca de la cantidad de veces que buscaba un ápice de aire en sus pulmones y no era capaz de encontrar más allá que una ligera bocanada. El miedo a no ser suficiente para una joven nacida en cuna de seda lo atormentaba tanto que habría preferido que Elodie Devereaux se la hubiese llevado a rastras. Pero no. Olivia seguía acampando a sus anchas recordándole a todo el que la conocía que no quería al mejor partido de Londres: lo quería a él.

Tobias se hizo paso entre la multitud. No había hecho su mejor elección en cuanto a atuendo. Era la primera vez en todo el tiempo que llevaba siendo duque que no tenía ninguna intención de ser parte de un evento de aquella categoría. Pero allí estaba. Porque no podía negarse a la fingida amabilidad de Dominic Ward. Y mientras se lamentaba por haber elegido un traje verde bosque que le hacía parecer un tallo en busca de sus propios pétalos, detuvo sus pasos

cerca de la escalinata que daba a la primera planta.

Y la vio.

Con un vestido que acentuaba sus caderas más de lo estipuladamente necesario, en un tono gris perla que la hacía tan etérea como las princesas de los cuentos tradicionales. La forma del pecho proporcionaba unas vistas de su cremosa piel; del maldito lunar que asomaba por su clavícula y que más de una vez había besado en los últimos días. Las mangas se adherían a sus brazos de forma translúcida, invitando a la imaginación del duque. Pero lo que dejó sin aliento a Tobias no fue que sus largos bucles rizados cayeran por sus hombros, sino que su mano y la del mismísimo Dominic estuvieran entrelazadas.

¿Por eso lo había invitado el malnacido?

El baile dio comienzo cuando el duque tocó el último escalón. Todo estaba preparado meticulosamente para que su presencia tuviera el suficiente poder para seguir con la celebración. No solo sus hermanos actuaban de manera autómata ante sus decisiones. Los invitados, ligeramente sonrientes, se reunían en el corazón de la pista para danzar a su alrededor, haciéndolo tan intocable como podía serlo un monarca.

Pero no fue eso lo que crispó los nervios de Tobias, sino cómo el mundo podía seguir girando sin su presencia.

«¿Vivirías en paz sabiendo que mis hijos no serán tuyos?», le preguntó Olivia en su despacho.

¿De verdad podría hacerlo?

«Es imposible, moriría antes de poder mirarla como si nunca hubiera sido mía», pensó consternado.

Por primera vez en mucho tiempo, olvidó el decoro que debía tener en un baile de ese tipo. Le importó poco que los engranajes de los Ward se detuvieran por su culpa. Si tenía que acariciar una vez

más el infierno, que no fuera sin haber arriesgado todo lo que le daba seguridad.

Damas y caballeros giraban a su alrededor, felices en un sueño que ni siquiera le parecía perfecto. Porque empezaba a ser consciente de que podría vivir el suyo si reducía a cenizas sus barreras para siempre.

Tobias se mantuvo en el centro de la pista de baile sin apartar los ojos de Olivia. La veía girar sonriente, como era ella cada vez que las emociones se clavaban en su piel, y antes de que pudiera volver a los brazos de Dominic, tomó su diestra y la atrapó contra su cuerpo.

Ella, aturdida, levantó la cabeza. Se había dejado llevar por la música sin ser consciente de que el duque de Dorset, el hombre que amaba, caía dócilmente en la trampa que tejió con paciencia. Pero Olivia, antes de poder decir nada, esperó que la música cayera en un profundo mutismo y que las miradas de todos los invitados recayeran sobre él.

—No puedo dejar que te marches —susurró Tobias con un ligero temblor en su tono de voz—, si lo hiciera jamás me lo perdonaría. Si estuve perdido una vez, sin ti no tengo posibilidad de volver a emerger a la superficie. Perdóname por ser un cobarde, Livie. Dame la oportunidad de ser tu marido, incluso si debo estar a tu lado mientras gestionas el lugar que mi tío quería para ti.

Olivia se mantuvo en silencio. Era difícil permanecer impenetrable mientras en silencio rogaba a sus lágrimas que no afloraran. Por primera vez en mucho tiempo, nadie la quería a su lado para esconderla en un rincón: la deseaban con su fortaleza y el deseo que siempre tuvo de niña.

—Por fin te atrapé, Tobias Blunt.

El duque parpadeó confundido. Abrió la boca, dispuesto a recordar cada una de las palabras que le había dedicado. Incluso vio un

atisbo de pavor en sus ojos grises, como si temiera haber dicho algo que no tenía en mente.

—¿C-cómo dices?

—He derrotado a tu orgullo —comenzó a decir ella. Alzó una de sus manos para acariciar su mejilla derecha y rio entre lágrimas—. Me ves sin importar quiénes somos ni de dónde provenimos. Te dije que mi última estrategia te haría caer ante mí.

—Espera un segundo, no me digas que todo esto ha sido...

Los aplausos de los invitados lo alejaron de la conversación. Deslizó sus orbes grisáceos por el salón buscando mofa en alguno de ellos, pero solo había dicha. Una que empezaba a atorarse en su garganta.

—Gracias a todos los asistentes de esta noche. —Dominic rompió su eterno silencio. Sus pasos fueron seguros. Breves y con el suficiente poder para que todo el mundo lo respetara—. Nada me gustaría más que dar mi bendición a mi querida Olivia Blunt y a su futuro esposo. Me temo que es la primera vez que veo a un caballero en esta tesitura. Lamento que no haya escapatoria, *querido amigo*. He invitado a la señora Rochester, así que lo más probable es que mañana seas la comidilla de Londres si no aceptas esta encerrona.

«Me ha tendido esta trampa para que no pueda negarme, sabe que ser enemigo de Dominic es perder toda la seguridad que poseo. Maldita Olivia Blunt».

—Debo admitir que eres una buena jugadora, amor mío —respondió resignado Tobias. Sus rodillas perdieron la fuerza que necesitaba para mantenerse en pie, pero utilizó su debilidad para hincar la derecha ante ella—. Y ya que estoy perdido y a la deriva gracias a ti, creo que mi única escapatoria es pedirte que te cases conmigo.

Las mejillas de Olivia se tiñeron de un rojo tan intenso que combinó a la perfección con la decoración de la noche. Sus dedos estaban ligeramente entrelazados con los del duque, que permanecía con un semblante repleto de derrota. Sus labios presionaron con dulzura el envés de su mano sin moverse ni un ápice de aquella incómoda estratagema.

—Puede que ser tu esposa suponga ser derrotado en más de una ocasión.

—Como marido no me importará tanto como hasta ahora —dijo él entre dientes—. Solo tienes que decirme si deseas hacer jaque al rey.

—Cada día. —Se inclinó Olivia sobre él, orgullosa—. Cada noche. En todo lo que me queda de vida.

—Maldita seas, Olivia Blunt —gruñó el duque con una mezcla de frustración y alivio. Juntó su frente con la de ella. Había crispado sus nervios hasta llevarlo por completo a la deriva—. Hasta que no has tenido todo cuanto deseabas no te has detenido.

—Y esto solo acaba de empezar.

Epílogo

Nadie jamás le advirtió a Olivia que el papeleo como heredera de la familia Blunt podía ser tan extenso y desesperante. Cuando Elodie Devereaux la preparó para ser una dama capaz de enfrentar la parte administrativa, no pensó que la mayoría de sus días los pasaría encerrada en el despacho de su padre.

La parte más soñadora que aún habitaba en su corazón estallaba de júbilo cada vez que se acomodaba en el sillón que fue de su progenitor. Se preguntaba qué habría pensado él tras cada una de las locuras que hizo para estar a la cabeza de la familia Blunt. ¿Estaría orgulloso? ¿Decepcionado por su forma de llegar hasta su lugar? Era posible, pero tampoco podía confirmarlo.

Cuando Tobias y ella se casaron en la preciosa iglesia de Weatherwind, un bonito pueblo que se encontraba cerca del bosque de Epping, el poder como heredera recayó en ella. Su marido cedió todo a Olivia con la única condición de ser parte de las decisiones que pudieran afectarlos como familia: no quería ser una vez más un lastre para las personas que tenía a su alrededor. Y aunque no pudiera reparar el daño que habitaba en su corazón, podía cicatrizarlo con el paso del tiempo.

—Olivia —la voz de Camille provocó que diera un respingo, no era la primera vez que la pillaba dormitando sobre los documentos—, tienes una visita.

—¿De quién se trata?

—Dominic Ward.

«Sabía que llegaría el momento», suspiró para sí misma.

—Hazlo pasar, no te preocupes.

Camille la observó poco convencida, no le agradaba que su señora recibiera caballeros en el despacho sin nadie presente, pero si su esposo no ponía ningún tipo de inconveniente, ella no era quién para decir nada.

Cuando se sumió de nuevo en la soledad, se levantó del sillón y caminó hasta el ventanal que daba al jardín delantero; el día había tomado un color negruzco que terminó en romper en una lluvia intensa que le hizo cancelar su reunión con Valerie Redfield. ¿Cómo era posible que Dominic hubiera tomado la decisión de subirse a su carruaje para ir a SilverWood en ese preciso momento?

—Lamento mi aspecto. —La voz grave del duque hizo que Olivia entrelazara las manos a su espalda. Dominic no le parecía un hombre tan agresivo como todo el mundo decía. Era más fácil asemejarlo a un depredador que acorralaba a su víctima hasta perforarle la yugular. Pero en ese momento, con su larga chaqueta en tono café y su sombrero de copa, le recordó más a un gato mojado bajo la lluvia—. ¿He llegado en mal momento?

—No esperaba que fuéramos a vernos tan pronto —susurró ella permitiendo que la cola de su vestido ocultara sus pies descalzos—. Han pasado tres semanas desde que me convertí en la esposa de Tobias.

—Me temo que todo tiene un precio, querida —respondió Dominic. No se atrevió a poner un pie sobre la alfombra, la sola idea de

mancharla le provocaba un profundo enfado—. No me tomará demasiado tiempo.

—Tierras —dijo tajante Olivia deambulando de un lado a otro del despacho como si pensara en cómo escapar de su depredador—. Mi padre siempre decía que el éxito de un ducado consistía en no fragmentarlo. Hacerlo se convierte en una enfermedad similar a una plaga.

Dominic sonrió en consecuencia. Su mirada no solo se centraba en la joven que tenía delante, sino también en los cuadros que decoraban las paredes. Él siempre había preferido la simpleza del papel, la presencia de un cuadro solo le recordaba el deber que hundía sus hombros.

—Un patrimonio se construye tomando tierras —respondió él elevando con cierta incomodidad una de sus finas cejas—, de la misma forma que se alzan los pilares de un imperio. Para ello se toman decisiones: unas más acertadas y otras que nos asfixian. Su padre debía ser un hombre que apoyaba la unión, pero esa seguridad debe ir ayudada por una situación económica que no todo el mundo se puede permitir.

Olivia pensó que estaba dándole una lección, pues el heredero de los Ward tenía propiedades no solo en Londres, sino también en el extranjero. Pero notó un ligero brillo en sus ojos que hablaba de una decisión mucho más personal a la que no daría voz.

—Featherville está bajo la jurisdicción de los Dohaerty.

—Dohaerty —repitió Dominic con un ápice de burla en su tono de voz—. Ni siquiera recuerdo si son terratenientes, barones o solo son unos apestados de la sociedad. Si soy sincero, poco me importan. Tenemos un trato del que ya cumplí mi parte. Dígame, señorita Blunt, ¿está tan comprometida como yo en este asunto o debo marcharme con las manos vacías?

Olivia se pellizcó el puente de la nariz con cierta frustración. No quería admitir que las advertencias de madame Devereaux eran de lo más acertadas. Controló sus emociones dentro de su pecho. Una a una, para que no pudiera ver el nerviosismo que le impedía respirar con normalidad. Pero no tenía opciones para escapar de aquella decisión. Estaba casada con el hombre que amaba porque el duque la había apoyado. Quizá, si no lo hubiera hecho, aún seguiría anhelando a distancia lo que tenía, pues Tobias continuaría danzando alrededor de sus miedos sin tomar una decisión.

—De acuerdo —suspiró sintiendo un ligero sabor amargo en el fondo de la garganta—. Featherville será suya.

El duque inclinó con ligereza su cabeza en señal de agradecimiento. Su rostro no mostraba ese aspecto temerario, la tensión en sus facciones se fueron deshaciendo poco a poco hasta que su rostro tomó una postura impertérrita; extendió su diestra en su dirección y susurró:

—Es un placer hacer tratos con usted, Olivia.

—¿Tenía opción? —preguntó ella con sorna mientras estrechaba su mano con la suya—. Me parece que no.

—Es absoluto, pero agradezco que haya colaborado en mi pequeño deseo. Espero que tenga noticias suyas muy pronto.

Cuando Dominic se despidió sin ni siquiera aceptar su pequeña petición de tomar un refrigerio, Olivia se mantuvo apoyada en la puerta de su despacho con los brazos entrelazados. Algo le decía que sus caprichos habían provocado que los Dohaerty estuvieran en problemas.

—¿Qué hacía Dominic Ward en nuestra casa?

Olivia despertó de su ensoñación cuando Tobias presionó sus labios sobre su frente. El nudo que empezaba a dejarle un sabor repleto de culpabilidad en la garganta comenzó a aflojarse poco a

poco; la presencia de su esposo aliviaba su impulsividad y quizá las consecuencias de sus decisiones.

—Teníamos algo pendiente desde que acorraló a mi querido marido entre la espada y la pared —respondió ella, elevando con seguridad su mentón para molestar a Tobias—. He oído que Julian ha venido esta mañana, ¿ocurre algo?

—Solo quería conversar conmigo.

—¿Acerca de qué?

—De cómo hemos acabado —confesó él mascullando entre dientes. Su diestra tiró del cuerpo de Olivia hasta permitirse enroscar sus brazos alrededor de su cintura—. Él no tenía intención de casarse y yo tampoco. Era más fácil lidiar con el pasado en soledad que junto a alguien.

—¿Y te arrepientes?

—Me encantaría decir que sí, pero estaría mintiendo.

—Cierto. —Olivia se puso se puntillas, la punta de su nariz rozó la del duque en un gesto tan íntimo que ambos sonrieron—. Ahora no puedes escapar de mí.

—Cuidado, Pastelito —advirtió él con cautela—. Estoy entre la espada y la pared porque así lo deseo. No hagas que tome la iniciativa.

—¿Qué ocurriría si lo hicieras?

—SilverWood no sería lo suficientemente grande para que pudieras esconderte de mí.

—Me temo, señor Blunt, que lo último que deseo es huir de ti. —Los labios de Olivia rozaron los de Tobias en una pequeña provocación que solo hizo que él chasqueara la lengua, divertido—. Pero te permitiré contar hasta diez.

—¿Y qué pasará si consigo atraparte?

Los dedos del duque se hundían en la piel de Olivia, notaba cómo

hacían presión en su carne en una ligera intención de intereses, pues si no fuera porque su esposa era una mujer ocupada no saldría de su cama. Y más aún cuando aquellos ojos verdes se encendían repletos de diversión con la única intención de que cumpliera cada uno de sus deseos.

—¿De verdad tengo que decirlo?

Agradecimientos

Cuando escribí la historia de Diane, no pensé que me metería de cabeza en su mundo. Tampoco que Julian, su hermano mayor, me enamoraría. Pero al parecer no tuve suficiente con las inquietudes de los Redfield que elegí a Tobias Blunt como nuevo *crush* en mis últimos meses de escritura.

Mi intención mientras escribía esta historia era mostrar la debilidad que los hombres ocultaban bajo un aspecto impenetrable. Quizá a principio de la novela, Tobias pueda parecer un poco cabezota, pero baila entre el deseo de tener estabilidad y el rechazo a un apellido que no le aportaba nada cuando era un niño. Por el contrario, Olivia no se ajusta nada a la época. Por eso, mientras lees esta novela no debes pensar en lo mucho que se aleja de la realidad, sino en lo poderoso que resulta en la lectura que una mujer levantara la cabeza con orgullo debido a los ideales que tiene. En este caso ella se ha criado la mayor parte de su vida en Burdeos, junto a la familia Devereaux, y ve la vida como un bonito cuento de hadas. Pero descubrirá lo complicado que es volver a casa cuando todo lo que consideraba como suyo no existe tal y como lo recordaba.

Me he tomado más tiempo de lo habitual para esta historia. Quizá

porque he estado ocupada, o porque necesitaba dar más parones para encajar los miedos de Tobias con el incesante deseo de Olivia de tener todo a lo que aspiraba. Pero ya están aquí: con cada una de sus inquietudes, y espero de corazón que podáis disfrutar de ellos.

Quiero agradecer de corazón a Lola, mi editora, por darme la oportunidad de dar voz a Tobias.

A María Moreno, por apoyarme siempre en cada una de mis historias. Gracias por creer no solo en mis protagonistas, también en mis secundarios repletos de incógnitas.

A Chris, por darme ánimos en mis largas sesiones de escritura, donde a veces me frustro, caigo y me motiva a seguir.

A Alba (@ZeusdeHera), por ser no solo la mejor compi de lecturas conjuntas, sino también la mejor lectora que tengo en el mundo. Gracias por chillar con mis personajes como yo suelo hacerlo.

A Beca, por ser mi pequeña constante. Porque no importa lo lejos que estemos, siempre serás la mejor confidente del mundo.

Y a ti, lector, por atreverte una vez más a ser parte de mis historias. Espero de corazón que disfrutes de las locuras de Olivia y de los gruñidos de Tobias.

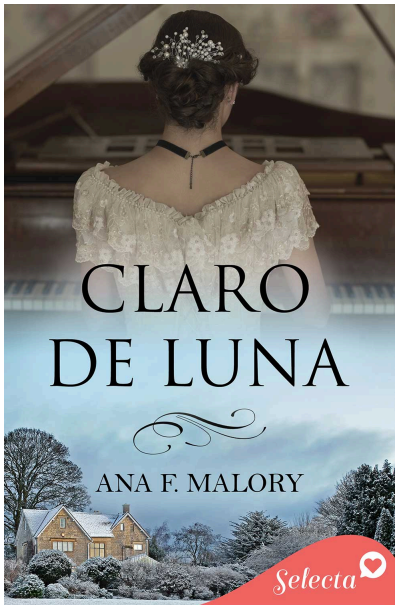
Esta novela es para ti. Espero que nos veamos en la siguiente.

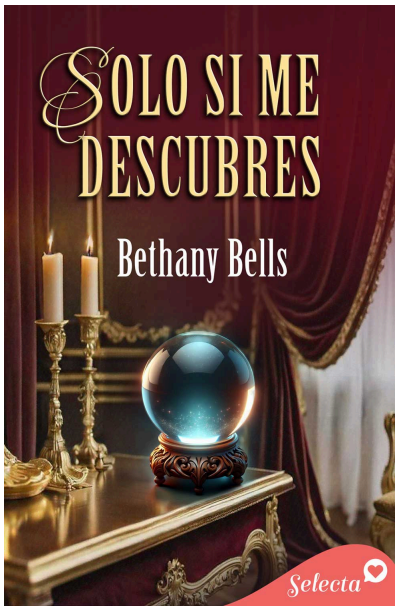
Si te ha gustado

Cuatro estrategias para derrotar a Tobias Blunt

puedes disfrutar de estas






Solo si me descubres
Bethany Bells
Selecta


Nobles y sirvientes 3
Un seductor capitán en mi vida
Encarna Magín
Selecta


Rendición
Raquel Gil Espejo
Club de Caballeros 2
Selecta


Guadalupe Eichelbaum
¡Qué sabré YO del amor!
Selecta


El Club de los solteros 3
Un
BARONET
DESESPERADO
Julianne May
Selecta


Mía Heywood
Suspiros
prohibidos
Selecta

Olivia no estaba dispuesta a perder el patrimonio de su familia por un perdedor.

Estaba decidida a usar cuatro estrategias, de lo más tentadoras, para poner a Tobias a sus pies.



Tobias Blunt siempre había sido etiquetado como un canalla y un bala perdida. No importaba lo mucho que quisieran enderezarle, siempre solía ir en contra de lo correcto. Su lema de vida era la espontaneidad. Por eso, cuando heredó el ducado de su tío pensaba que el peso de la responsabilidad terminaría por asfixiarlo.

Olivia no soporta la idea de que el trabajo de su tío abuelo se viera ensuciado por un hombre que poco entendía de su patrimonio. Su

familia siempre había destacado por traer al mundo una larga sucesión de **mujeres**, por lo que el ducado había terminado en las peores manos e iba a remediarlo.

Solo tenía que seguir la táctica que tanto agradaba a aquel hombre para conseguir el ducado: **cuatro estrategias** serían suficientes para hacerle caer ante sus encantos, casarse con él y tener lo que tanto anhelaba.

Pero Tobias no destacaba por ser iluso, y enfrentar aquel juego de seducción le iba a resultar de lo más divertido, eso si Liv dejaba de perseguirlo a todas partes.

Mar Poldark nació en Almería en 1994. Es educadora infantil y estudia la carrera de magisterio con la finalidad de encontrar su lugar entre los más pequeños. La escritura siempre la ha acompañado en cada una de sus aventuras: ya fuera con el objetivo de encontrar el final romántico perfecto para sus series favoritas o con la intención de dar vida a esos personajes que aparecían en su mente susurrando nuevas historias. Es adicta a la cafeína, le encanta el verano y viajar.



Edición en formato digital: septiembre de 2025

© 2025, Mar Poldark
© 2025, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Diseño de portada: LoEs Servicios editoriales, Myrian Giordano
Imagen de SHUTTERSTOCK: Richard van der Spuy, Tony Marturano

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección de la propiedad intelectual. La propiedad intelectual estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes de propiedad intelectual al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. De conformidad con lo dispuesto en el art. 67.3 del Real Decreto Ley 24/2021, de 2 de noviembre, nos reservamos expresamente la reproducción y el uso de esta obra y de todos sus elementos mediante medios de lectura mecánica y otros medios adecuados a tal fin. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, http://www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-10341-66-1

Conversión digital: leerendigital.com

Facebook: penguinebooks
Facebook: SomosSelecta

Twitter: penguinlibros
Instagram: somosselecta
Youtube: penguinlibros

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro».

EMILY DICKINSON

Gracias por tu lectura de este libro.

En **Penguinlibros.club** encontrarás las mejores recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.

Penguinlibros.club

Penguin Random House Grupo Editorial

Penguinlibros

Índice

Cuatro estrategias para derrotar a Tobias Blunt

Prólogo

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18
Epílogo
Agradecimientos
Si te ha gustado esta novela
Sobre este libro
Sobre Mar Poldark
Créditos